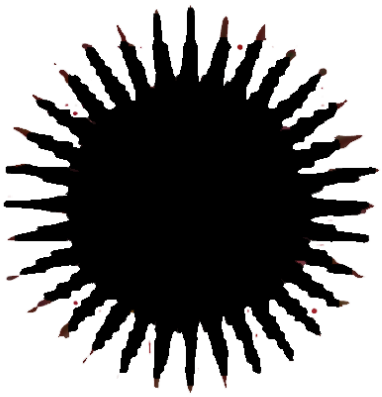
EL CONSUMIDOR

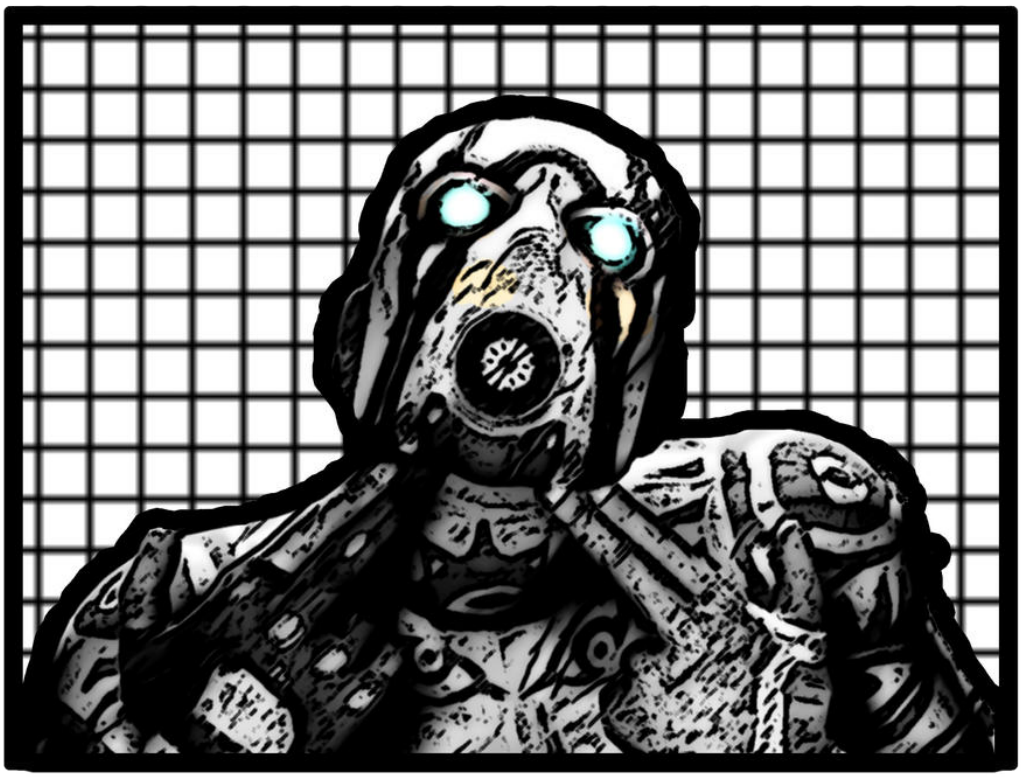
M. GIRA



@

LETRAS ANÓNIMAS
EDITORES

Michael Gira, El Consumidor
Portada tomada de la primera edición *The Consumer.* Editorial *2.13.61,* 1995.
Traducción y preludio por Joshua Montaño Paredes
Ilustraciones por Idco, Seng Vou.
Diseños gráficos sacados de "*Un ángel conduce a un alma por las regiones infernales"* Hieronymus Bosch; Swans; Borderlands.
Introducción, diagramación e impresión Letras Anónimas Editores
*
ningún derecho reservado
impreso en Tunja
primera edición en finales de octubre del 2019
segundo tiraje; principios de febrero, 2020



EL CONSUMIDOR

POR MICHAEL GIRA

traducción de Joshua Montaño Paredes

LETRAS ANÓNIMAS EDITORES,
MMXIX

*

INTRODUCCIÓN

Pude entonces estar a solas con estos cuentos que mágicamente llegaron a mis manos sin pedirlos pero como si los hubiese estado esperando largo rato ha. Delirante traducción que llegó por primera vez a mí tres veces, las tres de ellas primerizas y cada lectura nueva intentando desvirgar esa región del pensamiento a la cual no se puede acceder por los medios cotidianos. El primer contacto, la revisión editorial, la expedición a fondo del territorio. Distintas actividades que respondían a la misma actividad: jugar a ser juez duro con la lírica de Michael Gira, y aceptar, con la cabeza para abajo, que estamos en frente de todo un Valle de Alfabeto que no conoce lo que es la vergüenza.

Me pusieron de cara ante un mismo universo mayúsculo, descriptivo, desgarrador, el cual no dudaba en dar rienda suelta a distintos episodios brutales, carnales y lisérgicos cada vez que se viniera en gana; todos sucediendo dentro de un mismo planeta que si bien se alejaba de lo que era real, también lo hacía totalmente de la ficción. Y mi vagabundeo me llevaba cada vez más a ser espectador voraz en ese universo brumoso y muchas veces saturado que ofrecen estos cortos cuentos como si fuesen un resguardo temporal. Déjame estar en las dos páginas de tu cuento por un minuto más, Michael, por favor, ne-

cesito de esa realidad sangrienta e infantil un último poco; y él en su prepotencia dirá que no se necesitan más que unos cuantos renglones para hacer el papel de Dios y crear todo un mundo entero.
Otras veces jugará con nosotros y con nuestra paciencia y nos tendrá hipnotizados durante hojas sin saber qué está pasando para poder concluir con un par de líneas que son las que van a dar sustento a estas historias que se consumen en la magnanimidad de la indecencia, pero lo que está claro es que no nos vamos a encontrar con escritos de índole cronológico lineal, bienvenido al cuento donde no importa el cuento, el cuento como personaje y como lugar, acá importa todo, el cuadro psicológico de los tantísimos personajes, el mundo inmenso y opaco que ofrece para moverse libremente, la tragedia mimetizada en coro de narrador, el diálogo atrevido de conceptos que se crea entre el autor y la respectiva traducción, el teatro del absurdo que suponen las situaciones a las que nos tendremos que enfrentar sin aviso, la calma, calma absoluta que leeremos con verdadera plenitud, todo importa, verdaderamente todo importa, menos la historia, que en muchas veces ni siquiera quedará concluida. No hace falta pues alargar presentación, el único premio posible es haber vivido casi que en carne propia una gran cantidad de delitos y aventuras desfachatadas con la tranquilidad de saber que acabamos de penetrar fuerte en ese sentimiento extraño, ilícito, que alguna vez sentimos y no pudimos darle forma porque no teníamos entonces esta grande y terrible etiqueta que tenemos de Consumidores y que hoy le harán disfrutar de esta lectura como si de un sueño antes de ir a estudiar se tratase.

Don Editor, 2019

PREFACIO

Creo que las palabras más precisas para describir las intenciones de este puñado de cuentos y otros escritos, están en uno de los poemas en prosa de Gira que se encuentran presentes en el libro que tiene en sus manos: “El único comportamiento honesto es una reacción física inmediata al dolor. Dolor real -no emocional, o mental- causado por violencia física directa. Por esta razón, o el uno o el otro está usualmente en el proceso de planificar un ataque sobre el enemigo (el otro). La única cosa que los detiene de cometer un asesinato es la amenaza del castigo. Ya que son incapaces de expresar su violencia en cualquier sentido inmediato, ellos desarrollan maneras para hacer su violencia más abstracta y complicada, aplazando el último desfogue hasta que no se lo puede soportar”. El pasaje citado se lo ha sacado de ‘Castigo’.

La verdad encontrada por Gira va formando el horizonte donde se hallará la agencia. El autor nace en Los Ángeles, CA, 1954. Sus relaciones familiares fueron lacónicas, cuando no hirientes. En el internet mucho se habla sobre la ausencia de sus padres, el ser responsable de su hermano menor, el ser un delincuente juvenil, un errante en varios países, el estar encarcelado a la edad de 16 en la cárcel de Jerusalén por vender drogas y ser violado en esa estancia,

vivir en los tugurios abandonados de la Nueva York de los ’80, y estar envuelto en muchas otras situaciones violentas. El displacer que encuentra Gira en diferentes etapas de su vida deviene poco a poco en obra de arte. La violencia física ha sido sublimada, la obra de arte se ha convertido en el objeto letal para el otro y para sí mismo. En la última época mencionada, Gira formará Swans. La banda deviene de diferentes influencias, siendo las más próximas el rock, el punk y lo atonal, formando parte del no-wave del momento. Banda periférica en cuanto violenta, industrial, gutural, ruidosa; hermana incomoda y menos famosa de Sonic Youth.

Es en esa época en la cual Gira comienza a escribir algunos textos presentados en este libro. En ellos, se representa desde la cruda realidad de las tempranas y maduras temporadas de su vida, hasta las pesadillas que le tocó pasar despierto mientras veía ante sí la perpetua crisis en la que se encontraba su entorno. Todo era dolor: lo grotesco de las decadentes metrópolis y sus sujetos, la subhumanidad combinada con la transhumanidad en vísperas del ser tecnológico: ese cyborg que no termina de ser un cerdo ante la codicia. Pero el dolor es bello en Gira: es esa gran verdad que se siente, “me destruyo para saber que soy yo y no ellos” Artaud Dixit. En el dolor, el autor encuentra su ser, ese ser deshumanizado al fin se conoce como tal. Es la tesis de Michael T. Miller en su estudio sobre la lectura que relaciona a Gira y Nietzsche: “es por medio del despojo del ser persona como algo concreto, encarnado en el nombre, que lo subhumano es excluido de la esfera social de la moralidad, y establecido como un objeto a ser abusado, el cual no tiene voluntad o fuerzas para protegerse a sí mismo; es entonces donde existe en un cosmos mecanizado, uno en el cual no tiene capacidad de afirmarse ni autonomía, y siempre está sujeto a la voluntad de otro. Con el despojo del nombre, el sujeto se desintegra a tal punto de no estar sujetado a ninguna moralidad,

sea de su propio actual o de aquellos sobre la cual se impone". Gira muestra el nombre de la bestia, y se regocija en aquello.

Leámoslo sucintamente en clave freudiana. Gira encuentra en la vida cargas notables de displacer, las cuales van estimulando su principio de muerte. El artista se muestra en principio como un ser masoquista ante el mundo, lo vive como una tragedia, como cualquier mortal. El arte se encuentra como un acto de afirmación de sí mismo, el ser humano no morirá masoquista ante el mundo. Es más, el artista le dará nombre a los entes, a las cosas, a los mundos. El artista sujetará al mundo a su imagen y semejanza en cuanto creación. El mundo se muestra en la obra de arte como ente masoquista ante el sádico artista. Se tendría la idea de que Gira, aun en su obra, se presenta como masoquista. Sensibilicemos la mirada: la tragedia se muestra como una afirmación sádico-masoquista siempre. Es el grito de dolor que acusa al otro de subhumano. Es la placentera sujeción al otro nada más para saberse un ser que siente, y saber al otro como alguien digno de castigo, digno de imponer venganza; dar al otro el nombre de la bestia. "Que el transgresor no sólo sucumbiera ante la superpotencia del destino, sino que además fuera castigado, era un reconocimiento a la libertad humana. Un honor que la libertad merecía" Schelling Dixit.

Gira disfruta del daño hecho a ese ángel caído, a ese ser recto en el mundo, en el tiempo, porque es el dolor que le enseña por medio de la sensación su humanidad bastarda, es la humanidad bastarda que le permite ver al otro como cuerpo a ser castigado. Es la tragedia que le permite ser al artista un ser en primera instancia masoquista y en última sádico. Estos cuentos y poemas en prosa pretenden ser golpes: ya sean de venganza, ya sean de puro placer, ya sean de llamado de atención, ya sean simplemente un mecanismo de dolor que no conoce otra verdad que esa sensación. Pero no son tan solo sobre su propio

dolor, el autor pretende que toda su obra será sobre el dolor en sí, el dolor universal, el dolor del mortal cualquiera que vive su tragedia. Gira piensa que de su obra se puede consumir "un sentido de decoro, respeto por mis padres difuntos. [Mis canciones] no son autobiográficas. Son una amalgamación de mi experiencia que trato de formar dentro de una sola gran obra, pero ellas no son tan solo sobre mí. Encuentro eso egoísta, trillado. No soy el Charles Bukowski de la música. Las palabras no son sobre mí. Trato de hacer algo más grande que mí mismo".

A medida que el sonido de Swans cambia hacia el post-rock con discos como 'Children of God', 'The Great Annihilator' o 'Soudntracks for the Blind', la escritura de Gira toma también una matiz más suave y etérea, sin perder el norte que ha impuesto el dolor. Ejemplos de esto son 'Cómo la amo', 'El gran aniquilador' y varios de sus poemas en prosa recopilados en 'Varias trampas, algunas debilidades'. Aquellos fueron los discos que, entre otros y varias lecturas más, me salvaron de hacer algo estúpido en una época de mi vida. Luego de conocer esos tres trabajos musicales, indagar en los primeros discos de Swans, y escuchar los últimos tres de su más reciente encarnación, decidí saber más sobre el líder de la banda. Leía y escuchaba sus palabras detenidamente en varias entrevistas y crónicas. "La ironía y el cinismo son las asesinas de la posibilidad, y yo le voy más a aquello que es posible" le dijo a The Guardian; Gira volvió a resonar conmigo y descargué 'The Consumer' en pdf. Sentía que le debía algo a este hombre, y encontré en esta traducción un humilde tributo a su obra. Este proceso fue doloroso en cuanto la lectura de lo grotesco, la carga de displacer por parte de mi principio de realidad, y la difícil labor de traducir ciertas palabras o frases que suponen juegos lingüísticos, ambigüedades de género, y jergas de subculturas propias de la época de Gira. Espero que este cúmulo de cosas y otras más sin describir,

e infinitud de otras posibles por venir a partir de esto caiga en usted, lector, como un acto sádico-masoquista múltiple. Patear y ser pateado, ver patear y ver cómo ven ser pateado.

Joshua Montaño Paredes

~

EL CONSUMIDOR

[notas de pie de página en la página final]

Saludos cordiales a B.K.

1. Empatía

Cuando liberaron a mi hermana del hospital mental, vino a vivir conmigo en la inclinada y arruinada casa de un solo cuarto que compré con la pequeña cantidad de dinero que heredé cuando nuestros padres murieron. Ella llegó una tarde sin aviso. Debió haber sabido instintivamente que la acogería. No sé cómo o porqué le dieron de alta. Probablemente por la sobrepoblación de pacientes le hicieron garabatear su nombre sobre un formulario, y luego la empujaron por la puerta. O tal vez solamente se escapó cuando nadie estaba vigilándola (¿quién lo notaría en un lugar como aquel?) -ella nunca me lo dijo y yo no le pregunté. Estaba tan feliz de tenerla nuevamente conmigo que lo último que quería hacer era arruinar la magia de aquel momento haciendo notar la intrusa realidad. Desde que ellos la arrastraron mientras ella lloraba de risa e intentaba alcanzarme con las manos cubiertas con guantes de rojo chillón y la sangre de nuestros padres, me he sentido amputado, como si la hubieran halado de mis entrañas pataleando y gritando loca.

Mi posada estaba a un lado de la autopista, en un caserío de erguidos rectángulos situados en una ordenada pero sucia cuadrícula directamente debajo de la ruta aérea del aeropuerto de Los Ángeles. Las habitaciones formaban la mitad superior del rectángulo, ocupando[1] el techo de un garaje abierto. Cuando el incesante coro de aullidos crecientes y decrecientes martillaba sobre la casa de arriba, en el garaje resonaba con un profundo retumbar como un timbal, agitando las delgadas paredes sucias y enviando un acordeón de olas sonoras de baja frecuencia surgiendo a través del piso de madera ahuecada.

A veces, antes que mi hermana viniera, yo me paraba desnudo en el centro del cuarto por horas, soñándola y sintiendo la casa moverse y resonar por mis pies hasta dentro de mis huesos, como si mi cuerpo fuera una campana hueca, afinada y vibrando en perfecta simpatía con las frecuencias que viajaban a través del mundo exterior. Mi sangre murmuraba

placenteramente. Ella estaba cantando a través de mí, llamándome a la distancia desde su celda, perdonando mis secretos y limpiando mi mente. Pero el aire dentro de mi casa olía asqueroso, igual que dentro de mi cuerpo, como si yo expulsara una concha creciente por los poros de mi piel y estuviera recogido dentro de esta, apestando y pudriéndome y sintiendo pena por mí mismo ya que no podía estar cerca de ella.

Nunca más salí de casa, excepto para comprar alcohol y carne. Me emborrachaba, perdiendo el nexo conmigo mismo, y comía la carne cruda, pretendiendo que era mi hermana, plantando su carne dentro de mi estómago para que ella pudiera crecer dentro de mí y viva a través de mí, como un cáncer. Cuando la sentenciaron a estar en ese lugar, mi propia vida comenzó a drenarse por fuera de mi cuerpo inmediatamente. Mientras me alejaba del juzgado hacia el ponzoñoso sol de Los Ángeles, sentí la luz disparada directamente a través de mis ojos hasta mi cráneo sin filtro alguno, causando un tumor que crecía en el centro de mi cerebro. El tumor tenía la forma de una rosa y sus pétalos estaban tan afilados como una hoja de afeitar. Con cada nuevo pensamiento, un pétalo se desprendía del cuerpo de la flor y cortaba un pasadizo por la carne de mi cerebro, perforando lentamente grandes secciones de mi identidad.

No la había visto en tres años hasta cuando ella llegó. Era mediados de verano. Una constante regurgitación de hollín corrosivo amarillo chorreaba desde las casas de la autopista elevada, quemando mi piel y ojos y tiñendo el vecindario con un pigmento dorado que brillaba como piel de tiburón al sol. El calor se adhirió al esmog. Iba pesado y doloroso hacia mi pecho, infestando mi cuerpo con toxinas en cada respiro. Estaba un poco borracho, sentado dentro de la casa con las luces apagadas y las cortinas cerradas, sudando. Miré la pantalla vacía de la televisión reflejar el ardor de mi cigarrillo e imaginé que la suspendida ascua roja era yo, y que vivía en el árido mundo de tubos y electricidad detrás del vidrio.

Escuché una ruidosa bocina en la calle. Vi por la ventana y la distinguí en la parte trasera del taxi, sentada rígidamente, con una mirada vaga, confundida, sin saber que debería pasar luego, tal vez ni siquiera segura de haber llegado a la dirección correcta. Se retorció en su asiento, como si este estuviera vivo y ella estuviera tratando de escapar de su presión. Parecía olvidar que ella podía simplemente abrir la puerta y salir. Su cabello estaba maltratado y densificado en su cabeza, tan brillante de grasa que parecía haber salido recién de una ducha. Haló los mechones que se pegaron en su frente, quitándolos a pellizcos como si fueran gusanos negros que no deseaba tocar. Pero ella permanecía bella para mí. Su cuello se extendía alto y elegante, como un cisne, tal como el cuello de nuestra madre antes de que ella lo cortara. Presentó su cara, como una escultura ovalada, suave y blanca sobre un pulcro pedestal. Era la cara de un ser superior, escogido, con ojos tan negros, llenos de crueldad e inteligencia sin remordimientos, que cuando la miré hacia abajo, me sentí como siempre me sentía cuando ella estaba cerca, como una retorciente, unidimensional figura para ser separada –una sombra de segunda mano pelada del esquema que ella emitía en el mundo.

El conductor pitó nuevamente y vio hacia arriba enojado, a la cortina abierta en la ventana. Pero yo me quedé hipnotizado, observando su labio inferior temblar exactamente como recordaba cuando nos acostábamos desnudos en las sabanas frías de su cama, encerrados en su cuarto mientras nuestros padres dormían, acariciando nuestras pieles electrificadas con las plumas de pavo que recolectábamos en los campos próximos a nuestro patio trasero. Su labio era un animal estremecido en ese entonces, y ella me enseñó a morderlo, a jugar con él y torturarlo, como si yo fuera un predador y esto mi juego.

Baje corriendo las escaleras, drogado de felicidad. Las memorias de nuestra vida juntos se congelaron, luego se rompieron como un huevo en mi garganta, esparciendo su impotencia dentro mío y alimentándome con fuerza. Tanteé mis bolsillos tratando de pagar al taxista. Ella salió del

taxi, juntando sus ojos desafiantes contra el sol, como retándolo a darle una cachetada con una ola de esmog y calor. Se paró temblando con su bata de baño y pantuflas rosadas de la institución. Una de sus piernas estaba meticulosamente afeitada y pulida con crema, reflejaba el sol como un mármol rosado pálido. Pero la otra pierna parecía recientemente desenterrada, que había estado decayendo mientras enterrada en el lodo. Se enfrentó a la luz a través de la bata como un brazo con apariencia de simio saliendo lentamente de una cueva oscura y húmeda. Estaba cubierta por un pelaje tosco que se detenía abruptamente en los delicados huesos de su rodilla, como si la sangre a través de esta piel más apretada y fuerte fuera muy fina para fertilizar su crecimiento. La piel bajo los vellos era un escondite reptiloide gangrenoso, mudando manchas de escalas blancas adheridas a los cabellos, y parpadeaban en el sol como escamas de perla esparcidas.

Ella se inclinó y me besó en la mejilla. Sus labios estaban fríos y húmedos. Me sentí debilitado. Olí algo descomponiéndose debajo de su bata, similar al olor de mis propios adentros atrapados. Cuando ella se apartó del beso, un hilo plateado de su saliva nos conectaba, nexo parecido a un frágil y translucido nervio entre nuestras pieles. Se movía con el calor que se levantaba del concreto blanco de la calle. Sentí su amor pulsando a través del cable líquido hacia mi mente, diciéndome secretos e inyectándome su soledad.

Su bata se abrió un poco con su temblar. De hecho, un seno se expuso, grueso y vulnerable ante el sol. El taxista lo notó, pero pretendió no haberlo visto, tal como lo hice yo por un segundo –podía sentir el moldeable pezón entre mis dientes, chupando la dulce y curativa leche con mi boca. Terminé de pagarle al baboso y le dije que se esfumara de mi propiedad. Cerré la bata y la ayudé a subir las escaleras.

Nos paramos en el rellano justo afuera de la puerta y nos inclinamos en el podrido pasamanos de madera, mirando más allá de la autopista. La

bruma era un denso velo de sangre café. La sostuve cerca mío. El cielo era una manta gris presionándonos; no aquel cielo que se extiende hacia el espacio sino a una definida cercanía a la pared de sonido y vapores directamente sobre nosotros. El aire se pegó a nuestras caras como sirope. Las panzas de los aviones pasaban tan cerca que parecían las partes bajas de barcos gigantes vistos a través del agua. A lo que planeaban sobre nosotros, haciendo retumbar y rechinar la casa, podíamos ver las caras de los pasajeros mirándonos meditabundos, como si fuéramos maniquíes miniaturas animados dentro del paisaje de un descuidado parque de atracciones.

Saqué mi mano hacia la autopista. Ella la siguió con sus ojos. La autopista estaba levantada a la misma altura que nosotros, tan cerca que casi podía tocar la barrera de metal. Pero los conductores en sus carros, herméticamente sellados en el ambiente con aire acondicionado detrás de sus ventanas, estaban viajando en sus cápsulas a través de otro mundo, completamente cerrado, parecía que paredes de vidrios de un acuario nos separaban.

Ella arrimó su cabeza sobre mi hombro mientras mirábamos. Sus lágrimas atravesaban mi camiseta y punzaban mi piel cual ácido. Besé su frente mojada y noté sus ojos escaneando de un lado a otro el pasar de los carros. Ella estaba tratando hacer contacto visual con cada conductor a lo que pasaban. Molestos rayos de odio concentrado disparados de sus ojos a lo que intentaba conectar con las mentes desprevenidas. Si cualquiera habría coincidido con su mirada, ella hubiera hervido instantáneamente la esponja gris hallada detrás de sus ojos. Pero nadie nos miraría. El mundo más allá de la autopista era invisible.

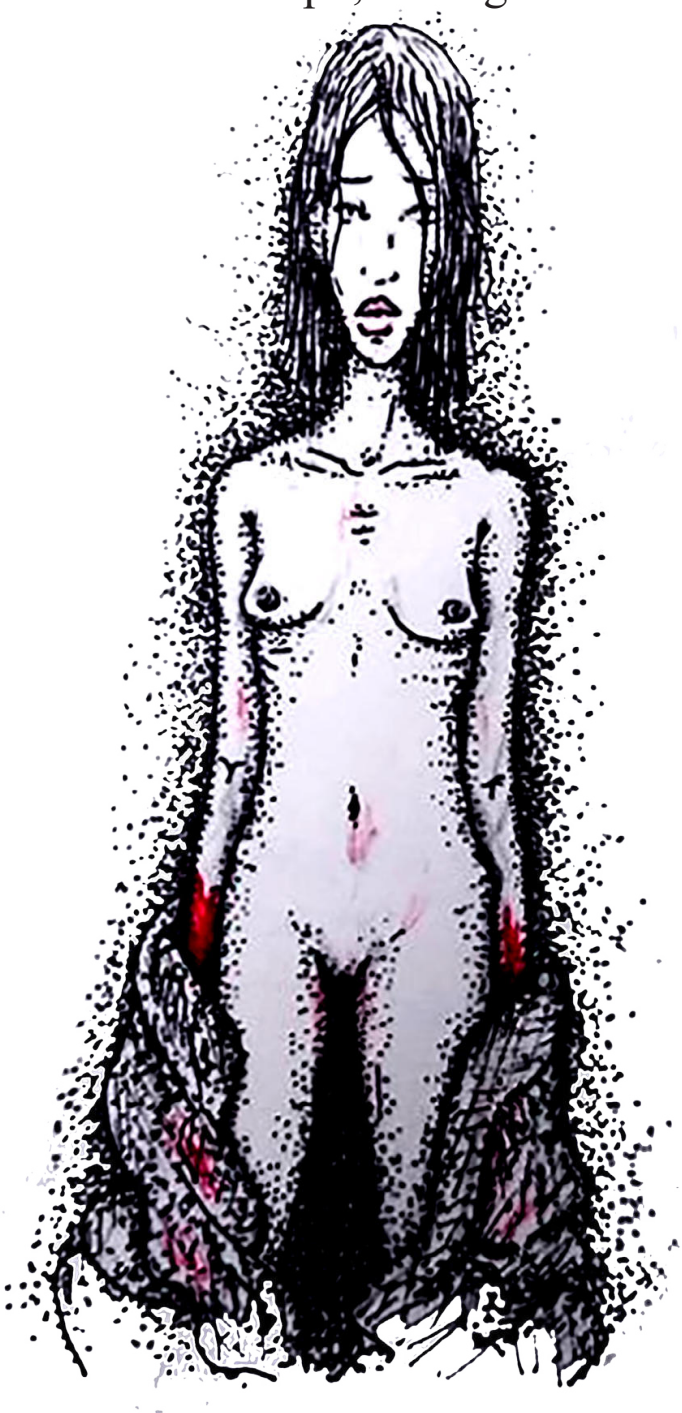
Dentro de la casa estaba oscuro. Cuando nuestros ojos se ajustaban a la ausencia de luz, los detalles del cuarto emergían, avanzando lentamente en la oscuridad igual que memorias perdidas aproximándose a través de la niebla. Ella se paró en el centro del cuarto y giró su cuerpo en círculo, desplegando sus dedos en el aire como una hechicera conjurando un

mundo escondido, succionando mi esencia a ella por bocas abiertas en las puntas de sus dedos. Gradualmente mi debilidad sin ella se reveló ante ambos. Las cáscaras huecas de los cuerpos que emané yacen colgadas de ganchos asegurados en las vigas del techo, chorreando en hileras por la casa, derritiéndose en la oscuridad y el calor atrapado, saturando el aire con su podredumbre, cual lilas marchitándose en un infecto jardín. Mi hermana dejó caer su manta en el suelo. Su carne se pronunciaba desde sus entrañas, y la iridiscente sangre como una flor nocturna estirándose hacia la luna. Ella bailó desnuda entre las vísceras, la basura y las botellas de cerveza, simulando vadear gozosamente a través de un espumoso mar rojo. El aroma de sus adentros se filtraba por su piel hacia el aire cerrado del cuarto, progresivamente aumentando y remplazando el hedor de mi miseria con el bálsamo familiar de sus glándulas, un perfume tan cercano al olor de mi propio cuerpo que me atrajo como una especie de insecto buscando el cariño de su reina. Su cara irradiaba un brillo sumergido cual orbe mágico que tomaba luz y calor de su alrededor. La energía que mi cuerpo contenía fue evaporada hacia sus ojos. Extendió sus brazos y me envolvió en un beso que simultáneamente me consumió y llenó de un calor que reconocí era su vida ingresando en mí. Su lengua era una babosa de terciopelo que cavaba en mi boca, viajaba hiriente por mi garganta hacia mis intestinos, donde preparó el nido en el cual crecería.

Ella desabotonó mis pantalones, tarareando en mi oído la misma canción que me cantaba cuando éramos niños, cual saludo secreto casi olvidado. Mi erección expuesta se consumía contra la fría y aceitosa piel de su estómago. Fui envilecido por su fuerza. Ella alcanzó mis adentros y estaba doblándose dentro de ellos. Mientras los primeros espasmos de fluido blanco y caliente eran masturbados fuera mío, ella los tomaba con sus manos y los transportaba a su barriga, embarrando sus senos, cuello y cara, sellándose a sí misma en una segunda capa de piel, como un naciente capullo parado en un bosque con carnes colgando, sin sol.

Cogimos la puerta de nuestra casa por dentro para mantenerla cerrada. Ella vive en la carne y sangre creciente alrededor nuestro. El sol se filtra a través de las cortinas cerradas como si fuera orine. Ella tantea y gatea por mis tripas, minándome. Soy un objeto inerte, pero vuelvo a vivir cuando me toca. Cada vez que termina de follarme, hay menos remanentes de mí en mi cuerpo. Pronto estaré vacío -una concha muerta de piel floja, como los otros. Los sonidos del tráfico y los aviones pasando sobre nosotros golpean las paredes y cubren el interior de la casa con placer. Nos venimos, alojados en las entrañas del mundo que grita. Voy adentro suyo, me siento bien. Estoy vívido y lleno de amor, disolviéndome como el respirar en el aire frío, suspendiéndome. Mi hermana me inhala en su cuerpo, me digiere.

(1994)



2. El perro

Los dos niños se sentaron en las rocas del riachuelo ya seco, que se vaciaba en la amplia boca negra del tubo de drenaje. El niño rubio cavó entre las pequeñas piedras del cauce, revelando una capa fina, grasosa y húmeda de arena mezclada con pedazos de plástico de colores y vidrios rotos. El fértil olor de orine empozado y agua sucia de alcantarilla se alzaba desde el fresco charco de la superficie curtida. La gigantesca maleza de plantas salvajes y bambú formaban una pared selvática en cada lado de las desteñidas rocas. Bolas de paja seca, periódicos amarillentos, el abrigo destejido rosa de un infante, el cadáver de un pájaro podrido crucificado en la hierba mala, y unos zapatos destrozados estaban entrelazados en el denso hilo del follaje –todo bañado o dañado por el drenaje del camino que está encima. Aquel camino tenía un bloque de tráfico lento compactado de un horizonte a otro y generando una bruma baja de polvo y cansancio opaco.

El niño mayor se encorvó alto en su roca, como una pantera famélica. Su cabello largo y negro, reluciente por el sudor, se pegaba a sus tirantes de cuero púrpura. Esparció desde una lata una solución industrial hacia un trapo y cubrió su cara con él. Succionando la sustancia profundamente a sus pulmones, la sostuvo dentro mientras con su mente en blanco miraba la oscuridad aceitosa del tubo, inconscientemente ventilando su cara con sus manos para evitar que la horda creciente de insectos repose en sus párpados o labios. Él pasó la lata al niño rubio, se paró y abrió su cuerpo tonificado en forma de X a través del comienzo del túnel, por poco alcanzando la parte superior de la circunferencia a la par de un vértigo y drenado mental dirigido a los patrones vibrantes formados en la serena oscuridad ante él. Cuando el más joven inhaló el vapor en una exagerada demostración de seriedad, simulando el desespero de un asmático por respirar o de un buceador en búsqueda de oxígeno, el mayor hizo sonar su nariz en el conducto, como un alarido de tren demente, de notas constan-

tes que se doblaban de un tono a otro sin un patrón discernible, haciendo eco con un creciente sonido espiral que desaparecía en el abismo. El menor colapsó de espaldas entre las rocas, su cuerpo desparramado en incongruentes ángulos salvajes, cual epiléptico congelado en medio de una convulsión y luego drogado en el estupor donde yacía. Miró hacia arriba, atravesando la permanente cortina del enmarañado y grasoso cabello que colgaba frente a sus ojos, al sol blanco y difuso cayendo cernido a su lugar del cauce por el velo de suciedad y esmog, envolviéndolo y escupiéndolo, gritando agudamente sinsentidos en una ráfaga desfalleciente y cegante de flamas. Se halló parado, balanceándose peligrosamente en una gran roca, observando a su amigo desaparecer en la oscuridad igual a una araña de piernas largas hundiéndose en su hoyo.

Siguiendo el resonante pisar de las suelas de las botas de su amigo y añadiendo la respuesta de las suyas, descendió hacia el tubo, guiándose con una mano en la rígida y fría pared y con la otra sosteniendo el trapo y la lata. Luego de varios pies, la luz que ingresaba por el principio fue tragada completamente y la oscuridad alrededor suyo era total, apagando con su imponente peso cualquier memoria o conexión con el mundo exterior. En pequeños intervalos regulares, ellos paraban para agacharse de un lado al otro contra las curvadas paredes de metal, pasándose el uno al otro el trapo y la lata. La oscuridad se retorcía con alucinaciones de criaturas y destellos de colores fosforescentes, revueltos y atados entre el serpentoso vacío encerrado que atravesaba un sinfín de complejos industriales y el polvoriento caos de la ciudad en ruinas.

Después de media hora descendiendo sin preocupaciones, llegaron a una intersección del túnel donde otro tubo guiaba vacío hacia la derecha en ángulo empinado. Sintieron que botaba un denso aire caliente hacia el conducto principal. En un primer momento exploraron esta nueva oscuridad, pero luego la creciente inclinación y nocivo hedor –una mezcla de plástico quemado, químicos viciosamente punzantes, y desperdicio orgánico de humano o animal- justificó su miedo de perderse y retroce-

dieron a su ruta inicial. Pasó poco tiempo, cuando mientras ellos descendían lentamente, aullando y gritando aleatoriamente ecos en el silencio muerto, escucharon distante un pequeño rumor formándose detrás suyo. A lo que este crecía en un intenso rugido, el mayor le gritó al menor que salte en su espalda y se sostuviera. Esparcidos como una sola criatura, el más joven colgado como un pequeño oso perezoso ciego al dorso de su madre, el otro presionando con toda su fuerza contra el espiral de metal. Gritaron, pero nada escucharon a la par de ser envueltos hasta el cuello por el torrente de suciedad. Un bramar de químicos líquidos entreverados con sangre y vísceras caía con una fuerza impensable a sus espaldas, tratando de hundirlos. Pequeños pedazos de lata, metal cortado, material fecal, y la masa enredadiza de los intestinos completos de una vaca pasaron sobre ellos –el regular fluir de desperdicios provenientes de las factorías y mataderos situados en la parte superior.

Cuando el agresivo flujo decayó, cayeron riendo en la superficie de las paredes curvas recién refrescadas y suavizadas. El menor notó que conservó la lata de fluido mágico igual que un desvalido sujetando un crucifijo ante un escuadrón de fusilamiento. Compartieron las últimas inhalaciones y botaron la lata, rebotando en lo oscuro. Fueron pisoteando y chispeando el lodo que también llenaban sus botas. A veces el mayor gritaba de repente alaridos cortos y secos al oscuro, como un sicótico atormentado y torturado en su camisa de fuerza. El más joven insertó sus mugrientos dedos negros en su boca y chifló una aguda respuesta a las reverberantes profundidades. Superficialmente figuró ser llevado al infierno, un lugar donde la oscuridad llenaría sus codiciosos pulmones con un espeso rio de desperdicio ébano. No sentía miedo alguno ni otra emoción, aparte del sentido de euforia ponzoñosa que vino al inhalar el vapor y la sumergida impotencia, inmerso en las alucinaciones narcóticas que crecían en la absoluta ausencia de luz inmersa en el túnel que cruzaba la ciudad.

Gradualmente, una niebla de luz ocre podía ser vista filtrándose en el

oscuro de una de las curvas del túnel por encima de ellos. Sintieron achicarse las pupilas de sus ojos cuando se aproximaban a la reja de metal que protegía la boca del tubo. Chorreando trozos de materia verde muy grande para pasar por la parrilla flojamente colgada a una cadena de acero, como un tóxico caldo carnal en una jungla subterránea infundida con una luz fresca. Cada niño vio que el otro estaba cubierto hasta su cuello con un grueso caparazón de baba, similar a una costra suave formada como parodia de una armadura. Restos de fibra, colillas de cigarrillos, mechones de cabello, y larvas de moscas colgadas en la endurecida masa asquerosa.

Las olas venideras rodaron silenciosamente en el agua turbia de la ensenada desértica, devolviendo a la orilla la basura indigerible que ha flotado hasta ahí junto a las aguas residuales –grandes cantidades dispersas de poliestireno granulado, montículos de fibra de cabello de caballo anudado, cúmulos de inyecciones veterinarias considerablemente grandes –algunas quebradas y otras medio llenas de sangre, varios pequeños moldes de plástico usados para armar piezas de máquinas, una foto rota de una mujer obesa desnuda explayada obscenamente en una cama con cobertor ondulado mientras seducía burlesca a su esposo que estaba detrás de la cámara, sandalias de caucho, un manojo de brazaletes baratos que brillan en la oscuridad para niños, e innumerables objetos más flotando, que no podían ser succionados bajo la dispersa agua pantanosa de basura. El desperdicio fue depositado junto a la playa en fantasmagóricos patrones de olas mientras retrocedía con la marea desde las rocas y la arena que alimentaba desde la base de los acantilados que bordeaban la ensenada.

Balanceándose y resbalándose entre rocas, ellos lograron encontrar su camino a la orilla. Cuando llegaron a una piscina profunda de agua de lluvia estancada, se clavaron en ella y enjuagaron la basura de su ropa. Sentados en una roca, secándose al sol, el mayor sacó de su bolsillo una bolsita sellada de pastillas con colores brillantes y vació un manojo para él y para el niño más joven. Hallaron una piscina más pequeña de agua

limpia y lavaron en ella el surtido de anfetaminas, alucinógenos sintéticos y barbitúricos con agua tibia, y todo fue ingerido desde sus manos. A lo que se recostaron entre las rocas viendo el humo flotando sobre ellos, cerrándoles el cielo, escucharon el continuo romper de las olas viscosas, casi imperceptible bajo el ruido de los camiones todos juntos por el camino contiguo a los filos del acantilado que dejaron atrás. Los camiones hacían temblar la tierra desde los acantilados hasta la playa, migrando en la vía cual tormentosa diáspora de afligidas bestias prehistóricas, rugiendo su agonía al cielo que se hunde. En cuanto el sol viajaba detrás del techo de humo y nubes manchadas, las sombras proyectadas en la parte inferior se convirtieron en antropomorfismos drogados y apariciones de sus sueños químicos.

El niño mayor se acostó enroscado en su lado, horneándose en el sol como un feto demacrado y desechado en las rocas para su muerte por su errabunda, gigante y mutante madre en cuanto ella escarbaba entre la basura arrastrada de la ciudad en ruinas. Sus ojos rodaron ligeramente en tanto las moscas laboraban en la engomada saliva de las esquinas de sus labios. Sus dedos estaban agrupados contra su pecho y ligeramente trémulos, como si tecleara una descripción frenética de su demencia.

El niño más joven se apartó por la pequeña y dura banda de arena entre el agua y las rocas, inadvertido de los punzones y los cortes en la carne entumecida de sus pies, heridas hechas por vidrios rotos y fragmentos de metal clavados en la arena. En el agua negra y caliente, pasada la línea de olas letárgicas, una masa de carne triturada y batida se dirigía al sur con la corriente. Delante suyo, dentro de la playa, vio un montículo negro, sacudiéndose como si tuviera vida. En cuanto se acercó, notó que era un perro de razas mezclada jadeando maniáticamente a ritmo acelerado y sostenido. Una de sus patas traseras fue amputada, tal vez por un camión, rodó por el acantilado y se arrastró desde las rocas hacia la playa. Una horda de cuervos lo miraba desde las ramas secas de un árbol en la base del acantilado.

Sin mover su cabeza, el perro miró al niño, sonriente, con su lengua colgando suelta de su boca sobre la arena, terminando en una ondulada pila de espuma. Las moscas bailaron en grupos cambiantes de sus ojos a su boca, de la espuma a la herida abierta, al creciente charco de sangre. Tres cangrejos del tamaño de una mano agarraron la herida, comiendo la carne expuesta.

El niño encontró un palo en las rocas y apartó con él a los cangrejos. Presionando el palo en la herida, lo giró hasta que el perro chilló su último aliento de dolor, ahogado por la repentina cacofonía de los cuervos, haciendo eco contra las paredes de los acantilados tal cual el alarido de niños emocionados en un patio de recreo.

(1994)

3. El cobarde (II)

El sol pegó por la ventana e infundió el aire con un amargo gas amarillo. Me recuesto retorcido y desnudo sobre el descubierto y manchado colchón en el centro del piso. Sin abrir mis ojos, alcanzo de abajo la ajada manta y la puse alrededor de mi cara. Tras mis parpados, piscinas de vibrante dolor amarillo mezcladas con rojo. El calor de mi respirar se devolvía desde la manta y humedecía con sudor mi cara. Adentro del contenedor sellado que es mi cráneo, mi cerebro yace embebido en una solución estancada de orine y amoniaco. Me forcé a no inhalar una bocanada, lo que causaría una aceleración en mi corazón y su explosión en mi pecho. El veneno acumulado de la borrachera nocturna se unía al constreñido agujero negro entre mis ojos. Mi respiración apestaba por el colado sabor que queda luego de vomitar y el amargo residuo líquido de la vagina de una mujer anónima convertido en una pasta en mi boca.

Quité la manta de mi cara y la bote sintiendo que me ahogaba por introducir el material seco caído a mis pulmones. Podía oler aun la esencia de las medias nylon de la mujer, cual marca territorial. Tal era su olor –el sabor del dulce licor rojo cuando mordí su cuello. En mi delirio, sentía saborizado su sudor, como si su cuerpo estuviera lleno con dulces, drenando un claro sirope azucarado de sus poros en cuanto ondulábamos y nos invadíamos el uno al otro en el crudo altar de la cama. Lamí su piel por su sabor cual humillado y desnudo cretino con un terrón. Sus ojos reflejaban las sinuosas formas de la lámpara de lava sobre la mesa. La lámpara emitía un rosado resplandor sobre nuestra serpentosa carne y nos arremedaba con variadas mutaciones de plasma, simulando que nuestras lujuriosas almas hubieran sido extraídas de nuestros cuerpos y encerradas en la lámpara, transfiguradas en abstracciones líquidas, actuando suspendidas en el vidrio. Ella se quejó igual a un interno torturado en su celda de aislamiento, en largas e ininterrumpidas exhalaciones sin cargas consonantes, poseída por una fuerza satánica, linchando y sacando a la bestia demoniaca que aruña y lucha por nacer de su chucha. Lamí sus axilas. El cúmulo de pelo estaba glaseado con flecos de desodorante y anudado con sudor. Lamí su barriga, tragando el sudor de su ombligo cual

absenta. Lamí su espalda –lavando las pronunciaciones de su espina dorsal, paladeando mi lengua inflamada sobre sus granos y lunares hasta su culo, clavándome en la cripta de pelos y almizcle fermentados igual que un perro obsesionado con algo enterrado en la tierra. Finalmente, aun con sed y ansia, como si cada bocanada de su sudor parchara mi lengua con ácido ascórbico, sumí mi cara en su vagina y succioné sus rebosantes jugos similar al lobo aturdido ante su sangrante herida. A la par del saborizado ingerir, noté que no podía recordar como lucía su cara, que no tenía idea a quien pertenecía este vientre. Ella vibraba y pataleaba, guturando frases como "Oh! Me encanta como me lo haces, sí, ajá, mastica mi pequeño clítoris, oh sí!..." a lo que aplicaba la correcta estimulación sensorial necesaria para encender la conducta que respondiera al mecanismo de un episodio sexual, llevando a una posible y espasmódica liberación de tensión.

Recuerdo haberme desmayado en aquel instante, oscilando en la consciencia, masticando su muslo, chupando un botón del colchón simulando ser la teta de mi madre, luego dándome cuenta que ella se había ido. Para no dormir con vértigo, me tambaleé hasta el baño y me arrodillé al retrete con mi dedo en la garganta hasta que saqué la cerveza de la noche, la comida basura y el vodka. Seguí el camino hacia la cama y me hundí inmediatamente en la oscuridad, técnicamente muerto hasta este momento que desperté con mi lengua colgando fuera de mi boca, y el sol cubriéndola con polvo seco.

La pequeña Mónica vino a mi cama dando saltos. "¡Tío Davidcito! ¡Tío Davidcito! ¡Mi papi me llamó de su trabajo y quiere que me des un paseo en mi bicicleta!" Ella sacó mi oxígeno poniéndose encima de mi estómago desnudo. Se rio, metiendo sus delicados dedos pequeños bajo mis brazos.

"¡Davidcito tiene cosquillas!¡Chiquichiquichiqui!¡Davidcito tiene cosquillitas!" Luego descubre mi hediondo sudor en sus dedos, "¡Ey! Estas pegajosito", y se dirige al baño a lavarse las manos igual a si hubiera estado jugando en el jardín, buscando gusanos.

Mientras ella se ausentó, bebí a escondidas un poco de vodka de la botella que guardaba bajo el colchón. Cubrí mi entumecedora esencia de orine con la manta y derivé nuevamente en mi miserable sueño. La recuerdo tratando despertarme otra vez pasando un cabello suyo por mi nariz, pinchando mi

pecho con su dedo jugando a ser la autoridad como Shirley Temple pretendía ser una policía.
"¡Tu-debes-pararte-ahora-porque-yo-lo-digo-y-llevarme-a-pasear-en-mi-bicicleta-con-rueditas-porque-yo-lo-digo-malvado!" Y por un segundo, sin saber quién era o donde estaba, invadí su espacio cuando ella estaba sentada sobre mi pierna.
Ella sintió algo extraño y se alejó rápidamente. Me sumergí nuevamente, los pinchazos etéreos del sol invadían mis poros capilares, donde eran absorbidos a mis pulmones, cauterizando las membranas expuestas dentro mío con frías llamaradas blancas.
La pequeña Mónica (siempre la llamé "pequeña", como si fuera una versión alternada de juguete de un ser más completamente desarrollado) tenía seis años de edad y era la única infante que conocía desde que fui exiliado de la libertad de la niñez y encarné la prisión de la madurez, donde diariamente mi imaginación y potencial se drenaban por un hoyo en el piso a la par que mis percepciones y cuerpo eran lentamente despojados de resonancia y misterio, dejándome estúpido y ebrio. En ese estado, con su descomplicada infatuación hacia sí misma y todo lo que le rodea, ella era una fuente de curiosidad y asombro. Yo experimenté una ráfaga ocasional de reverencia religiosa (seguida por el más pesimista y amargo odio imaginable a mí mismo) por su divina inocencia, que corría por sus ensoñadores soliloquios cual piano frágil -paseándola en su bicicleta de aprendizaje en círculos obsesivos en la acera, mientras cantaba una canción incesante de palabras asociadas libremente, como si su conciencia se derramara por su boca en cascadas de brumosas de arrullos; sentada en el sofá leyendo su libro con su voz aguda, y si me sentara a su lado, me callaría con seriedad simulando que cualquier comportamiento que no sea de ensueño destruiría el conjuro (y efectivamente lo haría); o narrando como un reportero infantil el cuento de sus padres mientras tomaba un baño, encerrada a veces por horas, y yo escuchando en la puerta como drenaba el agua fría de a poco y luego como caía caliente, simulando que salía música de la llave de paso, acompañando su voz a lo que ella entre hablaba y cantaba a sí misma: "...y-mi-mami-era-una-artista-y-ella-hubiera-sido-famosa-en-todo-el-mundo-y-ella-pintó-pinturas-gigantes-con-colores-mezcla-

dos-como-las-estrellas-en-el-cielo-y-mi-papi-amó-a-mi-mami-tanto-tanto-igual-como-me-ama-a-mí-y-eso-es-más-que-a-nada-pero-la-pintura-la-enfermó-y-la-hirió-dentro-de-su-cabeza-así-que-ella-fue-a-dormir-y-yo-era-una-bebita-y-ahora-papi-me-ama-por-mi-mami-también-y-dice-que-soy-especial-y-tan-hermosa-como-ella-excepto-por-un-pequeño...”

Su padre era mi hermano y no sabía que yo también amaba a su esposa, y que era posible que la pequeña Mónica fuera mi hija. Cuando a Verónica le diagnosticaron un tumor cerebral desaparecí de sus vidas, aunque nunca me fui de Los Ángeles, bien podría haber estado en España. Ahora estaba pasándola con mi hermano hasta poder obtener un trabajo y suficiente dinero para establecerme independientemente, borracho todas las noches y sin darme la molestia de buscar trabajo mientras él estaba sustentándonos con dinero. Él se conmovió y se puso muy emocional cuando regresé, abrazándome más que cuando niños y de seguro como nunca cuando adultos. De hecho, tan prolongada y efusivamente que comencé a preguntarme si él sabría sobre Verónica y yo y si estaba decidiéndose entre ahorcarme o no, algo que podría haber hecho sin mayor esfuerzo, al ser dos veces más grande que yo y un obrero diligente por seis años, ganando dinero para su hija. No pidió explicación sobre mi repentina desaparición y solamente lanzó unas cuantas preguntas formales sobre qué he estado haciendo durante todo este tiempo. Pretendió no notar mi degeneración en su hogar y a veces hasta me confió el cuidado de su (mí) hija –una nostalgia fraternal entre nosotros causó arrepentimiento.

*

Hay un punto en el cual despiertas con perfecta claridad luego de una borrachera. Las sinapsis del cerebro se sienten grasosas, y la distinción entre tu conciencia y subconciencia se evapora. Un punto donde todo es hipervívido, la inteligencia zumba a su máxima capacidad, parecido a un acólito budista meditando abrumado con el encuentro repentino de la luz. En ese instante observas todo cargado con energía -el pasado, presente y futuro esparcido frente a ti, dichoso, insignificante y simultaneo, cada detalle microscópico en todo objeto pasando por tus ojos, junto a las panoplias de estrellas y universos, juntadas con los tejidos y sus hilos que son tu carne, y así mientras te desintegras, eres invisible; mientras ves todo, no observas nada. Y luego

regresas a dormir, lo que hice cuando la pequeña Mónica me dejó. Despiertas sintiendo como si tu cuerpo fuera un cadáver viviente y tu mente reducida a un dolor, a una agonía imbécil, así me acabo de despertar, arrastrado desde mi baldío vacío por la ausencia de sonido.

Las ruedas de su bicicleta de aprendizaje cesaron de rechinar en el asfalto de la calle, y el silencio disjunto no fue contestado por sus pies corriendo hacia la puerta frontal, luego por dentro en el pasillo hasta la puerta de mi cuarto. Noté que ha estado callada por un buen tiempo. Pensé haber escuchado algo en la sala, al otro extremo de la casa. Algo repitiéndose rítmicamente, como si hubiera algo reverberando bajo el agua, algo ahogado. Me cubrí con mi manta y me levanté a investigar. Mi verga estaba dura como concreto, llena de orine listo para salir. Caminé silenciosamente en puntillas por el corredor igual a un prófugo de una sala de pacientes terminales, envuelto en una maltratada manta, una nube de mal aliento y apestoso sudor siguiendo mis pasos. La puerta principal estaba totalmente abierta. Se meció con la brisa seca, conduciéndose al imperdonable sol californiano. El resplandor incrementó su intensidad por el encuentro con la pared de estuco, el asfalto y las ventanas de los carros en la vía; su deseo maniaco de revelar todo magnificado y preciso. Se derramó por la puerta teatralmente, inundando la sala con una niebla de titanio, iluminando la escena cual set de filmación.

Ellos estaban en el sofá. Él estaba arrodillado atrás de ella, dándome la espalda, moviéndose dentro de ella. Él arremangó su vestido a su cuello –la versión miniatura de una bata hippie, las cuales su madre solía usar –y la estaba ahorcando con eso al ritmo de su vaivén. Presumo que estaba gritándome para que la ayude, pero él le puso cinta adhesiva gruesa sobre su boca; y así me dirigí distante, como algo derramándose desde otra dimensión, un lugar donde las pequeñas niñas eran violadas infinitamente, un lugar donde el infierno era la tediosa norma. Por favor, perdóname, no hice nada. Solo me paré, mirando a escondidas desde una esquina, sin poder moverme mientras él la despedazaba y los ojos de ella sobresalían de su cara, igual que si sus párpados hubieran sido cortados; y giró su cara, alcanzó a verme. Podía olerlo, un alcohólico como yo, ese olor podrido del cuerpo consumiéndose a sí mismo, y podía oírlo gruñir muy cerca, susurrando próximo a mi oreja, con

sucio aliento simulando un cáncer en expansión. A lo que quedé ahí, imaginé que podía sentir lo incorrecto de su apretada carne, y fui incapaz de moverme hasta que él terminó y ella se desmayó. Me tambaleé de vuelta a mi cuarto y cerré la puerta silenciosamente.

Eventualmente, escuché cerrarse la puerta frontal. En posición fetal sobre mi cama, bajo mi manta, sentí el orine saliendo de mi pene, espeso y abundante, formando un mar tibio de placer enfermizo entre mis piernas.

(1994)

4. Por qué me comí a mi esposa

Todo se funde eventualmente –todo es orgánico. Es imposible distinguir una cosa de la otra. Cuando tu mente ha sido despojada de egoísmo se derriba y disuelve en el agua. Si haces un corte en mi cuerpo y me concentro correctamente no lo sentiré. Cada vez que mi corazón palpita, se sacude violentamente y golpea mi espina dorsal dejándola suelta, halando la base de mi cerebro. Las memorias se mueven por el denso y podrido bosque dentro de mi cabeza y aplasta el presente bajo ellas. Mis memorias no me pertenecen. Ellas son tan desconocidas como un ciempiés agitando sus piernas en la oscura esquina baja de una cloaca. Cuando una imagen se mueve por mi sistema nervioso, es con la predadora codicia de un intruso. Mi cuerpo yace abierto, transparente, sin defensas. Cada segundo es un insecto alimentándose con mi sangre.

Cuando mi esposa y yo juntamos nuestros cuerpos, me introduje al suyo y vestí su piel cual envoltura de caucho. Ella me protegía externamente. De seguro seré canibalizado por su muerte. Soy un cuerpo desnudo, mis músculos secándose al sol. Siento mi encogimiento.

La usé como un proceso, un sistema por el cual nos podíamos revolver con materia superior a nuestros pensamientos egoístas. Cuando su mano topó mi pierna, cuando su boca mojó mi piel, la excitación que experimenté fue la primera onda de la corriente que finalmente nos borraría. Mi amor por ella es más fuerte que la necesidad de una identidad propia. Aunque su cuerpo esté rendido en la mesa frente a mí, no preciso abrir mis ojos para verlo detalladamente, para sentirlo saturar mis sentidos físicamente. El amor deja a microbios y virus pasar a través de mi cuerpo sin resistirse. Amándola pierdo mi voluntad de vivir. Si la comiera la llevaría muy dentro mío. Con cada bocanada que trago de ella remuevo conmensuradas cantidades de mí ser.

Su fragancia se levanta reluciendo sobre ella en un vaho que saboriza de miel al aire. Sus pechos han empezado a deslizarse por sus costillas, pudriéndose, sin poder ya sostenerse con firme arrogancia o inflarse prometiendo fertilidad. Los pezones, una vez agarrados con mi boca, chupados y masticados, se mantienen derechos en posición de defensa del retiro de los senos a los lados. La gravedad la hunde en sí misma igual a arena movediza. Su panza se mueve, emitiendo oscuros y demoniacos cánticos desde sus más profundos adentros mientras engendra gas, descomponiéndose. Mirando su boca abierta, puedo recordar aun el sabor,

el ligero gusto de caramelo que tenía su saliva, y siento la elástica resistencia de su lengua resbalando en mi boca, circulando alrededor de mis dientes, envolviéndose con mi lengua. Pero ahora, un agujero abierto en su cara enseña el grueso cuero muerto que es su lengua igual al cuerpo inerte de un mamífero acuático en la orilla, varado en el oscuro espacio de su boca a escondidas del sol y las agrupadas moscas. Sus labios, que alguna vez fueron una fruta extraña que chupaba por su néctar, estaban ahora marchitos y rotos como un durazno seco. Sus ojos me veían, quemando mi cara con ácido corrosivo. Mis lágrimas lentamente llenaron las esquinas de mis ojos, espesas, similar al petróleo.

Siete días atrás ella se paró en secreto en la puerta de nuestro cuarto mirándome, acurrucado en la cama leyendo, sin notar su presencia, hasta que ella se acercó silenciosamente y acarició la parte trasera de mi cuello con su cálido respiro. Ahora su carne reposa aquí, vaciada de gesto o empatía, reducida a un proceso, parecida a la harina reaccionando al agua. Las moléculas que compactan su cuerpo están moviéndose, separándose una de la otra, reestructurándose y disipándose en el caldo químico de biología que le rodea, sin poder más conservarse juntas por el material adhesivo de su voluntad individual. Siento mi propio cuerpo mezclarse con las partículas, material genético, átomos, parásitos...

El olor de su sexo se arrastra hacia el vientre de mi cerebro donde da a luz y forma una memoria perfecta, un duro núcleo carmesí de imposible lujuria que resplandece y calienta mis pensamientos. Me inclino hacia ella por un último beso fútil. El interior de su boca excreta una blanquecina goma pegajosa que huele como si procediera de un lugar profundo bajo la tierra –como los restos de un descompuesto animal escondidos en un sepulcro sin luz. Tomo un cuchillo de sierra y remuevo sus dedos con cuidado, atrapando los chorreantes fluidos con una toalla blanca. Ingiero estos fragmentos poseídos de su alma con cuidado profesional, paralizado por sus ojos estáticos. Estoy intoxicado por su memoria tajante y la transmisión de su sabor, su hedor, y su textura a mi cuerpo y mente.

Con el pasar de las semanas, cada día trae la ingestión de otra pieza de su esencia. En cuanto la sustancia de su ser entra en mí, soy transformado en una entidad superior a la nuestra. Esta evolución es solamente el primer paso en mi propia descomposición lenta, mientras me revuelvo con los infinitos organismos que se alimentarán de mí, finalmente mezclándome con la atmosfera.

(1993)

5. La orgía

Mirando la actuación de los infantes cruzando el cuarto, los miembros de la orgía ligeramente se inclinaron en sus asientos y liberaron un suspiro satisfactorio. Los pequeños estaban besándose, sentados desnudos y rectos cual dos estudiantes aplicados vencidos por una repentina pasión. La niña estaba masturbando el pene erecto del niño delicadamente con las puntas de sus dedos, como si fuera una temerosa ave postrada en su pierna. Los miembros de la orgía elevaron las esquinas de sus labios en lasciva comunidad a la par del fluir de la sangre a sus propios genitales en una respuesta empática.

Mientras la niña se arrodillo a felar tiernamente al niño arqueado, sus espectadores inhalaron fuertemente, llevando hacia dentro de ellos el flotante aroma sexual que el niño emanaba desde la distancia. Ellos podían probar el intoxicante jugo concebido muy cerca de la suave y pálida superficie de la piel blanca de los niños, podían ver la sangre y los músculos radiando en rosadas gradaciones a través de la cremosa y sutil película. Absorbiendo el espectáculo con el abstracto enganchamiento de una audiencia hipnotizada por la luz de una pantalla de televisión, mojaron sus labios, untándolos con un brillo atractivo. Estas resplandecientes tiras de carne –infladas con inyecciones de colágeno- susurraban juicios sobre la anatomía de los jóvenes amantes, detallando posibles usos de sus inocentes cuerpos simultáneamente con el desarrollo de la escena al frente suyo. Se masajearon con aceites infundidos siendo observados por una audiencia más interesada en el efecto visual del líquido sobre sus pieles que las sensaciones que producía.

Pronto los espectadores fueron laminados con una fina capa de sudor y aceite similar al vinilo transparente. Sus pieles bronceadas brillaban como las duras cáscaras barnizadas de automóviles caros. Las paredes abdominales de los hombres eran tan sólidas como nudillos. Las mallas de las mujeres estaban lisas y tensionadas fuertemente, deslumbrantes, similar a los flancos de caballos fornidos. Acomodando sus cuerpos cómodamente sobre el lujurioso mueble de seda, esparcieron sus toscas extremidades en lánguidas poses, imitando conscientemente modelos idealizados de atletas griegos en las relucientes páginas de las revistas para consumidores de clase alta, las cuales ojeaban a la sazón. Se sentaron a masturbarse vagamente pasando sus miradas de las revistas a los niños actuando para ellos en la alfombra.

La niña estaba esparcida sobre su estómago mientras el niño se introducía profun-

damente por detrás, besando y mordiendo la parte trasera de su cuello con lo que aparentaba ser afecto genuino. Con cada meneo, la niña presionaba atrás hacia el niño, como tratando de abrirse más con cada encuentro, tratando de introducir todo el cuerpo de él. Ella giró su cara mirando arriba, hacia él, y el niño conservó su boca abierta contra la de ella. Parecían estar respirándose vida entre ellos cuando se besaron, con sus cuerpos juntados retorciéndose en un círculo de calor y sangre que fluía inhibida por ellos, como una sola criatura en sumisión a su metamorfosis, engulléndose a sí mismo con su propio plasma nutritivo.

La lujuria de los espectadores se dispersó por sus cuerpos igual a alcohol quemando las paredes de un estómago vacío. Enroscaron los dedos de sus pies en la opulenta abundancia de la blanca alfombra de lana mientras la acariciaban entre sus piernas. Sus labios guardaban palabras silenciosas, abriéndose cual rojas cortinas de terciopelo en un arsenal de blanqueados dientes pulidos parados en filas iguales como tarjetas de crédito blancas, babeadas con densa saliva. Centrifugaban los escupitajos en sus bocas, aumentándolos -los usaron luego para lubricar los filos sensitivos de un roto y descuidado orificio, o para temporalmente aliviar el pinchón de una herida fresca, recién descubierta.

Luego, complacería a los miembros de la orgía imaginar que los pequeños estaban disfrutando la severidad de sus órdenes, las cuales esta noche al fin cruzarían la línea de los juegos sexuales extendidos hacia la sangre y el asesinato. Pero por ahora, sin cuidado del resultado eventual de la noche, ellos dejaron que el momento fluya, mirando a los infantes en el piso abrazándose, como si se amaran y estuvieran trágicamente conscientes que era la última vez que se abrazarían.

(1994)

Swans, The seer (2012)

6. El consumidor, puerco pudriéndose

Mi cuarto está a 100 grados. No hay ventanas. El aire acondicionado siempre está prendido y saca mohoso aire caliente. Lo dejo encendido porque se siente bien la densa y fuerte cualidad del aire -está vivo, criaturas son engendradas en él. Los mecánicos zumbidos y traqueteos del artefacto hundieron cualquier otro sonido que podrían haberse infiltrado de la calle –afuera, en el enfermizo resplandor amarillo.

Estoy en mi cama bajo las sábanas -la colcha planchada en humedad, la absorbente manta café, las maleables sábanas llenas de migajas y dulces a medio comer. El olor está atrapado y aísla mi sudoroso cuerpo. Mi cabeza sobresale por debajo de las cubiertas igual a una cabeza de chancho servida en la almohada. El foco está apagado, haciendo la oscuridad sólidamente negra, siendo más física por la densidad del calor y el olor. Pero la televisión permanece encendida siempre, enviando un túnel de aburrida luz hacia mí a través de la oscuridad, iluminando sombras espectrales y ondulándome las infinitas divagaciones del universo. Me siento en comunión con todos aquellos que están dentro de mi hoyo. Soy parte de la mente infinita. Mis enormes ojos, similar a piedras negras pulidas puestas en la carne cauchosa del cerdo, están fijos con morbo a la fanfarria de imágenes en la pantalla, ninguna a la que reconocí como relacionada a cualquier cosa más allá de sí misma, como si existiera aquí, formada por la luz. La “cara de un hombre”, por ejemplo, no es la cara de un hombre –es una forma separada de su propia vida emanando y constantemente transformada por la luz. No soy consciente de observarla. Temo moverme porque no quiero destruir el balance. Me he manipulado hasta perder el control de mí mismo, pero también queda el poder notar la pérdida de control y el placer que deriva de aquello, igual a la extensión del segundo antes de un orgasmo. Puedo ver mi alma flotando al frente mío en el diluvio de luz y color, sobre la sórdida materia de mi cuerpo. Es una nube animada, un enjambre de insectos demoniacos, mal aliento hecho visible. Está chupándose en sí mismo parecido a la luz y la materia retrayéndose en el vórtice de un hoyo negro. Se desliza hacia el drenado detrás del aire, en un asqueroso y fofo feto blanco con necesidades insaciables.

Me derrito, un montículo de grasa en el calor. La grasa cuelga de mi cuerpo en grandes tajadas, columpiándose con cada respirar parecidas a las placas tectónicas de la tierra respondiendo a una molestia subterránea. Mis ojos no parpadean.

Ellos perciben todo, pero también reflejan de vuelta hacia afuera, como espejos negros. Mi respiración es un acto deliberado. Si no me concentro me sofoco. Siento todo. La fina superficie de sudor que cubre mi cuerpo sirve para incrementar mi eficiencia conduciendo electricidad. Soy una amébica y tonta versión del monstruo de Frankenstein, recostado en mi tablado, trayendo el clamoroso caos del universo a mí, alentado por su poder igual al cadáver sensible doblegado en búsqueda de venganza. Estoy hambriento como una tenia en mi negro y reluciente estómago.

Una silueta en la pared corta la cabeza de un pequeño niño. El amenazante gran asesino sostiene la cabeza cual vikingo enseñando su trofeo de guerra. Mece la cabeza sobre él agarrándola por el cabello. Los sombríos mosquitos por el aire en un negro remolino. Un manojo del cerebro del niño cae sobre mi cara parecido a queso cottage caliente. Hay una toma enfocada en ojo de pez de un horrorizado ojo en la pantalla de la televisión. Un aceitoso joven corpulento hace sentadillas en su máquina Soloflex, eviscerándose a sí mismo con un cuchillo de cocina increíblemente afilado y reluciente, echa sus intestinos colgantes sobre su hombro similar a un vacilante travesti con su abrigo de piel que camina directo a un aula de una escuela matutina llena de infantes desnudos cubiertos de mierda, quienes lo devoran en un sangriento tornado de afilados dientes. Ellos fueron apartados por su profesora dando agudos alaridos parecidos a un grupo de perros con múltiples correas, quien viste un leotardo amarillo neón, tacones púrpuras, y tiene esa dura y hábil carne de alguien que obviamente ejercita seis horas al día.

Mañana debo salir y comprar productos de limpieza, desinfectantes, y guantes de goma. Hay mierda y sangre por todo lado. Duelen algunas partes de mi cuerpo por estar recostado mucho tiempo en mi cama. Apesto. Tengo un miedo neurótico de que mi corazón explote en mi pecho. Mi cama esta roída en el centro, por lo cual mi trasero saca su hedor a un vívido remolino de basura, la entrada arcana a otra dimensión, donde todo se pudre perpetuamente. No me atrevo a ver bajo la cama. ¿Qué horribles formas están allá abajo mirando mi sucia y blanca redondez?

Mi cama está en el centro del cuarto, humeante sarcófago en una sombría tumba pagana. El televisor está en una plataforma a mis pies, lavando mi hinchado cuerpo envuelto con una etérea luz azul. Mirando a la izquierda, la pared está cubierta con las duras cubiertas de disecadas cucarachas. Cada vez que tomo una (y hay miles, millones viviendo en las paredes, bajo el piso, en el techo -las escucho paseándose como olas en el mar dentro de mis sueños), la seco lentamente a tem-

peratura baja en el horno, luego la clavo con un alfiler a la pared. La pared reluce en la oscilante luz con el reflejo de sus armaduras. Las he clavado en primitivas formas espirales que dibujan el cosmos, paisajes, estrellas, robustos relámpagos, cráneos, navajas, gordos y símbolos hermafroditas de fertilidad. Los diseños son difíciles de discernir por el hecho de ser todo del mismo color en un esquema café sobre café, pero hay un diseño si se mira detenidamente. Yo miro la pared por horas cada día, similar a un mándala. Las sombras danzantes de la televisión dan una sensación de grandeza al detallado artesanal de la pared. Pretendo que estoy en una cueva bajo un selvático cementerio examinando, admirado, un mural africano antiguo que he descubierto, fresco y perfectamente preservado bajo la humedad con malaria.

Girando mi cabeza a la derecha, he hecho una pared que registra el tiempo. Es el repositorio que incrementa progresivamente la evidencia de mi permanencia en la tierra. Espero que otras personas la encuentren algún día, y pasen años descifrando su código. También se relaciona, de una manera más mundana, con las fantasías sexuales que pasan por mí aleatoriamente, confluencias de imágenes al azar generadas desde la televisión, la cual uso funcionalmente, como un encendedor, para desatar una cadena de reacciones químicas dentro de mi gelatinoso cuerpo. El resultado es una obra maestra, una pared que consiste en cientos de pequeños contenedores de vidrio, encorchados, y cada uno conteniendo, con forma de joya de ámbar, una dosis de mi semen. Cada contenedor está clasificado con una impresa descripción codificada por la inspiración, de esto la necesaria interpretación de sus contenidos, por ejemplo: “Mujer vieja cubierta en harapos en parque alimentando aves en periódicos revistas de shows sobre el pordiosero . . . tanteo bajo su viscoso vestido de lana, olfateando decaimiento”, o “Despedaza el corazón de un descamisado cantante de rock con abdominales marcados que hace pucheros en MTV y úsalo como un Acujack[2] en mi puño”, o “Diosa sexual succionadora de Pepsi en traje de baño ceñido apaga cigarrillo en mi frente mientras me arrodillo llorando y pedorreando en la blanca arena caliente, desnudo, mis llagas de frambuesa como cientos de ojos rojos en mi blanca piel de bebé estriada mientras la pandilla de superhumanos californianos se burlan de mí en la cancha de volleyball...” Esta pared es un archivo, un monumento, un tesoro sagrado, potencialmente capaz de responder cualquier pregunta que alguien le ponga, similar al I Ching o las escondidas bibliotecas de Babilón. Está creciendo, una escultura

de relieve de cristal viviente, una criptografía física de una mente infinitamente contemplativa. A lo que crece, cubre la superficie de la pared simulando un hongo de vidrio, reflejando el caos de las luces de la televisión como antorchas distantes congregadas en el oscuro filo de la tierra. En cambio, algunas veces parece sobresalir, mudo y resoluto, un austero bloque minimalista, un implacable testamento de la impenetrable fenomenología del tiempo. Leche de mi seboso cuerpo, apretada de mi gusano...

Algunas veces soy capaz de perderme por días en este lugar, deslizándome por un universo de imágenes desconectadas, carne iluminada, productos brillantes y coloridos para el consumidor, gozosamente escalando olas de ansiedad. Mi mente es despojada, limpiada por la luz. Heroicamente negué la entrada de cualquier recuerdo o deseo "real" en mí. Fluyo con la corriente, flotando por un cauce de plástico neón, canibalizado y carcinogénico, por mis venas corriendo químicos tóxicos. Cuando duermo, mis sueños se funden con escenas generadas en la pantalla, como agua servida descargada al negro mar dentro de mi cuarto. Anoche, por ejemplo, para vengar la percibida indiferencia de mi amante -una autónoma, confidente y tetona abogada, parecida a las que se pueden ver en los "crudos y realistas" programas policiacos semanales -la acosé mientras caminaba por un sendero del chaparral en las colinas del Cañón de Topanga vestida con tacones altos y un poderoso traje, buscando un condón usado para la evidencia del caso de un divorcio violento; su arquitectónicamente masivo cabello fluía en la seca brisa cálida cual bandera de una nación élite de dioses. Luego se viró, al principio con sobresalto por mi visible y radiante cuerpo baboso, pero luego encarándome resueltamente, mazo en mano. Pero fui rápido, y deslicé el cuchillo carnicero dentro de su plexo solar, presionándolo profundamente con fuerza repetitiva, haciendo una fría mueca desagradable por el placer que esto me causó, y sentí mi erección crecer con cada puñalada. Mientras las moscas se juntaban, no alrededor de sus heridas como era de esperarse, sino en el dulce hedor emanando de los expandibles poros de mi piel, escarbaba superficialmente en la tierra con mis manos aleteadas y la cubría con ella, dejando descubierta el área alrededor de su chucha. Entonces cogí a mi amante a través de la tierra, mi verga deslizándose en su hoyo misterioso como un serpentoso hurón blanco. Pájaros piaban detrás mío. El viento cantaba en los cardos. Una araña mareada se arrastraba por mi tobillo. Abejas succionaban sobre flores silvestres. Gusanos perforaban el subsuelo. Un hombre

en traje deslumbrante y perfectamente rígido cabello lamió mi trasero hasta limpiarlo en cuanto yo eyaculaba. Me desperté asqueado, solitario, satisfecho y más enamorado de mi abogada que nunca... Otro sueño entrometido en un talk show de escándalos matutino. El tema era: esposos que han perdido sus esposas por el cáncer. Solté una leve risa por su miserable y sollozante compulsión de transmitir su dolor al público, como si una menospreciada felicidad fuera el reluciente producto al cual cada consumidor tenía derecho, y habría sido robado por un sucio ladrón. Masturbándome, me imaginé acuchillando a cada uno de ellos, y de ahí cogiéndome los hoyos hechos. Cuando la audiencia del estudio, vestida uniformemente en ropa deportiva de casimir dorado, aplaudía, me vine, arrastrándonos a todos en un espumoso mar de leche. Ellos se ahogaron, flotando en la superficie, yo surfeé por la marea parecido a una cerda inflable, corriendo a través del tiempo con mis cachetes moviéndose en el viento...

Cada potencialidad puede y será realizada, en cada variación, matiz, subgrupos, opuestos, y mutaciones de mutaciones posibles. El hecho que yo exista o no, en sí, simultáneamente, en mutua confirmación y negación. Esto quiere decir que hay un mundo paralelo a este, en todos los aspectos e historias pensables como esta, excepto que en un instante me incluye o no. O yo tengo 20000 pelos en mi cabeza en vez de 19999, etcétera. Un mundo de criaturas con lenguas creciendo de sus orejas, haciendo la función de alas de aves gigantes, elevándolas al cielo carmesí, pus expulsándose a chorros espesos de sus lubricadas membranas amasadas en la parte trasera de sus cabezas. Un rio de sangre en el cual infantes son nutridos, yendo por los incendiados campos de maleza, sus carnes suculentas recolectadas en el lago por gordos hombres cíclopes con ganchos por manos, todos ellos de idéntica forma mía excepto por su virtuosidad y sostenido estado de éxtasis. Mis manos, prensiles y con cincuenta dedos, salieron de mi cama hacia esa escena y con un sonido absorbente agarré un par de gemelos rubios de 13 años, un niño y una niña, que intentaban zafarse cuando los halaba a mi cueva. En el intento de escapar mi maleable agarre, los lancé a la cama e introduje con fuerza mis lubricados puños a sus anos, apretando y ahorcando sus entrañas, ellos gritando en un encantador dueto de armoniosa agonía y placer, sus arias juntas tan sensuales e hipnóticas como la música para un comercial de un siniestro, seductor y moderno automóvil. En mi creciente excitación, mi verga es chupada con salvaje y babeante fervor por el presidente de los Estados Unidos, a quien casualmente reprendo

arrancando sus ojos mientras eyaculo ácido nitroso a su panza por no haber matado suficientes alemanes en la reciente guerra de razas.
Estoy simbólicamente conectado al viviente tejido de mi cama, descomponiéndome vivo. El infinito me está sofocando. El tiempo es un agujero cerrándose. Algún día sabré todo y en ese momento dejaré de existir, habiendo agotado posibilidad cualquiera (la palabra "posible" en sí es un imposible oxímoron, como la palabra "imposible") ... Todo esto me excita, pero la energía no tiene lugar donde ir, así que me consume vivo, haciéndome más gordo.

*

Tengo una filosofía de vida. Vino a mí en un sueño, o durante un orgasmo, o creció parecido a un tumor azulado en el hinchado pozo de mi estómago, pateando y gritando por salir, ansioso de escupir su jugo al mundo. Lo corto con un trozo de vidrio y lo pongo en el piso al lado de mi cama. Chorreando placenta en un charco como pies, con sus cuatro cabezas relumbrantes en la luz del televisor, cada una contándome un cuento mientras reposo reverente muriendo. Los anoté, plagiando:

a) Mi prescripción para la felicidad, por El Puerco Pudriéndose
Para resolver el problema de la conciencia de mi mente sobre sí misma y su persistente resistencia a ser completamente desintegrada, he desarrollado una idea que me permitiría perder cualquier noción de donde comienzo y acabo: me colgaría desnudo en un contenedor de sangre caliente, mantenido a temperatura corporal. Mi boca sería cocida, mis oídos sellados con cera. Estaría completamente sumergido en la sangre y respiraría por tubos conectados (o sellados) a mis pulmones por medio de mis fosas nasales. Una máquina bombearía los pulmones por mí, sin que ningún tipo de esfuerzo esté involucrado en el acto de respirar. Al ser mis pestañas removidas, un par de lentes serían asegurados sobre mis ojos y cocidos directamente a la carne que los rodea. Esas piezas transmitirían imágenes directamente a mis ojos, directamente a mi cerebro sin distracciones. Las imágenes serían emitidas o generadas por mí, pero sin ser consciente de aquello. Habría cables y electrodos dentro de mi cerebro conectados a una computadora. La computadora interpretaría los impulsos eléctricos como imágenes, eventos, escenarios visuales, y eventualmente historias, civilizaciones, galaxias, vacío. Mi cerebro respondería inmediata e involuntariamente a estímulos antes que la inter-

posición de mi voluntad y simultáneamente transmitiría nuevos estímulos y respondería eternamente. Mi cuerpo se alimentaría intravenosamente, y a mis heces y orina se les permitiría llenar lentamente el tanque en el que estoy suspendido, desplazando la sangre. Eventualmente flotaría simulando no tener peso, sumergido en mi propio desperdicio. Animales crecerían en ese desperdicio y finalmente me consumirían vivo. No sintiera dolor, habiendo perdido toda sensación de conexión con los perímetros de mi cuerpo. No sintiera nada, el locus de mi ser ahora disuelto en la interfaz de la computadora y las imágenes que creó, vaciado de un punto fijo a un proceso evolutivo... De esta manera puedo concebir verdadera felicidad. En el momento de difusa realidad cuando me vuelvo líquido, mi cuerpo morirá, pero no lo percibiré. Mientras mi cuerpo se corroe, las imágenes continuarán su interacción sin mi interferencia.~

b) Cómo aprendí a hablar, por P.P.

Puedo ver dentro de mi calavera. Conozco el lugar exacto del cual proviene cada pensamiento. Lo veo nacer, un insecto arrastrándose por una caverna húmeda. Ideas, imaginación y memoria son parásitos intrusos que viven del alimento de mi cerebro pasivo. Pronto devorarán todo.

El interior de mi cráneo está inundado de luz. Todas las definiciones desaparecieron. He dejado mi cuerpo. Mi mente exhalándose de mi cuerpo como el último aliento del cadáver. Estoy desnudo sobre una silla en un atenuado y estático cuarto principal. Mis brazos están atados al respaldar de la silla, no para evitar mi escape sino para forzar mi concentración. Mis pies están atados a sus patas, mi cintura al asiento. Un nudo corre alrededor de mi pecho y me sujeta fuerte al respaldar. Mi carne sale apretada en medio de las ataduras como masa de pan. Inoperante, inerte. No puedo siquiera mover mis dedos. Cada uno entra en una correa de cuero individual, ceñidos y asegurados a la silla.

Mi mente vibra hacia fuera. El pánico y la adrenalina iniciales de mi parálisis eventualmente se transforman en un trance. El cuarto se llena despacio con agua a temperatura corporal. A lo que el agua se eleva, mi nexo a la porción de cuerpo sumergido desaparece. El agua se detiene cuando llega al nivel de mi quijada. En este punto no tengo cuerpo. Mis ojos están opacos. La oscuridad me llena. La única sensación específica es la de mi lengua. Un anzuelo de plata se pasea por la punta. Algunos otros van por cada lado y más profundo cuanto pueda abarcar, hasta la boca de mi garganta.

Una fina línea de fibra óptica está conectada a cada gancho, la cual llega hasta afuera y se conecta a una serie de poleas computarizadas que operan en un luminoso terminal de una pantalla de computadora en la más alta pared. En momentos de concentración extremadamente perfecta, el terminal se enciende débilmente, emitiendo un reluciente verde-azul por el agua negra hacia mi cráneo. El pulsante brillo es una respuesta física directa, correlativa en grados, al nivel de concentración que soy capaz de lograr. Cuando mi concentración advierte detenimiento, la computadora da instrucciones a las poleas de halar la línea -los ganchos tirando despacio de la carne de mi lengua. Estas, turnadas, envían pulsiones de puro dolor blanco a través de las sinapsis en mi cerebro, las cuales me dirigen a un flujo -una ecuación perpetua de movimiento donde intensamente estoy consciente de mí mismo y simultáneamente dejo de existir. No hay tiempo entre estas dos percepciones. Existen en contradicción perfecta y se equilibran entre ellas. Cuando alcanzo este estado de vacío mental, la pantalla del computador se ilumina de azul y blanco claros -un prisma distante de arcoíris moviéndose profundamente en su centro en directa correlación con el ritmo de mi respiración, mis palpitaciones, mi sistema nervioso. Me relajo y siento destensionarse las líneas y ganchos que se conectan a mi lengua. Esta pausa permite que la memoria, la ansiedad, el deseo invada mi mente. Por esta razón los anzuelos son halados nuevamente, etc...~

c) Notas sobre el coito, por P.P.

Me asusta inhalar el aire porque sé que realmente es líquido. Cuando respiro me ahogo. Mi cuerpo flota en él como una babosa en agua negra. Se vierte en mis pulmones y vuelve a caer en sí misma, llenándome con claustrofobia. Se filtra por las fibras de mis pulmones, disolviéndome. Rasco mi cara hasta que está ensangrentada y deforme, tratando de romper mis límites. Una revelación peor es descubierta: mi cuerpo es líquido, un enjambre temporal de moléculas (cada una con su propia identidad separada) que eventualmente se diseminará en un mar más amplio de afluentes y mezclados líquidos. Enfoco mi mente en el espacio entre las moléculas que comprimen mi cuerpo. Estoy hinchado, listo para explotar. El miedo corre por dentro y fuera de mí. Estoy infestado de otredad. Mi respiración es cada vez menos un acto de un cuerpo individual, más bien es un deslizamiento arbitrario de moléculas de un lugar a otro. Cada pensamiento que avanza por los grasosos túneles de mi cerebro lleva su propia negación hambrienta. Inundado con empatía. Cuando tomo un vaso de agua, está espesa y se arrastra con vida.

Mi boca lleva al interior de mi cuerpo -un caldero de enfermedad, gérmenes y perversiones biológicas. No existo individualmente. Estoy hecho de un millón de criaturas vivientes, comiéndose las unas a las otras, descomponiéndose, comiéndose entre ellas. Hay una piscina gelatinosa de semen gris entre las patas de mi cama. Si la dejo ahí, germinará y se levantará en una incongruente parodia de formas humanas y animales, brotando de la cama en una caricaturesca pesadilla de potencial biológico. Comenzaré un diligente programa de masturbación para esparcir la creciente corriente de enfermedad concibiéndose dentro mío hacia el mundo líquido.

*

Estoy inhabitado por los pensamientos de otros. Si corto mi dedo, corto generaciones de historia, estímulos que han pasado por mí y me han dado forma. Estoy hecho de manteca, energizado, pero la energía no es mía. Soy usado como un instrumento para que la electricidad pueda cantarse a sí misma.

Cuando esté muerto, mi cuerpo reposará en trozos sobre la mesa, cortados por el cirujano. La energía continuará engendrándose dentro de ellos, pero con un conocimiento que me excluye. Mi identidad, contenida en la carne inerte que ahora yace en la tabla, será alimento para microbios foráneos y agentes de la decadencia. La suma de la experiencia de mi vida al momento de mi muerte, y la evidencia acumulada de mis pensamientos y conciencia, perdurarán en la forma de otro lenguaje en los cuerpos del nutrido mundo que me consume.

En un cuarto solitario donde los enfermeros visten con guantes de goma y máscaras quirúrgicas, y el aire está afilado por el desinfectante, la pila de materia que era yo será puesta en una funda de plástico, luego sacada al bosque y mezclada con la tierra. Mientras caminas sosteniendo la bolsa, la tierra bajo tus pies es esponjosa, densa, y elástica. Tiene la consistencia de un cadáver. Con cada paso, tus pies pisan generaciones de ancestros muertos. Sus cuerpos, sus carnes roídas y transmutadas, se han convertido en la sustancia de la tierra. Cuando comes, ingestas su esencia -la fertilidad que sobrevivió de su descomposición. De esta manera, ellos viven a través de ti, por consumir aire, comida, agua. Cuando respiras, inhalas una mixtura de gases de sus cuerpos emanados en el proceso de descomposición, reasimilándose en tu cuerpo.

El aire, siendo sangre, es difícil de inhalar, pero aprendo. Me relajo y lo dejo entrar. Mi cuerpo flota por él, subsumido. Respiro, trago, y pienso sangre. Mi ima-

ginación para donde para la sangre. La sangre me rodea, ahoga mi visión, cuando pienso, antes que se forme una imagen es consumida por la sangre. Estoy marchito, antiguo, un niño yendo por un denso universo rojo, pulsante y engulléndome con mi propia sangre sensible. Esta sangre me conoce, me lame, me mantiene en un perpetuo rumor de orgasmo en autonegación que envía olas de placer a través de las más recónditas piscinas de palpitante conciencia roja.

*

No puedo parar mi urgencia para desintegrarme. Mi piel está pelándose. Puedo ver a través de las células, juntadas en una red, y diferenciarlas una de otra. Mi piel no es una protección -está abierta. El viento sopla directamente a mis adentros. Se mueve alrededor mío, toma partes mías, pone nuevas partes en su lugar. Me hundo en luz. La luz es un fluido que inhalo. Mis ojos están cerrados, mi cuerpo está encendido desde adentro, destellante como una medusa en el mar. El fresco vapor azul se riega por mis venas, palpitando por mi corazón, saturando los capilares de mis pulmones, filtrándose al tejido muscular. En el centro de mi cerebro esta un vórtice de luz y color. La boca de mi estómago hierve con luz. Mi carne se quema cual magnesio. Mi esperma es luz endurecida. Contiene memorias falsas, la semilla de una nueva raza, una civilización, una plaga, un diluvio de aceite venenoso y subacuáticos monstruos ciegos y muertos. Las yemas de mis dedos disparan luz a través del universo y escriben mi nombre en el cielo, para luego succionarla de vuelta en un pozo negro de antimateria. Una sórdida oleada de desinteresada lujuria crece de la raíz de mi verga hacia el denso y compacto vacío en el centro del espacio. Succionado a este hoyo, retrocedo a una sola molécula de agonía. La drogada estupidez de mi autoconciencia se gesta en una tumba sellada como una semilla atrapada en un contenedor enterrado en un denso lodo impenetrable al fondo del mar. Desde aquí, profundo en la cómoda oscuridad, me expando hacia fuera, escupiendo semen a las estrellas.

d) Tributo a mi anterior ser, por P.P.

El esférico y llano cuerpo -mi grasosa carne viviente- está colgado muerto en el centro del cuarto rojo por cables de metal agarrados a él tensionados en ocho direcciones, a las cuatro esquinas del techo y el suelo. Aquella llana esfera que es mi carne tiene cinco pies de diámetro y mi corazón late en su centro. Justo cruzando el cuerpo suspendido, un infante desnudo se retuerce y llora en una tina de

frio aceite negro. De un fino cable en el centro del techo, directamente sobre mi cuerpo circular, cuelga mi cercenada cabeza de cerdo. Mis ojos escanean el cuarto, pero son incapaces de enfocar. Mi cabeza siente que el cuerpo debajo suyo es su propio cuerpo ausente, y quiere volverlo a unir. Mi boca se mueve y mi lengua lo señala, remedando palabras, pero ningún sonido sale de mi boca, sin tener pulmones conectados para llevar aire a mis labios.

En cada esquina del cuarto, un pequeño montículo de mis intestinos está junto a las reflejantes paredes rojas, atrayendo una concentrada nube de moscas negras. Unas cuantas moscas se atreven a recorrer otras áreas del cuarto, aterrizando aleatoriamente en la suspendida esfera de mi carne, mi cabeza, y el infante.

Las confinadas superficies del cuarto están húmedas y barnizadas con una entrelazada red de venas, nervios y tendones. Aunque la forma del cuarto es geométrica y precisa, la sustancia de las paredes es carne cruda, rosada, orgánica. Las paredes se hinchaban de adentro hacia afuera en un patrón regular de respiración, y con cada expansión oxígeno fresco podía sentirse correr por el cuarto.

El corazón en el centro de mi redondo cuerpo bombea una gelatina clara por una red compleja de tubos transparentes de plástico, suplementando nutrientes y material genético a mi cuerpo. Afuera de mi corazón, un largo tubo central se dirige saliendo de mi carne y alimenta mi cabeza colgante entrando por el cuello cercenado. Una extensión del mismo tubo va hacia abajo donde el niño, entrando por su garganta. A través de este largo tubo, las tres entidades -mi cabeza, mi cuerpo y el infante- se pasan sensaciones, pensamientos y sentimientos el uno al otro, “comunicándose”.

Por fuera de cada entidad corren cientos de translúcidos filamentos conectándose entre sí con los intestinos en las esquinas, con las húmedas paredes rojas. Estas fibras tiemblan y mandan una sensación de placer por medio de todo el circuito cuando son rozadas por las alas de una mosca, en un leve estremecimiento, como el viento acariciando los cabellos reposados en la parte trasera del cuello. La energía creada por este evento carga con electricidad el aceite donde el niño está recostado, aplicando corriente a la suave piel blanca y causando que el niño se estremezca impotente en silencio. Mi degollada cabeza escucha esto e imagina que es el sonido que ella hace cuando mueve sus labios. Al todo estar interconectado, no hay razón para que mi cabeza dude que los sonidos emitidos por el infante son las sílabas de mis propios pensamientos transformados en su lenguaje.

(1994)

7. El joven que escondió su cuerpo dentro de un caballo, o mi vulvar Los Ángeles

El joven era una línea de carne llevada forzosamente por la horda, surfeando las agitantes olas en un hirviente peregrinaje de insectos genéticamente extasiados. La pandilla de insectos se vació de repente en la boca de un almacén y él quedó balanceándose en la esquina con un sol canicular, atacado por los ruidosos reflejos de los carros que pasan y las ventanas de cristal. Enfrentó sus ojos a las colinas secas. Se arqueaban sobre la ciudad similar a la anudada espalda de leones drogados, mirando hacia un cielo descendente en gruesas sábanas de niebla sulfúrica. Los rayos del sol traspasaban este polvo levitante y se sentían más perniciosos por ello, como si fueran transformados por reacciones químicas en malignos rayos x, carcinógenos, en búsqueda de nutrientes que penetraban los poros abiertos de pieles desprotegidas y comerían cualquier cosa viva de adentro hacia afuera. El letrero de Hollywood estaba parado en las colinas, envuelto en nocivos vapores y polvos, parecido a un arreglo de lápidas cavadas en huesos secos, deletreando en un código subliminal una publicidad que promociona el lento suicidio. La frente del joven estaba aceitosa por el sudor y los destellos de luz del tráfico. Su camisa estaba pegada a su torso cual fina secreción de una costrosa baba roja. Su boca era un chiquero, emitía revoloteantes masas etéreas de gas con aroma a leche podrida, ácidos estomacales, y licor de malta. Limpiaba sus labios con una media sucia. Trató respirar profundamente y se arrepintió. El esmog apuñaló el centro de su pecho. Combatió dicho puño, un reluciente tumor del tamaño de una pelota de golf.

Puso sus labios en la forma de un cañón y lo botó a la corriente de vidrios que eructan por igual. Se colgó al guardachoque trasero de un Mercedes simulando una sanguijuela que chupa luz.

Los fuegos se iluminaban naranja detrás de las colinas donde los suburbios se quemaban sin respuesta alguna. Rodantes goliats de humo dorado oscuro se levantaban a alimentar los florecientes vapores que sobresalían precipitados sobre la ciudad y atrapaban las emisiones que se hinchaban desde el rio sin fin de carros bajo ellas, pintando el sofocante calor de tiza mostaza. Una cacofonía sinfónica de conflictivas frecuencias y ritmos se levantó de la procesión de

metal y vidrio, como una progresiva canción para un trance esquizofrénico -pistas de melodías insípidas mezcladas con agudas declamaciones de codicia y lujuria, tragadas en un vertiginoso apocalipsis de aleatorios bombos y chirridos de deseo y fingida violencia. El joven se paró a absorber el sonido y el calor igual a un testigo lobotomizado de la atrocidad en la acera. Sus brazos colgaban sin huesos a sus lados, intentando formar una idea. A las 5am de esta mañana, en un irreversible ataque de pánico cuando se paseaba por el escritorio de su comprador de drogas después de abrir la pantalla de la ventana de un bungaló de Melrose, entrar silenciosamente y golpear con un palo de beisbol que reposaba en una esquina al ex ingeniero aeroespacial (quien ahora no cargará un arma) en la cara hasta que sus rasgos eran una sangrienta masa pegajosa e irreconocible. El dealer desplomó su intrusa cabeza contra la pared como si escuchara la vida dentro de ella. El joven llenó sus bolsillos con miles de dólares en ajados billetes de cien y una bolsita gorda de metanfetamina en polvo, y huyó.

*

Cruzando la calle más allá del molesto muro de tráfico estaba una sala de cine pintada en rosa para verse igual a carne. Se imponía sin pesadumbre en la incandescente vereda blanca como una atracción fantástica de una Disneylandia pornográfica. El domo rosado parecía orgánico y vivo, como un obsceno monumento cubierto de papel maché por un malvado niño, en una representación gigantesca de abusados e irritados ojetes de infantes obesos. La pintura de rosado carne se había pelado en trozos del tamaño de camas, revelando el color previo que era un profundo amarillo leproso, parecido a una llamativa sábana de pus operando bajo la burbujeante y tierna piel. El domo producía un arcoíris de brillantes tonalidades doradas y rosadas arqueadas sobre él, luminosas por el calor mezclado con el tamizado esmog café. La marquesina era un monolito de baldosas que iban de lado a lado con una bocanada de sórdidos dientes de plástico, entreabiertos como si hubieran sido golpeados por un puño. Deletreadas con bloques de un rojo fosforescente se indicaban ofertas para atracciones: “¡Triple presentación! ¡24 horas!... Cuerpo a Cuerpo... El Festín de la Autopsia... El Lubricador... ¡Aire purificado! ¡Aire acondicionado!” Pegado con cinta adhesiva en la esquina inferior a su mano derecha, garabateado sobre papel parafinado en letras del tamaño de una hormiga, estaba otro mensaje: “Se renta habitación -hablar con Teller”.
Él se abrió paso por el laberinto de detenidos carros fogosos como mercurio sacado de una herida, un gallinazo hipnotizado llevado inconscientemente hacia la esencia de la decadencia.

La hermosa cara de la niña adolescente dentro de la cabina de vidrios rayados había sido acribillada con espinillas muy pequeñas, como si la cara pública que ella presentaba fuera una máscara que usaba para proteger su verdadero y artificialmente perfecto aspecto de los corrosivos efectos del cercano escrutinio. Cada montículo era un furor de veneno impactado -cien nudillos inflamados esparcidos como en un campo minado rojizo en el campo de batalla de su cara. Su cabello era una desfogante exposición de colores desplegados en un abanico cromático que variaba del plateado al dorado, al rubio encendido por el sol de California, descubriéndose simulando las alas de un ave futurística; cables sintéticos de metales preciosos y fibra superconductora explotaron debajo del ventilador del aire acondicionado que estaba en el suelo elevando el aire frío desde la sala a su cabina. Una bruma de diamantes se levantó desde su parte inferior mientras ella estaba sentada cual congelada versión de sí misma, derritiéndose, lastimada y blanca, mirándolo. Él ubicó sus manos en los bordes y los presionó un poco, robando la sensación del aire refrescante con las puntas de sus dedos, igual a diez larvas avanzando hacia un orgánico anfitrión. Él lucía exactamente como lo que era -un hombre joven cuyo cuerpo estaba pasando por una tortura extendida en manos de su adicción al sulfato de anfetaminas, quien no ha dormido en cinco días y cuyos huesos eran gusanos bajo su piel. Su cabeza era una explosión de electricidad estática y finos cabellos blancos. Su cara ha tomado el color del cuarto de leche que consumía diariamente para cubrir la ulcera que crecía similar a un embrión en el consumido saco que era su estómago. Un solo barro colgaba de su mejilla como un solitario delegado rojo enviado desde su lugar natal, su camisa roja, a explorar la blancura de su cara. Se sentó enorme y lleno de inexorable paranoia producida por su adicción -interpretada por su cuerpo en forma de toxinas, ahora ansiosas buscando zafarse de los confines de su preocupada bolsa. La sintió cosquillear como si estuviera en telepatía empática con los sagrados estigmas que ensuciaban y salpicaban su piel con cerezas en cosecha. Ondas de amor se expandían ronroneantes por sus entrañas. Masticó su propio labio carnoso. Sus ojos eran todos pupilas, oscurecidos aún más por el fino halo de marfil blanqueado alrededor suyo.

La niña habló a los dobles reflejos de sus caras combinándose en el vidrio: “¡Presiona los botones! ¡Presiona los botones!” Su voz era una mosca atormentada, rostizándose en la encendida llama de un fósforo, saliendo del pequeño intercomunicador plateado en la ventana, con crispadas sílabas de agonía. Apuntó con su cabeza hacia abajo, a los lados de la cabina, donde dos botones negros estaban

puestos como en una máquina de pinball. Él los presionó. Blanquecinos pétalos rosas cayeron del techo igual a nieve en una bola de cristal. Dos brazos robóticos de metal rústicamente construidos, doblándose por poleas y palancas elevadas dentro de la cabina, respondiendo a la presión o movimientos laterales de sus pulgares en los botones. Cada tenaza tenía al final una larga y destellante aguja quirúrgica. Los brazos bailaban cerca de la cara de ella, pinchando los granos comprimidos que infestaban su piel, liberándolos de su envoltura. Finos chorros de grasa negra salían de su cara en un despresurizado rocío de efusión volcánica mientras la chica se intoxicaba en epiléptico éxtasis. Uno de los brazos robóticos se extendió desde el brumoso tornado de su cabello y piel, un dedo apuntando hacia la sala de cine. "¡Ve por el administrador!" La voz de ella lo siguió como un acechante mosquito que zumbaba en su oreja, suspirando deseosamente.

Él se deslizó como un narcoléptico patinador de hielo sobre la pulida baldosa aguamarina inclinada desde la entrada hasta el negro fauce de la sala de cine. Las imágenes en el título deletreaban en estilizaciones bizantinas las ventajas de la vida decadente en la perdida ciudad de Atlántida. Miró hacia abajo simulando a Zeus con una cómica peluca, su cabeza flotando detrás de su cuerpo en una cuerda. El administrador lo saludó en un huracán de aire acondicionado en las puertas de vidrio deslizantes. Se apartaron silenciosamente. Él se paró justo adentro de la rígida apertura donde cruzó gestos con el joven cual empresario, sacudiéndose, una rata en un traje de botones esparciendo destellos azules eléctricos por los lados de su boca.
"Pasa, pasa, pasa. Se escapa el aire..." siseó como un necrofílico director de una funeraria llevando un cadáver fresco a su refrigerada guarida.
A lo que el joven entraba, por un instante estaba temblando su parte frontal y sudando profusamente por su espalda. Las puertas se cerraron, herméticamente selladas detrás suyo. Ahora el frío lo envolvía completamente. Se paró temblando igual a un gato rapado. Su camisa seca y tiesa, una costra roja que se quiebra. Podía sentir vibrisas creciendo en su cara.
El lugar era tan sombrío como una iglesia. Montañas rusas de desgastados latones e inflamados mares de incrustado terciopelo rojo esparcidos en opulentas perversiones al frente suyo. Patrones rococós trazados con hilos de oro en las púrpuras paredes. El logotipo de la sala de cine -un cupido con un puñado de flechas en una mano y una cabeza cercenada en la otra- estaba cocido en relieve rosado a interva-

los regulares por la paredes y alfombras. Viciosos y grasientos adolescentes merodeaban el pasillo, emocionados por violencia barata, sangre, y escenas de degradación y mutilación sexual clínicamente representadas. Vagaban, anudados como un verano anticipado. Luego llenando el primordial caos de las calles en una orgía de disparos desde vehículos, robos forzados de los mismos, asesinatos y violaciones desatados en el mundo cual sanguinaria legión de violentos demonios que escaparon de una alcantarilla que daba al infierno, sacando caliente jugo hormonal de sus poros, laborando y ultrajando la polución nocturna, Los Ángeles acostada ahí con sus piernas abiertas y oropel en su cabello, sangrando por su raja cual travesti recién violado grupalmente sollozando sobre el concreto lleno de orine seco de la cárcel de L.A.
"Serían 12 dólares por favor," dijo el administrador, su voz era un húmedo traqueteo de flema tapando una pequeña garganta. El olor a menta escapaba notorio y artificial de sus labios, adornando el hedor real de brandy barato y bilis que envolvía su cabeza en su propia atmósfera planetaria. El joven orbitaba a una distancia, una trémula figura infantilmente dibujada con ojos de bolas ocho. Él notó un crecimiento del párpado del administrador. Se extendió una pulgada entera, y cayó como un gusano marchito. Se agitaba cuando hablaba, como arremedando sus palabras. "¡12 dólares por favor!" gritó el administrador, igual a si enseñara a un paciente recientemente paralizado como usar sus dedos. Parecía estar acostumbrado a esto, listo para llamar a un matón escondido.

El joven simultáneamente apuntó hacia fuera y sacó un puñado de cientos de los bolsillos de su pantalón, como si intentara comprar el maelstrom de suciedad y calor que estaba más allá de las puertas del cine con este pago en efectivo. Su estómago era una cápsula disolvente, cocinándose en ácido muriático. En su mente era una semilla del tamaño de un microchip que se veía igual a una escama de pescado, conteniendo la información que alimentaba su deseo por la adolescente, quien recientemente habría sido liberada de su cabina y circulaba parecida a un zombi por el vestíbulo, llevada por un hilo del persistente aroma del joven, sus manos extendidas ante ella como tenazas de langosta.
Ella estaba desnuda. Su renovada y purificada piel emanaba una aurora de luz. Su cabello levantado simulando ser esponjado por un fresco viento por debajo, a pesar del imposible calor subiendo del concreto al ser derretido y las olas de suciedad asfixiante descendiendo de un desfile de metal radiante sin final. Mientras

ella caminaba sin rumbo sonámbula, se acercó a él: ella estaba totalmente ciega, desamparada. Él podía sentir los pensamientos de ella, alcanzándolo cual cuerda elástica, mascando su corazón; y el cuerpo de él era una rodaja de mantequilla cortada y formada en una suave aproximación de su cuerpo, derritiéndose, tenue y desfalleciente. Él notó un par de jóvenes, particularmente viles y predadores, mirándola obsesivamente, como si un pollito más grande de lo usual deambulara desde la calle y estaría ahora ambulando por las baldosas, buscando ser freído. Ellos compartían un cigarrillo curándolo húmedamente simulando un clítoris hinchado. Cualquiera que se encontrara con esta escena habría pensado que ella estaba armando un pequeño show degradante solo para ellos. Se paseaban por fuera de las puertas de vidrio, en el calor. Ella levantó su nariz similar a un ciervo, oliendo el aire por peligro. Cada uno tomó un brazo y la arrastraron, levantándola un poco, quedando sus pies colgados como una bailarina. El joven miraba mientras la llevaban al matadero, tragados por el esmog en cuanto desaparecían.

"¡Dije 12 dólares! ¡En este momento, por favor!" repitió el administrador cual padre apunto de infligir una perversión particularmente horrorosa sobre el infante dormido. Luego, al aire alrededor suyo, "¡Wilfredo! ¡Wilfredo! ¡Ven aquí ahora!" El joven sostenía dos manojos de varios cientos como si acabara de ser eviscerado y cogiera sus humeantes intestinos pensativo. Billetes juntados a sus pies igual a hojas en un patio cualquiera. Varios pandilleros juveniles se acercaron.

"¡Oooh! ¡Ya veeeo! ¡Tú quieres el cuaarrtoo! Sí. ¡Wilfredo! ¡Wilfredo!" Revisando el dinero, el administrador babeo sinvergüenza, similar a un masturbador obsesivo espiando un tarro nuevo de vaselina. Sus hombros se encorvaron por sus orejas. Los dedos de ambas manos aferrados a su quijada como si sostuviera su posición en la cara. El crecimiento de su párpado llamó la atención con una inexpresiva cara de soldado.

Wilfredo era el matón. Apareció desde dentro de la puerta de un closet que estaba perfectamente oculta en la pared de terciopelo púrpura. Dentro del closet, un televisor en blanco y negro a punto de colapsar, juntado con cinta adhesiva, escupía en español la descripción carnal de una pelea, leves manoseos representados en la pantalla. Una cara distorsionada, vista en acercamientos de convulsiones dolorosas, fue invadida en la boca por una mano gruesa que apartó la cara igual a un bagre enganchado. El anunciador sonaba como si sus pelotas estuvieran siendo clavadas en una tabla con alfileres, dando alaridos con espeluznantes descripciones de su miseria a través de un megáfono de juguete. El matón avanzó intimidante,

un monstruo de proporciones épicas. Su cabeza calva tenía el tamaño de una pelota de basketball y estaba tatuada con una telaraña. Al centro de la telaraña estaba dibujada de una manera infantil y carcelaria una membrana palpitante. Él emergió como un genio desde los ridículos confines de su closet, enojado por ser sacado de su sangrienta juerga por este juguete hecho de limpiador de cañerías y cabello de gato blanco con discos de cerámica negra por ojos y harapos empapados en sangre como camisa. El joven adivinó que estaría a punto de ser ahorcado y botado a la calle cual moco de los dedos, donde su alma se secaría al sol.
Sonidos de hachazos y quejidos penetran pobremente amplificados por las puertas que llevan al teatro, seguidos por abarcantes ruidos ridículos y parodias de gritos de terror. El matón se detuvo a inspeccionar al joven, opaco, simulando que algo estaba siendo extraído de su piel. Sus manos eran dos cerdos retorciéndose al final de sus brazos. Sus brazos tenían el tamaño de las piernas del joven.
“Él quiere el cuarto Wilfredo... él es un estudiante o algo así, no?”
El administrador observó al joven, esperando su mentira. Todos desaparecieron del pasillo, atraídos por los horrores mostrados en la pantalla igual a un montón de infantes chupando leche azucarada de una gigantesca teta comunal.
“Yo-yo-yyo-yo-yyo... ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!... Yyo-yo-yo-yo...” fue la respuesta del joven.

Él tenía una tartamudez de infancia que volvía cuando su habla agitada duraba más de 3 días. Sus dientes comenzaban a aflojarse de sus encías. Cuando los succionaba, fétida sangre era derramada en su boca, cubriendo su lengua con amarga pasta roja. Su aliento olía a pus. Cuando hablaba, exhalaba una nube de rancia flatulencia. “¡No! ¡No! ¡No! ¡No!” reiteró; un tendón tensionado en su cuello parecía una serpiente viajando por debajo de su piel.
“¡Muy bien! ¡Habla! ¡Qué impresionante!” el administrador lo cortó, como si felicitara un mono entrenado para hacer un truco complejo y humillante. “Cien dólares por semana, doscientos dólares con seguridad y daños. Cien para mí y otros cien para Wilfredo por comisión. No me interesa lo que hagas, solamente no me involucres en ello.”
El joven tuvo la impresión que el inquilino anterior lo involucró en algo, y que esto lo llevó a contactar un matón que vistiera a sus pequeños cerdos de sangre.
Siguió al administrador adentro hacia el edificio. Lujosas olas de carmesí destendidas ante ellos parecidas a lenguas. Dinero abultado en sus bolsillos como semillas

en un campo. El matón lo recogió, un Frankenstein plebeyo inclinándose.
Rítmicos sonidos sexuales lubricados destilaban bajo las puertas de la sala de cine. "¡Oh mi amor! ¡Sí mi amor! Así!" alguien demandaba en la pantalla. "¡Machuco! ¡Machuco!" vino de una repetición chistosa, seguida de un desagradable sonido de líquido pegajoso, como si cien orificios grasosos estuvieran pedorreándose al mismo tiempo.

*

Entraron a una puerta imperceptible que se abría en un mural deteriorado mostrando obscenas escenas en un bacanal pastoral -Brueghel visto a través de los ojos de un pornógrafo de Hollywood en los años '30. Cuando la puerta se cerró tras ellos, se encontraron instantáneamente con un calor sofocante, igual a estar dentro de los pulmones de un cuerpo perfumado con un fuerte olor a podrido. La oscuridad era total, como si el color y la luz hubieran sido vaciadas en un tubo. El administrador movía su linterna, un cilindro del tamaño de un lápiz labial sobresaliendo en un grupo de diez libras de llaves. Bregaron el camino de las escaleras igual a gusanos dentro del cuerpo de un mamífero gigante. El administrador guio la caminata, una silueta animada dibujada en el papel alquitranado sosteniendo una débilmente iluminada bola de cristal para orientarse. El matón seguía al joven, respirando gruesamente y topándolo en la espalda con un dedo similar a una salchicha petrificada. Pese a que el joven sabía que estaban subiendo por escaleras, no sentía que ascendían. Por la manera que la oscuridad los contenía podían haber estado en una caminadora, el edificio inclinándose y balanceándose para reproducir una ilusión progresiva. El calor se sentía igual a aire que había sido sellado en un vestíbulo enterrado en una subestructura de una pirámide antigua, permeado con esporas fúngicas creciendo en el cemento deteriorado. Siguió con tropiezos la gaseosa nébula del administrador, el hedor arrastrándose detrás del luminoso hombre pequeño, difuminándose igual a la cola de un cometa subiendo en cámara lenta al espacio negro; los brazos del joven se extendieron persiguiendo la luz, parecido a un niño atraído por los diáfanos ropajes de su fantasmagórica y demente madre.
Las llaves del administrador tintineaban similar a las llaves de un guardia en el corredor de una cárcel, y sonó la chapa de una puerta, engranando metales. Una dolorosa luz artificial cortó resplandeciente la oscuridad. En destellos de luz, el joven vio la escalera hacia abajo, oscureciéndose mientras descendía, creciendo lo que parecía ser intestinos de sus paredes, como viscosa fruta de un matadero en

forma de túnel. La hojarasca húmeda y carmesí cubierta de una fina capa de polvo esparcido en el cual crecían civilizaciones de ácaros. Estos tubos desenredados hacia la baja oscuridad como hilos espirales del tiempo succionados a la inevitable gravedad de un agujero negro -visto a instancias de rígidas sombras secadas en un azul blanquecino.

El administrador escoltó al joven a la habitación. Era un cubo interceptado en la mitad por el techo doblándose hacia abajo y transformándose en una pared elevada desde el suelo igual a la curva interior del cascarón de un huevo -el techo-pared era el reverso del domo que había visto en la calle. Una ventana en la pared similar a un cuadrado exploratorio cortado en la resistente carne de un cadáver, revelando el grosor y la solidez de la pared, como si hubiera sido arcilla fresca moldeada a mano. Estaba abundantemente estructurada con estuco y pintada de un rosado chillón, el color del interior lubricado de una vagina, sellado en un glaseado de resina de nicotina. La pintura había sido aplicada con pelo churón, cucarachas, esquinas de viejos posters arrancados, tachuelas, uñas, pequeños pedazos de materia parecida a comida sacada de los dientes de alguien, y ciento de números anotados, la tinta de los dígitos disolviéndose en puntos de pintura seca igual a tatuajes difuminados. La ventana no daba cabida a luz alguna -estaba manchada de nicotina ámbar en el interior y hollín negro en el exterior. La luz era proveída por un artefacto fluorescente sobre sus cabezas, chisporroteando caóticamente con apagones al azar, suspendida muy abajo del techo por dos cadenas oxidadas. Polvo adherido como piel a las cadenas, curtido con resina de nicotina. Un cementerio de moscas secas del tamaño de pasas, frágiles recostadas boca arriba, formaban un paisaje gótico encima de las lámparas, una superficial manta de polvo evocando una terrorífica niebla. Largos hilos de polvo fibroso, barnizados con un poco de néctar de nicotina, bajaban por las lámparas como pedazos juntados de flora subacuática, agitándose en respuesta al mínimo movimiento en el cuarto. La escena se oscurecía e iluminaba con las emisiones de los tubos fluorescentes. El efecto estroboscópico daba al cuarto una sensación de movimiento enfermizo, una espiral descendente, nauseabunda desorientación de un borracho arrodillado. El calor del cuarto era aún más fúngico y opresivo que el de las escaleras, como si aquí culminara una concentración de malignidad, donde pronto algún día estallaría del concreto masificado hacia el árido sol y esmog en un clímax de erupción putrefacta, vomitando a la asfixiante extensión de Los Ángeles.

El administrador se paró en la puerta. El matón inclinó su cuello a su lado. El joven paseó por el cuarto midiendo su tamaño, contando los pasos, desde ya un prisionero. El administrador movió su mano como un guía turístico mostrara el Gran Cañón, desplegando una majestuosa vista para la expedición de turistas. Sus manos eran muy grandes para su cuerpo, una falsa mano monstruosa, sus uñas brillantes pintadas de negro.

"¡Todo esto es tuyo! No me importa si vives aquí mientras yo no lo note. El lavabo está en la esquina. No hay agua caliente. No hay retrete así que tendrás que usar el que está en el pasillo. Tomaré el dinero ahora mismo por favor. ¿Y entonces?"

"Lo co-compro" dijo el joven, igual a un paciente anestesiado escogiendo de una bandeja llena de escalpelos. Dio al administrador un puñado de cientos sin contarlos.

"Se siente bien estar en casa" pensó, agachándose en la esquina en una posición de encarcelado, sus brazos asentados sobre sus rodillas, sus manos colgadas cual mustios pétalos. Observó la luz resplandecer parecida a los últimos cuadros de una película dando vueltas, suelta de sus rieles, mientras el administrador y el matón regresaban por las escaleras. Sus pies galopaban igual a pesuñas en cuanto aullaban con risas, contando el dinero en voz alta como dos cabezas contadoras de barba azul.

Los días seguían consumiéndose parecido al fósforo en el cráneo, quemando imágenes hipervívidas en la pared membranosa detrás de sus ojos. Coruscantes fantasmas lo acosaban, rodeándolo catatónico, luego congelándose en movimientos a medias, desintegrándose en el aire. Con el pasar de las horas, afluyendo en días, percibía la textura de las paredes con sus palmas abiertas similar a un ciego tratando de definir las descripciones de su mundo próximo. En las negativas instancias negras de la parpadeante lámpara, él veía unos rayos de luz azul grisáceos disparados por los pequeños huecos del piso con brillantes motas de polvo esparcidas como plancton paseándose bajo el mar; la luz de la película proyectada abajo pasándose a su cuarto igual a reflectores en las noches de Hollywood. Fragmentos de imágenes -manos de arañas blancas cortadas, bocas abiertas formando palabras silenciosas, perros destructores en un remolino de entrañas humanas, cuerpos con alas de ángeles conectando sus lenguas mientras fornican, elevándose cual avestodo subía a través de columnas de luz como almas rotas escapando por las grietas del techo de alguna recámara purgatoria. Entretanto el calor del cuarto se colaba por su piel, él reposaba en el piso encorvado como un niño, desnudo y sudando,

su ropa juntada bajo su cabeza por una almohada, sus ojos reenfocandose entre los apagones del cuarto como si el aire mismo estuviera cargado con destellantes explosiones aleatorias de electricidad. Zarcillos brotaban de la úlcera en su estómago y se pegaban solos a las paredes con copas de succión, escuchando. Una funda plástica llena de anfetamina en polvo yacía abierta en el piso cerca de su cara, derramándose mientras él recogía el tesoro con su navaja de bolsillo y lo inhalaba con una pajilla por su nariz, donde explotaba en su tabique en adormecedores disparos de dolor cual el solarizado nacimiento de un ojo tercero.

*

Un trueno en su puerta lo sacó de una espumeante piscina de placer. Gira el seguro, sin ser consciente de su desnudez. El administrador y el matón parados burlándose como inspectores de un matadero examinando un colgado ternero pelado. Sostiene su último manojo de cientos cual carnada y logra maniobrar su mandíbula en configuraciones que forman las palabras requiriendo que le traigan tres cajas de licor de malta, unos cuantos galones de leche y un cartón grande de palillos de diente. Ellos se desparramaron por las escaleras como purulencia de una herida, riéndose y conspirando como leprosos o ladrones en la base de una crucifixión. Él se para ahí, apagado, sin saber sobre el pasar del tiempo, hasta que regresan. Ellos esparcen las compras por el piso, retorciendo su cara con asco por el fuerte olor fecal en el aire. El joven les da lo último de su dinero. El administrador nota la pila creciente de mierda en la esquina, pero se encoge de hombros, volteándose hacia las escaleras. El matón y el administrador murmuran, y luego ríen mientras descienden, parecidos a cazadores que han capturado su presa después de una ardua persecución y al fin están cortando la garganta de la aterrorizada criatura, la sangre bombeando hacia sus manos y el relámpago contra el denso cielo negro a sus espaldas.

Cuando él siente su mente a punto de difuminarse y desaparecer por completo entre sus dedos, toma la cerveza. Cuando siente su cuerpo derretirse en el delirio, inhala más polvo. Las inyecciones de dolor blanco en el centro de su cabeza corresponden en subliminal ritmo a los rayos claroscuros golpeando el cuarto. Él toma la leche para que la úlcera no se expanda más allá de las paredes de su estómago y que lo remplacé, similar a una mujer embarazada comida por dentro por su propio hijo caníbal.

Se para en trance frente al espejo sobre el lavabo durante el estiramiento del tiem-

po en toques de luz plasmática. Hurga su boca con los palillos, seguro de que algo vive bajo sus encías. Se concentra en un punto encima de un diente incisivo donde la carne rosada se ha levantado. Insiste bajo ella, escarbando y pinchando con los palitos de madera. Su cara es un manchado reflejo elástico en el espejo, claro y luego oscuro, claro y luego oscuro, como si fuera el pasar del tiempo en este cuarto, acelerando los días y las noches, semejante a imágenes impresas en una baraja de cartas ventilándose frente a nuestros ojos. La criatura entre sus dientes lo elude. Él va más profundo, topando su cola con una punta, pero escapa, enterrándose más adentro de la encía ensangrentada. Él cercena en lonjas las encías, poco a poco, metódicamente con el pasar de los días, trabajando sin cesar hasta que sus dientes finalmente están descubiertos en su totalidad y su cara hinchada cual globo expandiéndose. Sus labios están inflamados, púrpura y magullados donde se molestó tratando de llegar a las cuevas secretas atrás de sus colmillos embarrados de sangre. El lavabo se llena por montones de palillos ensangrentados. En la variación de luz se veían como algo iluminado de repente virando en una esquina en un complejo de túneles a oscuras en un polvoriento mausoleo subterráneo.

Él se recuesta sobre su espalda mirando a los cambiantes tubos fluorescentes. Las cuerdas de suciedad y nicotina oscilaban con las ascendentes olas de calor. El músculo en su quijada se tensiona súbitamente, haciéndose un puño presionando y esforzándose por salir de su cara. Los nervios y tendones en su cuello cesaron sus operaciones en simpatía. Una repentina parálisis se esparce desde sus hombros a sus brazos y dedos hasta que finalmente queda acostado rígidamente como un cadáver, con su espalda curvada como un insecto muerto. La luz surgiendo por el suelo alrededor suyo, incrementándose entre los huecos en brillantes columnas moteadas que proyectaban su sombra recortada en el curvado techo rosado, con la forma de una gigantesca cucaracha frenética, la silueta real de su alma trazada en destellos. Pequeñas goteras de música similar al sonido de las campanas de cristal mar adentro flotaban en el cuarto como si el reluciente polvo estuviera cantando. Luego un golpe en algún lugar que hacía vibrar la tierra debajo suyo. La tierra es carne en cuanto tira castigada por un gran puño. Produce un eco húmedo por centelleantes cañones de carne. Las paredes se expanden y contraen, los inflados sacos rosados respirando igual a la fina y translúcida garganta rosada gigante de una rana. El cuerpo de él habita el cuarto cual parásito, cambiando de forma mientras varía entre luz y tinieblas, como si el mismo cuarto imaginara las variadas formas

que su cuerpo podía tomar. Un gorgoteante cauce de materia amarilla hilado con venas rojas sale por su recto y forma una piscina en expansión reflejando los destellos del piso. Su garganta se contrae y unas pizcas de ácido estomacal se derrama por su boca llegando hasta su mejilla en una rosada burbuja espumeante. Presiona su oreja contra el piso y escucha una risotada por abajo, simulando pertenecer a un famélico demonio en una abundante orgía de vísceras. Rayos de luz caen a través de una negra lobreguez y luego se desaparecen, almacenándose en una quebrada profunda por debajo del suelo oceánico.

Su corazón chisporrotea con la electricidad, crujiendo a lo largo de su sistema nervioso, inflando su carne elevada con helio hasta que está lleno y bastante oprimido contra las confinadas paredes. Luego golpeando la puerta, en ecos agudos ascendentes, transmutando en un zumbido ruidoso, estridente y seco, como si el cuarto fuera una colmena de avispas frenéticas.

Él es llevado de vuelta a su cuerpo en un remolino de moléculas líquidas. Los escucha en la puerta, golpeando con sus puños como lunáticos atrapados. "¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Te queremos fuera de aquí, ahora! ¡Sal!" Escucha al matón jadeando en arrebatos de aprobación al fondo.

"¡Yo-yo-yyo-yyoo-yo-yo!" grita el joven en la puerta cerrada y atrancada con una respuesta desafiante.

Él escucha mientras ellos se esfuman nuevamente por las escaleras, amenazantes, susurrantes, amenazantes y luego susurrantes, desapareciendo.

Acumula su ropa en el espacio debajo de la puerta. Con su cuchillo levanta una de las tablas del piso, dejándola suelta, y otra después. El trabajo agita las rosadas y cafés pilas de polvo que crecían entre lo más superficial del piso y el techo. El esponjoso polvo se amasa en volúmenes que lo aíslan, formas cambiantes en el vaivén de la luz, colgando como la secuela de una explosión desértica. Ciego y tartamudo, apoya las tablas en la puerta en un ángulo por debajo de la chapa para evitar que entren. Se da contra la ventana y con una fuerza desesperada logra abrirla forzosamente, solo lo necesario para sacar su cabeza a la noche.

El aire es opaco con el humo de los edificios quemándose. La ciudad se desparrama debajo de su ventana en un paisaje de disminuyentes carbones resplandecientes, explosiones distantes y rotatorias luces rojas. El aire allá fuera es un poco más respirable que el aire adentro del cuarto. El polvo interior se canaliza hacia la ventana y se junta con el humo de afuera. Cuando él inhala, el humo se agarra en los tejidos de sus pulmones.

Ve helicópteros revoloteando sobre la ciudad en manada, justo debajo de ellos el sobresaliente humo, reflectores escaneantes sobre los fuegos y pandillas que inundan las calles parecidas a lava, avanzando en una marea consumidora de destrucción fundida. Observando desde su ventanilla en el domo de la sala de cine, él se levanta en puntillas para alcanzar sobre el borde, igual a una tenia ojeando por la garganta del cuerpo del que se alimenta. Mira un gigantesco cerdo inflado y rosado sobre el pandemonio y las llamas, liberado de su atadura en Hollywood y Vine gracias a la pandilla. Se avecina meciéndose, elevado por el calor y yendo al oeste, hacia el mar. Los últimos tonos del atardecer rojo hirviente bajo el techo de humo mientras la cabeza del cerdo llega a una nube negra, sus bulbosas piernas rosadas colgantes, en cuanto prosigue parecido a un gordo infante, yendo por el agua de una piscina superficial. Los helicópteros botaron ráfagas de gas lacrimógeno sobre la multitud, arreándolos por el paisaje estallante. Un grupo de caballos que escaparon de sus establos en las colinas galopaban salvajes persiguiendo a la pandilla. Un vaho de sangre salía a chorros de sus flancos sudorosos, donde habían sido heridos por vidrios cayendo o rastrillados por carros huyentes. La horda parece correr tras ellos, como si quisieran rasgarlos sin protección hasta despedazarlos en fulminantes mareas de sangre apestosa. La furia de los caballos, llevada adelante, se elevaba como locomotoras reflejadas en el infinito, impulsadas por terror absoluto, lenguas escupiendo saliva mezclada con sangre y evaporada en la noche.

Unos cuantos caballos se resbalaron y chocaron con las puertas de vidrio de la sala de cine. El joven los escucha chillar con miedo y confusión en una embestida de ventanas destrozadas y caos allá abajo, luego las rígidas pisadas de los cascos en las escaleras, el aturdidor azote pateando su puerta. Él remueve el seguro y abre la puerta. El caballo es inmenso, resplandeciente, parado en la intensa luz y exhalando humaradas, masivo, como si hubiera sido traído a la existencia recién, transportado desde un planeta distante consumido por violencia, traído a esta jaula que se encoge y emana formas cambiantes e insondables.

Él clava su cuchillo en los ojos del caballo. Grita como un infante. Él agarra puñados de su grasoso cabello y lo tuerce batallando en el piso. Los pies del animal patean en ciclos como si tratara de nadar de lado en arena movediza. Él corta su garganta. A lo que se sacude, esparciendo sangre en cuadros estroboscópicos y humeantes por todo el cuarto; vuelve a asegurar la puerta y pone nuevamente las tablas.

“Ahora estaré a salvo” piensa, mientras hace una incisión en su estómago. Usando

la pajilla con anfetamina como un tubo por el cual respirar, se introduce en las entrañas del animal, buceando, plegando su cuerpo dentro del caballo abierto, cálido, escondiéndose.

(1994)

8. La máquina sexual

Las dos mujeres están desnudas y entrelazadas en la plataforma con sus cabezas hundidas entre las piernas de la otra. Cada una recita una ahogada plegaria a la brillante perla de lujuria escondida profundamente en vientre de la otra. Sus caras se sumergen, retroceden, sumergen y retroceden. Con cada impulso rítmico hacia delante, las características del rostro se pierden en los guantes de carne húmeda, igual a la cabeza de una mantis religiosa clavándose en el cuerpo trémulo de una víctima inmovilizada sin remedio, devorando su interior.

El cuarto está silencioso excepto por el ruido distante del tráfico citadino entrando por un conducto de ventilación en el techo, y el firme mantra de su acoplamiento.

La plataforma circular está en el centro del cuarto, cubierta por un barato velur anaranjado. Puntos relucientes van desde cada esquina del cuarto a sus blancas pieles. Entretanto la plataforma gira lentamente, sus pieles cambian a púrpura, amarillo, y luego rosado. Esos pequeños reflectores aumentan el calor encerrado en el cuarto, y ese calor se mezcla con la dulce plenitud de sus sudores, dando al ambiente una tangibilidad submarina.

Un interruptor es encendido en la oficina de frente. Música disco a un volumen exagerado hace vibrar el aire en una monotonía de sórdidas frecuencias de bajo. Sus cuerpos mostraban solamente una vaga respuesta casual a la repentina intrusión del apabullante sonido físico. Pronto se puede notar sus carnes moviéndose en variaciones sutiles con el ritmo mecanizado, como dos anguilas serpenteando en la tierra del suelo oceánico.

Alertado por la música, el asistente abre las puertas a las cabinas rodeando el cuarto, y los hombres entran, poniéndose al frente de sus respectivas ventanas. Las ventanas alineadas en las paredes del cuarto donde las mujeres eran exhibidas. Si las mujeres las chequearan desde su ritual, las ventanas aparentarían ser espejos. Pero si escogieran atravesarlas detenidamente con la mirada, ellas podrían discernir la incipiente sombra de un hombre en cada puesto y la luz fluorescente sobre su cabeza detrás de la cubierta superficie reflectora.

La música disco entra a las cabinas por un parlante en el techo. El espacio cerrado, similar a un closet, hace de cámara resonante para las frecuencias del bajo, aumentando la sensación claustrofóbica del confinamiento en esos puestos. El amargo olor metálico del semen se espesa en el aire por debajo del agrio olor a desinfectante más próximo. Los hombres metían ese hedor a sus pulmones, donde era difuminado y absorbido en sus torrentes sanguíneos y sistemas nerviosos, intoxicando sus percepciones. El potencial de asesinato y perversión, normalmente dominable, es fertilizado e intensificado. La consciencia del anonimato la aumenta aún más. Si una de las mujeres llegara a entrar en unas de las cabinas físicamente, algo más que una imagen vista a través de una pantalla,

ella seguramente sería destripada, canibalizada y mutilada. Los hombres son incapaces de autocontrolarse. Todos tienen una necesidad reprimida de probar sangre. Cuando se masturban, detrás de las fantasías infantiles y benignas que conjuran, la excitación real de potencial violencia siempre es el verdadero secreto erótico.

***

Mis manos están frías y suaves. Cuando toco las suaves paredes esmaltadas en mi cabina, siento el calor de las mujeres pasando por los muros hacia mí. Absorbo todo lo que me rodea. Puedo probar el amargo gas luminoso atrapado en el tubo fluorescente sobre mi cabeza. Puedo descifrar el zumbido de una sola nota de la luz por debajo del ritmo profundamente cargado de la música. Su tempo golpea mi cuerpo y me despliega contra las paredes de mi puesto. Ya no me contengo en mí mismo. Me junto a las paredes, parte de una célula viviente. La cabina es un organismo. El círculo de puestos es un círculo de células malignas bordeando un cáncer. Las mujeres están pudriéndose, chupándose la una a la otra y transfiriéndose sus jugos corrosivos de un lado a otro, compartiendo sus enfermedades. Puedo olerlas, fétidas y de amoniaco, por las paredes. Avisadas por un cambio en la música, las mujeres se levantaron de la plataforma y bailaron lánguidamente por la arena. Las luces rotan, saturadas y ácidas, desplazándose como mareas en el interior líquido del cuarto. Las mujeres se mueven de un color a otro, deslizándose como cuerpos sin voluntad en un universo amniótico. En nuestras celdas, la excitación aumenta. Soy el primero en extender mis manos por el hoyo delimitado por caucho de la pared al caliente lugar donde las mujeres viven.

Respondiendo rápidamente, varias manos presionan hacia la arena desde las paredes circundantes. Perceptores incorpóreos, ellos forman los nervios interiores de una criatura subacuática tanteando alimentos y estímulos. El movimiento de los dedos, retorciéndose, tratando de llamar la atención de las bailarinas. Desde el interior, las mujeres ven los titilantes espejos reflejando las luces coloridas, y debajo de los espejos ven prensibles sillas colgantes de goma, balanceándose frenéticamente en la corriente acelerada.

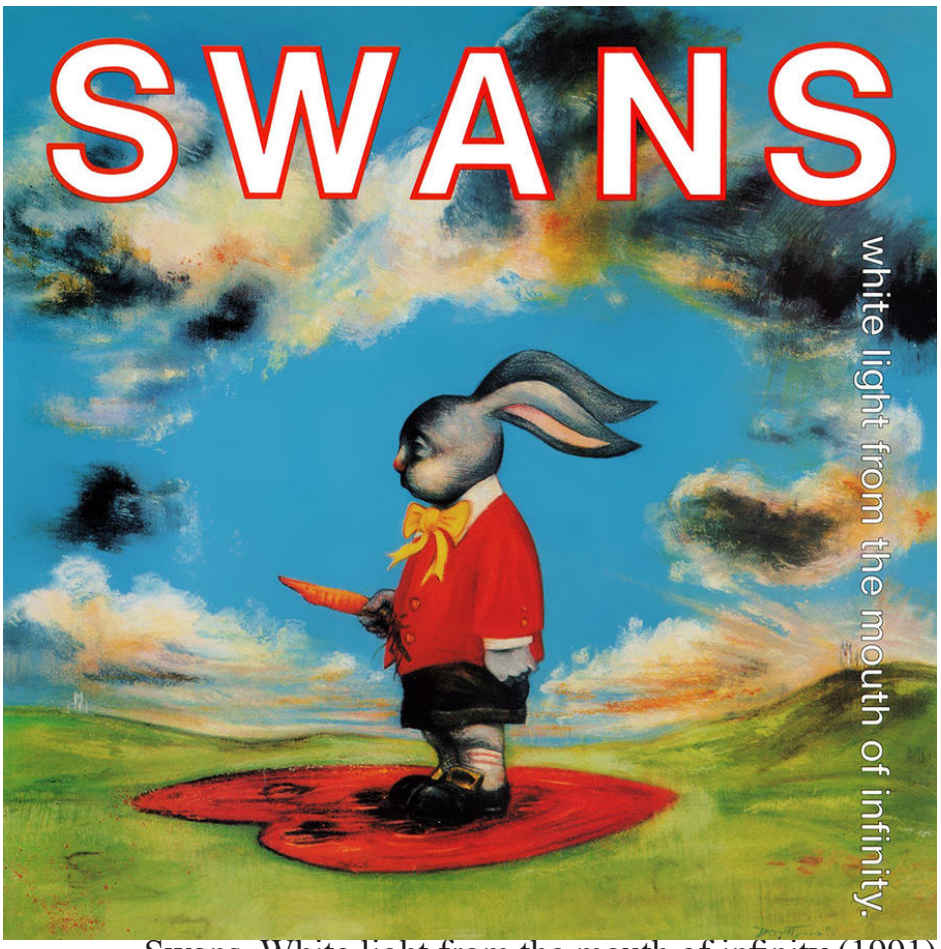
Después de provocarnos por unos cuantos minutos, ellas respondieron nuestro silencioso llamado y permitieron que la fuerza centrífuga de su baile bote sus cuerpos a la periferia de la arena. Mientras ellas giraban contra las paredes, pasaban de una mano a otra, invadidas, pinchadas, moldeadas, penetradas. Si mi mano tuviera una boca y dientes, arrancaría la piel y tomaría la espesa sangre, ingresándola directamente en mi estómago, llenándome de asesinato.

Ella se siente en el éxtasis. Los poros en el revestimiento exterior de su piel emanan los jugos cocidos en sus entrañas. Mis manos están resbalosas con su líquido, electrificado con la sensación de su interior. Estrujo un pezón gomoso, paseo mis manos sobre su

estómago suave, topo una cicatriz inflamada sobre su cabello púbico. Junto mis dedos en un punto y presiono su vientre en cuanto ella se agacha poniendo su culo contra la pared con las piernas abiertas. Ella mira hacia arriba con sus ojos puestos para atrás, sus pupilas retiradas detrás de sus párpados. Su lengua pasa por sus labios, chorreando saliva por su mentón.

Estamos unidos, cabina a cabina, hombre y mujer, mano a cuerpo, líquido y sólido, animado e inanimado. No importa si es mi mano la que está dentro de ella o la de alguien más mientras gira y fluye de perceptor a perceptor. Somos una criatura, palpitando con dicha, vista, sonido. Nuestro orgasmo nunca culmina.

(1993)



Swans, White light from the mouth of infinity (1991)

9. El enano mudo canta

Muy arriba en la pared del edificio abandonado, el enano mudo se posó en su taburete alto cual gallinazo y echó un vistazo por abajo con sus ojos bizcos en la ventana negra y vacía. Olas de tejados y concreto colapsado se esparcían sobre el lote debajo suyo, como si su edificio se había derribado desde el cielo y envió una marejada de destrucción impactada. Nieve endurecida y dispersa se precipitaba sobre él, notoria igual a espejos en los escombros, causando que manchas de color y arañas transparentes se deslicen por sus ojos entretanto sus pupilas se encogen ante la luz. Detrás suyo, en la oscuridad, su cama era una montaña de sábanas curtidas y colchas desgastadas que él sacó de montones de basura del vecindario y acumuló en un húmedo montículo en la esquina más lejana de su cuarto. La cama seguía tibia por su hurgar en la noche y mantenida en el frío, rodeada por un arco de parpadeantes velas derretidas que la atrapaban como una bestia tenue en un círculo mágico.

Él mira para abajo el paisaje fracturado, siempre buscando algo brillante y rescatable. Su cara era un luminoso rostro demoníaco flotando en la ventana negra. El aire frío trajo mocos a su nariz. Se expandió por fuera de sus fosas igual a la bomba de chicle de un niño ampliada con cada soplo, y finalmente reposó en su labio superior -una larva fresca generada por un insecto industrioso. Lo inhalaba y exhalaba en jalones rápidos y repetitivos, simulando telegrafiar una descripción codificada de su vista a un confidente escondido en otro edificio abandonado cruzando el lote. Igual a un sacerdote drogado sosteniendo un cáliz de la intoxicante sangre de Cristo, él levantó su botella de su jarabe para la tos con codeína con sus dos manos y chupó el líquido, ruidosamente juntándolo con aire como si estuviera muy caliente para pasar por su garganta. Se deslizó por su tráquea y reposó en su estómago cual melaza. Él sentía calor detrás de sus ojos. Acarició la parte superior de su boca con su lengua. El orificio era una pegajosa herida, roja cereza, arrancada de su carne pulposa.

Él rompió un bloque de cemento suelto de la cornisa y lo botó a los escombros. Una aturdida nube de gaviotas se levantó, suspendidas en un caos de espirales conflictivas, luego aterrizando nuevamente, alimentándose en la basura. Movía con su dedo un pelo solitario que salía curvado de su quijada en la noche, removiendo la blanca cáscara de su base de maquillaje que se retocaba diariamente sin lavársela. Retorcía su encrespado pelo en su dedo, luego lo tiraba dejándolo suelto en su cara. Lo enrollaba entre dos dedos, cosquilleando su grueso y rojo labio inferior con el frágil cable, su meñique de dandi extendido. Dos pulgadas de endurecida uña café crecían del protuberante dedo como una garra aplanada. Él soltó el cabello e insertó la uña en el espacio entre sus dientes frontales, agarrando una tira del asado de anoche. Sacando un fósforo de madera de las

pilas de basura en la mesa, raspó la humedecida suciedad debajo de la uña, limpiándose la pasta y fibras de carne en su pantalón grasoso. Llenó la uña meticulosamente con una pizca de lija fina y aceitosa, puliendo progresivamente los bordes más delgados en cuanto se ponían rectos, como las puntas de tornillos. Probando este filo fresco, él tomó un robusto tablero de las circunvoluciones de la basura electrónica revuelta también en la mesa y serpenteó un dedo alrededor de un transistor, acogiéndose en un pequeño tornillo plateado. Agarró la botella nuevamente, metiéndose el remanente de jarabe, y tiró la botella vacía golpeándola contra una pared detrás suyo en la oscuridad.

Un chihuahua anciano sin pelo emergió del atenuado calor de su cama, arruinado y tembloroso, y chasqueaba ladrando hacia la luz. Se deslizó por el piso y se paró tosiendo mirando al enano en su asiento. El enano hizo un sonido de ahogado breve, como si hubiera sido ligeramente apuñalado en el estómago -una "palabra" en su vocabulario de ruidos y jadeos guturales- y el perro saltó la imposible distancia hacia la mesa sin esfuerzo aparente, luego a su regazo, donde reposó trémulo y hurgando con su hocico la entrepierna del enano buscando calor, mirando hacia arriba con ojos negros rolando enfermizos en su cabeza.

Directamente bajo su ventana, pasando tres edificios y al nivel del mar de escombros, la dama vieja sacó su cabeza por su ventana y empezó su canto matutino. Por fuera de una garganta que estaba corroída e irritada por veinte años de vodka barato se derramaba un graznido extendido sin propósito que se colgó ahogado en el frío unos pasos más allá de su ventana. Consonantes quebradas y trabados de lengua interrumpían el débil resueno. Estas frases sin tonos nacieron en la suciedad de la plebe del páramo diez siglos atrás y se heredaron decadentes hace 78 años en forma de canciones folclóricas de la niñez que ella memorizó y ahora repite sin recordar su significado, excepto su implícita nostalgia y calidez. Si ella tuviera un hogar e hijos, hubiera cantado estas sagas vacías de lobos, reyes y pequeñas niñas a sus nietos. En lugar de esto, ella ofrecía sus jadeantes arrullos a las silvestres hordas de gatos que merodeaban y se reproducían en las ruinas.

Ella ubicó una docena de boles grandes rebosando leche cortada tibia. La leche se derramó en los pedazos de tejado granulado sobre el asfalto embutidos en su ventana, empañados en el frío como avena. La vieja lanzó manojos de partes de pollo unidas y miró al enano con una sonrisa desdentada. Él la saludó con su mano, su única vecina en el deteriorado edificio.

Apareciendo rápidamente, escabulléndose por los enterrados laberintos hilados a través de los escombros, los gatos predadores se acercaron en manada, atraídos por la ofrenda de la anciana cual pirañas precipitándose sobre un niño que se ahoga. Mientras la señora retrocedía al oscuro del edificio, a los gatos se le juntaron ratas de igual tamaño sin miedo, abordando la leche y los huesos de pollo con sus dientes a lado de los gatos, como si

el odio genéticamente asignado a cada especie hubiera sido borrado. En cuanto el enano los miraba comer, imaginó que su mutua indiferencia se debía a la desmesurada satisfacción con que la anciana los proveía, y también por las protuberantes pilas de fundas de basura desgarradas y filtrantes que obstruían las calles del vecindario, botadas desde las ventanas de las altas invasiones o remolcadas desde las áreas afluentes de la ciudad y dejadas para que se pudrieran donde cayeran.

La señora volvió a la ventana, chillando enigmas y haciendo gárgaras con su vodka. Las ratas retrocedieron una huraña distancia mientras ella salía y acariciaba los gatos ronroneantes, grandes cantidades de pelos apabullados y enredados se frotaban contra su muñeca y lamían sus dedos con ásperas lenguas buscando grasa. Pero las ratas sintieron su fuerte demencia y pronto regresaron a alimentarse con los gatos. Ella hace mucho que ha perdido cualquier habilidad para percibir el peligro, o evitar amenazas, y su instinto de supervivencia ha sido reducido a una rutina diaria de recolección de basura y mendigar unas cuantas cuadras más lejos en un mejor vecindario, donde su vaso de poliestireno extendido era llenado de billetes con facilidad, presentando al peatón culposo un perfecto ejemplo de patética decrepitud.

La anciana desapareció otra vez en la pared. Unos minutos más tarde, el enano la vio reaparecer escalando la escotilla de plywood en el filo del lote, por la vereda. La escotilla cubría un acceso sin usar, un túnel que llevaba por debajo los restos y se conectaba al sótano del edificio. El sótano estaba lleno con una con una quieta expansión de agua estancada con seis pulgadas de profundidad. El aire estaba empapado y tibio con decadencia. Mosquitos seguían naciendo en el agua hasta en el invierno. Una débil luz gris se filtraba por las densas telarañas que crecían en la oxidada reja de metal del conducto de ventilación en la parte alta de las paredes. Un tambaleante camino de muros derribados lleva al agua, conectando el túnel a las viejas escaleras cubiertas de musgo que iban al oscuro interior de su edificio.

Cuando la vieja ingresó a la luz, produjo un escupitajo que fue por su rancio hoyo para limpiar su garganta del olor, y revoloteo su cabello para derribar cualquier araña que pudo haberse pegado en el sótano. A pesar del peso y grosor del doble plywood y su encorvadora carga de varias capas de abrigos y batas, ella se deslizó por la escotilla cerrada como cartón liviano. El enano la miró moverse con mucha dificultad por la calle con sus capas arrastrándose tras ella, sacando niebla de su nariz formando una nube alrededor de su cabeza como una espumosa bestia de carga. Ella ajustó su yugo de bufandas y chales desunidos en su cabeza y cuello, pausó a tomar de la botella escondida profunda en su envoltura, luego procedió, lenta y deliberadamente, tomando el caminar oscilante y encorvado de una desamparada babushka en cuanto se movía hacía los suelos fértiles y rogantes de las avenidas más populosas, prósperas y cercanas.

Cuando ella desapareció en la esquina, el enano llevó su atención a la pandilla de ratas y gatos acabando su comida. Pronto todo fue devorado, y se devolvieron como la marea del océano al inframundo de los escombros.

*

El enano pasaba sus días vendiendo nefastas chucherías y artefactos que habría reparado en las noches, esparciéndolas en una manta en la vereda. Luego dejaría la chatarra sin vender donde cayera y vagaría por la ciudad, merodeando montones de desperdicio y basureros. Si se encontraba con el mausoleo sellado de un edificio, levantaría el plywood de una ventana y escarbaría en el negro y frío almizcle. El arrastraría sus tesoros recolectados para fuera del edificio y los podría cuidadosamente en el carrito de compras que medio empujaba y en el cual medio se colgaba en sus migraciones. El chihuahua era acarreado por una larga correa de cordel, arrastrado desventuradamente a través de callejones con sus patas hundidas en vidrios rotos y jeringas usadas, donde los vapores del orine eran tan impenetrablemente amargos que el perro tosía y estornudaba incontrolablemente hasta que el enano lo cargó al frente del carrito donde reposó como un ave sin plumas o un trastornado y tembloroso adorno de capo.
A menudo ellos trabajaban en los vecindarios más adecuados, donde ellos se paraban entre lujosas vestimentas y vidrios pulidos simulando sucios exiliados de un depravado circo medieval. Aquí el enano rebuscaría en los tachos de basura de las esquinas, tirando al viento vasos de café, periódicos y sánduches comidos hasta la mitad como un loco. Algunas veces se pararía en un teléfono público y desataría un cauce de fonemas incoherentes hacia el colgante aparato como si estuviera vehementemente condenando indignaciones e injusticias a un burócrata indiferente. Su maquillaje blanco se agrietaba con las contorsiones de su rabia y su lengua era una serpiente roja y carnuda atacada por sus dientes amarillos. El fuerte hedor de su sucio cuerpo sin lavar emanaba por las mohosas capas de su ropaje y se esparcía en una nube protectora, manteniendo a los transeúntes a cierta distancia. El perro le ladraba a su paso, aunque era muy miope para poder verlos.

*

La anciana se había mudado unas cuantas semanas atrás. Una mañana, cuando el enano bajaba por las negras escaleras de su edificio, había un inesperado desborde de resplandor saliendo de una puerta. Ella logró jalar la cubierta de plywood colgando en la ventana y estaba barriendo una densa cantidad polvo enturbiada por décadas. Se paró intensamente a laborar en el centro del ciclón como una vieja bruja revolviendo violentamente una tormenta pestilente. Él permaneció en las sombras viéndola. Cuando

el polvo se asentó, él vio que ella ya se había acostado en el colchón, con sus abrigos amontonados en una esquina, y la repisa de la ventana adornada con enseres personales -un crucifijo barato de plástico, unas cuantas cajas de velas, botellas de agua y vodka. Él fue hacia la luz suavemente, para no asustarla. Ella se apoyó en su escoba en cuanto se miraron mutuamente por un momento en silencio. Finalmente ella sonrió y él pasó de largo. Eventualmente, con el pasar de las semanas, ellos desarrollaron una franca relación en la medida que ambos eran capaces de lograr, considerando en ella la aparente incomprensión total del idioma, y en él su vocabulario de gestos frenéticos y vocalizaciones sin sentido.

Antes de su llegada, los únicos visitantes en el edificio habían sido los drogadictos que él escuchaba tarde en la noche, sacando el cobre de las líneas telefónicas, dañando cañerías, picando los andamios de la arquitectura. Los drogadictos pasaban el tiempo en las esquinas de las calles del vecindario en pequeños grupos, pateando la tierra y gritando sin razón alguna, siempre vigilantes a la espera de algo. Ellos debieron haberlo visto entrar y salir de la escotilla justo después que logró entrar al edificio y tomarse el último piso, porque casi inmediatamente él fue despertado por los sórdidos olores por debajo de su montículo de sábanas en el distante martilleo y excavación, aumentando gradualmente su ruido en los siguientes días mientras labraban su ascender, canibalizando cada piso mientras se acercaban. El enano había armado una consolidada línea eléctrica por abajo de las escaleras y conectada a la base de un poste de luz, cubriendo la línea de conexión con basura, y él había sido muy cuidadoso al no prender un foco en la noche por el miedo de atraer a la policía, o peor, drogadictos. Sin embargo, pronto estarían afuera de su puerta mientras él trabajaba en las pilas de transformadores, pantallas de televisores, caseteras y juguetes electrónicos -así ellos escuchaban su taladrar y olían su soldadura y sabían ahora que había algo valioso adentro.

Una mañana, cuando él se sentó a tomar su jarabe para la tos, observó un drogadicto con mirada maliciosa en la puerta. El enano agarró un cuchillo de carnicero oxidado del montón de la mesa y saltó cual chimpancé demente de su taburete. Con carcajadas y chirridos iguales a los del guacamayo, se escabulló hacia la puerta. El drogadicto saltó ciegamente por las escaleras, sorprendido por el mirar imbécil del enano clownesco con su cara de porcelana y la estirada boca de escarlata emitiendo un grito como el de una caricatura mostrando las agonías del infierno. Esa noche, el enano enroscó el seguro de su puerta y puso un tolete en ella, para sentirse protegido dentro de su cuarto. Pero la noche siguiente, él despertó por un furtivo serruchar en su puerta y las contenidas risas de los drogadictos metiches. Él abrió rápidamente la puerta y botó una copa llena de ácido de batería directamente a la cara de uno de ellos y cercenó las manos de otro mientras el chihuahua daba alaridos que sonaban igual a hojalata aruñada en cuanto aullaba su

grito de guerra. Ellos huyeron nuevamente, gritando mientras se precipitaban por las escaleras. No han vuelto desde entonces. La anciana se mudó al día siguiente.

*

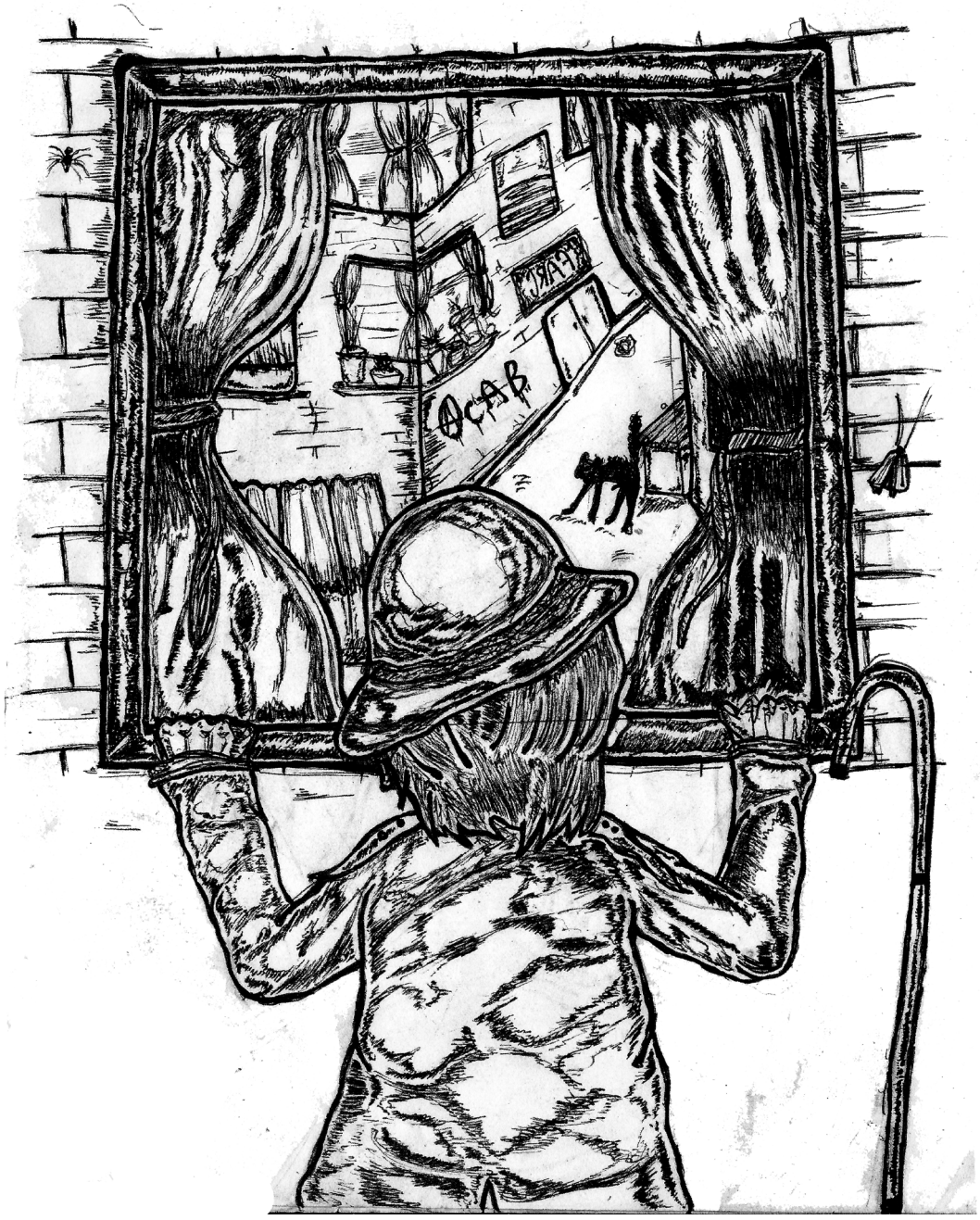
Él se sentó frente a su ventana mirando hacia el aplanado terreno bañado por la fría luz de la luna y diseccionada en rompecabezas de sombras, como si fuera el caparazón exterior de la tierra rompiéndose por bloques mientras se expande desde adentro. Un escondido substrato de varillas de acero, listones y metal destrozado se levantaba desde el suelo similar a una temible red de maleza. Cruzando el terreno, una luz tenue parpadeaba detrás de una manta ondulante colgada sobre una ventana en la curvada silueta de una invasión. Un impotente revuelo de rasgueos de guitarra acompañados por lo que sonaba como un quejido de un niño malcriado hace eco por el lote, quebrado por gritos esporádicos de ebrios estímulos y botellas rompiéndose en los bloques de abajo. Afuera, en medio de los escombros, en una invasión grande e inclinada de concreto, un grupo de perros explotaron en una confusión de sangre y colmillos viciosos, devorándose entre ellos con el entusiasmo colectivo de una pandilla de enloquecidos borrachos rugiendo catárticas hurras a un evento de boxeo de segunda categoría. La carnicería se detuvo inesperadamente y un sonido que debió haber persistido en todo el día gradualmente se reveló -un gemido distante, bajo y desganado, como si alguien estuviera expresando las deprimentes emociones sin términos de un sueño opresivo a lo que dormía. Él notó que venía de adentro del edificio, debajo suyo, podía ser la mujer vieja. Cogió su linterna, desaseguró su puerta, y forjó su camino en las escaleras, el perro yendo tras él. El sonido lo llamaba, lo guiaba. En cuanto descendió, escuchó un resollar suprimido, invadiendo la oscuridad que lo invadía, como si el sonido estuviera sangrando por la cortina de oscuro. Estaba a la expectativa de que manos rígidas se extiendan y ciegamente acaricien su cara. Entonces, en un último giro sin percepción a la escalera, vio la luz anémica de sus velas ventilándose de encendidas a apagadas a lo que el viento entraba por su ventana. En la puerta, el perro retrocedía con él, una ociosa maquinaria de gruñidos.

La anciana estaba recostada recta sobre su espalda en el centro del piso con sus brazos y piernas abiertas en macabra imitación de calistenias. Saliva caía de las esquinas de su boca, luego era esparcida en un fino rocío mientras gemía adentro, profundo en su pecho. Sus ojos perplejos en un punto fijo en el humo difuso y la oscuridad sobre ella, simulando descifrar un mensaje secreto escrito en la bruma. Una botella de vodka declinada chorreando en un charco negro alado de su cabeza.

Una turba de gatos y ratas se nutrían de sus pies descalzos, paralizados por su apoplejía. Ellos abarcaron la sangre de su carne desgarrada perezosamente, cual red de lobos cachorros a la leche de su madre. Por debajo de su falda, una rata del tamaño de una pelota

de football americano masticaba la suavidad de su entrepierna. El enano gritó yéndose encima, esperando que los demoníacos animales desaparezcan, pero tan solo se apartaron un poco, juntos en horda, enojados.
El perro lloraba con pánico afuera en el pasillo. Pateando inútilmente hacia las ratas y los gatos, el enano miró fuera de la puerta a la luz decreciente para ver al chihuahua agarrado en su totalidad en la boca de un pitbull inmenso. El monstruo ajustó sus mandíbulas alrededor del pequeño perro indiferente y luego lo agitó furiosamente, sus ojos muertos e impasibles entretanto la sangre salía del atropellado cuerpo en sus dientes.
La muchedumbre drogadicta reía silenciosamente e ingresaban desde las sombras. El enano arremetió contra ellos, rasguñando oscilante, oliendo el asesinato bajo sus ropajes. Se agarró a la cara de un atacante. Un poco de carne se desgarró en su mano -la piel desplegándose por el ácido.
Se zafó y dio saltos por la obscurecida escalera hacia su cuarto. Los dejó atrás, pariendo, agarrándose. Logró llegar a su puerta y la azotó, pero antes de poder asegurarla el pitbull se lanzó a ella, más pesado que el enano y con más fuerza de la que era capaz de resistir. Él cayó y el perro instantáneamente estaba en su muñeca.
Fue cuando entraron todos, riendo y felicitándose entre ellos como jugadores de football luego de un gran juego. Llamaron al perro y cargaron al enano forcejeando en la mesa. Ellos querían saber dónde escondía el dinero. Sabían que él tenía plata porque lo habían visto vendiendo su chatarra por el pueblo, y la querían, ahora. Uno de ellos encendió una débil linterna por el cuarto, iluminando los montones de tesoros electrónicos. Alguien apagó un cigarrillo en su mejilla. Él trató de hablar, dejando salir un hilo de sílabas idiotas, con miedo. Ellos rieron otra vez, aparentemente complacidos de ver como abusaban de él. Uno de ellos agarró un par de pinzas de la pila de basura en el piso.
"¡Habla! ¡Viejo, será mejor que hables!"
Él embutió las pinzas en la boca del enano. La mano estaba ensangrentada y mugrienta, la sangre se hinchó justo debajo de la superficie, lista para filtrarse. El enano cantó gritando un presionado "ahhhhhhh" ululante, como un carro tratando de encenderse, a lo que las pinzas atrapaban su lengua y la jalaban por fuera de su boca como un grueso elástico.
Esta canción era aguda, retumbando enfermiza, acelerándose como un casete adelantado. Su cuerpo se sacudió en la mesa como un globo colapsando.
"¡Ah jódete viejo, solo jódete!" dijo el drogadicto con la cara roja burbujeante mientras apartó a la manada y cortó la lengua con una navaja infantil oxidada, arrojándola hacia la oscuridad igual a algo infecto. Debajo del sonido de su propio lamento, el enano mudo pudo escuchar al pitbull cercenando el órgano inútil.

(1993)



10. Cómo la amo

La piel es jalada, tensionada y transluciente sobre el borde de su mano. La sangre es visible mientras late por la delicada red de venas. Los nudillos y articulaciones parecen vulnerables, muy grandes, expuestas. Pulsos aleatorios de energía eléctrica tocan los dedos en saltos involuntarios – espasmos a los que ella responde moviendo su mano por su pelo rubio-miel, paseándola suavemente por su regazo, masajeando sus sienes.[3] La mano se asienta temblando en el escritorio, como un animal estresado mirándola mientras ella contempla su reflejo en el espejo. Un pequeño punto de luz es emitido a través del hueco del tamaño de una bala en la ventana esmerilada a su izquierda y cae en la articulación de su pulgar. Ella parece sentir el calor que eso transmite, como si

hubiera pasado por una lupa, y mueve su mano ligeramente a un lado. La oblea de luz ahora reposa en la superficie de formica del escritorio. En cuanto se mueve a través del escritorio en un arco lento, se estira en un ovalo y eventualmente se funde en una indeterminada forma más larga.

Ella da la impresión de estar soñando despierta, perdiéndose en su reflejo en el espejo, en la perfecta simetría de su cara. Hace frío afuera y la ventana a su derecha está abierta. No tiene camisa. Debe estar helada, pero no muestra indicios de aquello. Sus pechos se levantan y caen con el sutil ritmo de su respirar, la delicada piel con una suave textura de cascara de naranja por el frío, los pezones de ámbar duros y parados. Sus ojos parecen estar hundidos con lágrimas, pero nada cae de ellos a sus mejillas. Raramente parpadea. Un camión petardea abajo en la calle, encendiendo un coro de alarmas de vehículos rebotando caóticamente entre los edificios, pero ella no da señal alguna de respuesta, como si ella viviera en una dimensión paralela, superior, habitada por pocos esotéricos, en imperturbable calma hermética. Me pregunto si ella está meditando, usando su cara cual hipnótico hechizo. Acaso está planeando una desapasionada venganza por una traición que sus amigas cometieron como niñerías en la escuela, o simplemente está hipnotizada, como yo, por la luz que el vulnerable centro de su cuerpo reluce a través de sus ojos?

Me siento por horas, tan quieto como ella, conectados, mis pensamientos proyectándose a los de ella.

Entretanto el sol comienza a ponerse detrás del bosque de rascacielos citadinos siluetados contra el cielo púrpura, ella agarra sin aviso el cepillo cubierto de marfil de su escritorio como si estuviera tratando escapar o saltar a su garganta, y lo pasa violentamente por su cabello. Saca manojos de cabello rubio atrapados en las cerdas y bota las pelusas lejos de ella como si hubiera empezado a caminar por su mano. Ella toma una cinta para cabello del escritorio, y agrupando su cabello apretado contra su cabeza, da vueltas al aro elástico ajustado contra la frente de su cráneo, como si el cabello fuera algo vil creciendo para ser apartado de su cara y cuerpo a cualquier costo. Yo grito que la amo cruzando el abismo entre nuestros dos edificios, pero ella no puede escucharme sobre el tráfico, mientras toma una navaja de su escritorio y corta su cara en cien tajadas verticales, su boca contorsionando paroxismos silenciosos de éxtasis.

(1994)

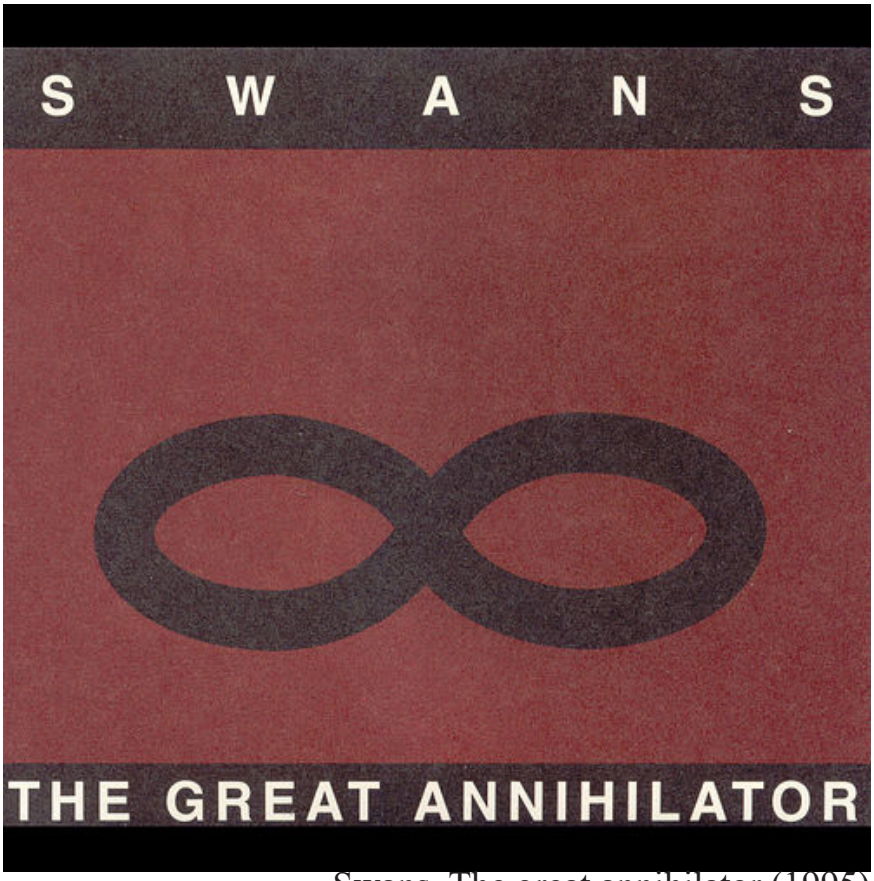
11. El gran aniquilador, o La boca de Francis Bacon

Escondida a la distancia, la oscuridad detrás de las estrellas alcanzó un impenetrable y negro destino. Luz, pensamiento y posibilidad fueron succionados impotentes a la absorbente boca del agujero muerto. Dentro del agujero estaba el centro del corazón de lo opuesto al espacio. El futuro y el pasado fueron anulados, al derecho y al revés. La historia se rebobinó, muerta antes que empezara. El silencio fue exterminado.
La tierra flotó en un mar de sangre negra, destellante cual ámbar depositado en las manos de un dios invisible. Su corrompido aliento emana nubes de gas venenoso, cubriendo los continentes con una atmósfera dulce. Hordas agitadas de predadoras aves reptilianas migraron por los hemisferios en búsqueda fija de una presa, proyectando sombras sobre la tierra roja igual a crípticas señales emitidas por las veladas deidades que vivían detrás del cielo. Bajo el suelo, fuego líquido rodaba en olas de odio enterrado. Un aullido hueco hizo eco en los oscuros cañones subterráneos con una sola nota sostenida de ignorante y salvaje dolor.

*

Las torres de acero y cristal de la ciudad reflejan las luces de los carros circulantes, y detrás del horizonte dentado, la luna mancha de rojo a las nubes. Humo se levanta por una grieta del mohoso suelo de concreto en el sótano de un edificio abandonado. Una cuadra más adelante, en un novedoso hotel donde el equipo de trabajo son actores y modelos y el lavabo del baño de tu habitación es un embudo de acero inoxidable pulido, te agachas atada en la esquina cerca del retrete, desnuda y con moretones, el resplandeciente blanco de las baldosas fuertes y dolorosas contra tu rodilla desnuda, mirándote en el espejo ovalado, esperando la llegada del asesino y que en primer lugar jale trozos de tu piel con un alicate, luego remueva tus dientes, y viole tu sangrienta boca cálida. Tu habías puesto un aviso en una revista porno que rezaba "Atractiva profesional busca castigo por arrogancia a cargo de un torturador experto" con las actuales consecuencias desastrosas. Tienes por seguro que morirás, y el resultado es irreversible y está más allá de tu control. Tu psicología complicada de placer y deseo es inextricablemente entrelazada con tu enfermizo sentido de autovaloración. El éxtasis es imposible para ti a menos que tus nervios estén simultáneamente saturados con sus opuestos. En cuanto eres adicta al éxtasis como la única vía efectiva para borrar tu identidad y su auxiliar odio a sí misma, también eres adicta al dolor y los complejos rituales que construyes para transformarlos en placer. Cuando la sombra del asesino se mueve hacia ti, viéndola deslizarse por la pared malva del cuarto a través del reflejo del espejo, una tibia plenitud se recoge entre tus piernas. Aunque estas aterrorizada, percibes un sentido de completitud que jamás imaginaste posible.[4]

(1993)



Swans, The great annihilator (1995)

12. Si yo fuera él

Si yo fuera él, me pararía sobre el filo de la colina mirando por la pendiente, más allá de las casas de azulejos y estuco hacia el mar. El sol pasara sobre y a través mío con sensación de una sombra, fría y húmeda en mi piel. Se hundiera lentamente en la plana piscina sangrienta del Pacífico, como el pulido globo blanco de la calavera de un niño, y desaparecería. Los gorriones, llegando a casa en la noche, circularían y se clavarían en mi colina igual a murciélagos.

Si yo fuera él, mi conciencia prehumana, perfecta en su habilidad para ver el pasado y el futuro simultáneamente en un arco de 360 grados de percepción, enviaría olas de exagerada y pura sensación profundo a los órganos escondidos dentro de mi cuerpo, y cuando la cálida boca de silencio me succionara, desaparecería en sus húmedas arrugas. Aleatoriamente sacado de la comodidad de no ser por el hambre o el sonido de un carro derrapando abajo en el asfalto, cachetearía mi cara y la frotaría en un esfuerzo para concentrarme, notando que los pelos de mi mejilla han crecido nuevamente. Dejándome llevar otra vez, tal vez despertara por la áspera lengua de un gato perdido lamiendo mi palma. Sería de odio y vergüenza mi sentir al tensionarme y enfurecerme en respuesta a su pedido de ayuda. Si yo fuera él, luego soñaría que mis dientes muerden la suave piel blanca trasera de la pierna de una niña mientras ella se resiste, fuertemente amarrada y

amordazada, la sangre llenando mi boca con tibio dulzor.
Después, me hubiera agotado y alimentaría al gato con algo de piel arrancada en mi bolsa y siguiera observando, luego disipándome, observando, luego disipándome, transformado en cuanto movimiento y eventos pasaban por mí sin interferencia de mi voluntad.

Tomaría agua de la jarra plástica, aún caliente por el sol del día, y los gases plásticos se combinarían con el agua en mi boca. Quebraría semillas de girasol entre mis dientes, chupando la sal de cada una, y escupiera las cáscaras en una pila creciente a mis pies. Quizá me envolviera en mi manta, mirando las luces prenderse en la casa de abajo. Continuaría viendo en cuanto las luces fueran apagadas y reemplazadas por la luz azul cambiante del televisor en la sala. Y finalmente en tinieblas, la casa reposará igual a una bestia durmiente en un campo de otras bestias, y las estrellas estarían tenues y casi visibles detrás de la pantalla gris que se levantaría contra la noche en un aura desde la brillante plaga de Los Ángeles, esparcida junto a la costa hacia el norte. Entretanto la noche se profundizaba y las luces de la ciudad se perdían en el sueño, las estrellas fortalecerían su destello ante el muerto negro del infinito. Recostándome sobre mi manta, evocaría un ritual de LSD de mi adolescencia: mirando despejado a la ilimitada espiral de estrellas, soltaría mi cuerpo y me elevaría en un arrebato de dicha cósmica, disolviéndome en el vacío. Horas más tarde, cayera violentamente de vuelta a mi cuerpo desplomado, mi erección inaguantable y animal. La única forma de apaciguarla sería sentir la patética debilidad de una criatura suplicando en mis manos estrujantes, luego ahogarse hasta que los ojos se pusieran llorosos, asquerosos y sin vida... Si yo fuera él, quien no soy.
Podría estar ahí escondido en la colina por tres días, espiando la casa donde vivía cuando niño. Las calles estarían silenciosas durante los días calientes y secos, con solo el camión del correo o el jardinero dañando ocasionalmente la perfecta quietud y geometría de la subdivisión de la casa, un cuadro meticulosamente pulcro, abstracto e idealizado desplegado por el altiplano bajo mi colina y terminando abruptamente en los peñascos sobre el océano. En la avanzada tarde sería el rumor de los chicos patinadores deslizándose sobre las lisas calles negras, rodando las curvas baldosadas y las pendientes con virtuosismo y gracia. Entrando al anochecer, el viento lunático de las podadoras de cercos y jardines resonaría hacía mi lugar escondido en el monte y los robles de la colina.
Si yo fuera él, cada día miraría a lo que el hombre y su esposa salen de mi antigua casa en la mañana, la esposa yendo atrás con su lisiada hija, manipulando los soportes de sus piernas y guiando su roto cuerpo puberto al cromado BMW esperando en la acera. En la fría madrugada, el rocío reflejaría el sol poniente en el césped igual a diamantes entretanto la niebla de la noche se retrae en una pared detrás de la desvaneciente curva del Pacífico; justo cuando la luna se hundiría ya finalizado su ciclo, a lo que veía, la pared

de niebla avanzaría de nuevo, silenciosamente encubriendo los matorrales y las luces de las calles en un velo debajo de mi colina.

Si yo fuera él, caminaría silenciosamente bajando la colina hacia la niebla, antes del amanecer del cuarto día, y me escondería al pie de la vereda que lleva a la casa, en el mismo grupo de descuidados arbustos espinosos de bayas en el cual me escondía de niño, una cueva secreta con su centro invisible al mundo exterior. Mientras el sol salía, el vapor se levantaría de mi húmeda vestimenta y cuerpo sucio en cuanto esperaría que suene el carro prendiéndose y los padres con la niña pasaran de largo. Luego de que se alejaran, me movería rápidamente, esquivándolos desde la protección de mi cueva alrededor hasta la parte trasera de la casa, donde sabría que estaría protegido de la vista de los vecinos en el árbol bajo de aguacate, el cual con el pasar de los años aisló completamente la esquina sur trasera de la casa. Desde aquí podría entrar por la ventana de la lavandería, escondida para su seguridad bajo las densas hojas del árbol. Podría saber que la ventana sería de las que se abren con una pequeña manivela. Presionando fuerte en la esquina derecha superior del cuadro recubierto de aluminio, la manivela podría abrir un poco la empañada ventana, tal como lo hubiera hecho cuando yo habría regresado de mis merodeos nocturnos por el vecindario, espiando por las ventanas, de pequeño.
Una vez adentro, no me molestaría en explorar, porque sabría que la casa habría cambiado irrevocablemente con la influencia de los dueños actuales. En vez de eso, iría directamente a la pequeña habitación próxima a la lavandería, la cual habríamos usado alguna vez como cuarto para la criada, pero se volvió el mío cuando ya no pudimos costearla. La habitación tendría una sensación secreta, aislada, en el extremo final de la casa, y estaría infundida con el opaco ocre del temprano rayo del sol matutino filtrándose por las desconocidas cortinas de encaje, apropiadas para el cuarto de una jovencita.
Tal vez ignore los adornos de porcelana, las cajas de joyas, y los libros de tapa blanda sobre el escritorio blanco laqueado, y la computadora y los posters de cantantes de rock. Quizá me tranquilizara encontrar la cama en la misma esquina en la que siempre estuvo la mía, frente a las puertas corredizas del armario. La cama sería más alta y resistente que aquella en la que tuve que dormir durante mi niñez. Arrastrándome en ella con toda mi ropa puesta, jalaría los olorosos edredones lila sobre mi nudoso pelo y rígida barba, e hiciera un embudo con las sabanas, llevando a una salida por mis ojos. Me sentiría seguro en la cálida oscuridad de mi guarida, el túnel proveyéndome con una vista de un pequeño espacio de pared alado de las puertas del armario, donde el yeso es un poco más fuerte, y con una mirada concentrada parecería la superficie de la luna o un planeta distante en una galaxia ignota. Levantaría mi dedo cuidadosamente a través del tubo negro, como si mi dedo fuese mi cuerpo flotando hacia el infinito. Podría entonces mirar

aletargado, librando a mis ojos fuera de enfoque, perdiendo todo sentido de mí mismo, pasado y futuro.
La niña estuviera flotando en la burbujeante agua caliente de su tina, ensoñando, apaciguada de sus constantes dolores en sus rodillas por el calor terapéutico y la falta de gravedad. Tal vez ella estaría agradecida por el hecho de que ella recuperaría eventualmente el uso completo de sus piernas, aunque los doctores han dicho que las cicatrices se mantendrían para siempre. Aunque a una edad tan tierna, ella sería lo suficientemente madura para ver esto como una bendición luego de un terrible accidente: sus piernas chocadas por un carro cuando ella perdió control de su bicicleta pedaleando hacia la playa con sus amigos. Ella estaría fantaseando, en casa llegada de la escuela en un feriado estatal, mientras canta un tema popular silenciosamente para ella misma. Al principio tímidamente, pero luego, animada por la resonancia que los humos del baño proveen, podría cantar más fuerte, pero con la fragilidad y la debilidad que solamente la voz de una joven niña podría poseer. Quizá entonces escucharía su cantar, si yo fuera él.

(1993)

Swans, The glowing man (2016)

13. Un sacrificio

El suelo es una dura recubierta de hueso estirado planamente sobre el desierto cual cuero petrificado. La superficie está tejida con fracturadas grietas negras emitiendo sombras frías desde un lugar secreto por debajo de la tierra hacia la clara violencia blanca del sol. Ellos laboran sin camiseta, como dos hormigas rojas esforzándose con un grano de sal, balanceando sus picos en anchos arcos descuidados en una línea que se extiende desde un punto fijo en sus estómagos, atados a la tensionada cuerda de sus brazos. Las puntas de acero pulido de sus herramientas presionan igual a misiles contra su trayecto, tirando desde atrás de sus cuerpos y (barriendo/viajando) sobre sus cabezas en una curva parabólica que culmina clavando en el desierto con un brutal crujido, sacando un voluptuoso sonido de succión simulando el escape de vapores atrapados. Cada impacto incita un gruñido involuntario sacudido de sus plexos solares como si ellos fueran dos paganos borrachos de lujuria, cogiéndose hoyos secos en la arena endurecida. No estarían sorprendidos si la tierra chorreara sangre con cada intrusión de acero.

Un manto dorado de avispas esmeralda vuela cerca del suelo en un campo electrificado, extendidas a nivel raso, animadas y zumbando en el viento reseco pareciendo calefacción sulfurizada.

Mientras trabajan, el sudor se seca en sus pieles y deja aros de sal alrededor de sus torsos en capas calizas onduladas, trazando el tiempo en sus carnes. Ellos paran en intervalos a ritmos marcados y toman agua de una vieja lata oxidada que huele a gasolina. A menudo toman vino de una cantimplora sostenida bien arriba de sus bocas abiertas y salidas, lavando pedazos grasosos de opio negro, de ahí vuelven a sus labores refrescados, aturdidos y metódicos, serenados por el zumbido de sueño-salmos de las avispas elevándose y descendiendo intensamente en respuesta al viento.

Ellos perforan la corteza en un curso derecho, sacando gradualmente gruesos y serrados pedazos de desiertos cual piezas de un rompecabezas gigante que levantaban desde el sendero de la zanja con palancas de metal, y las amontonan a lo largo de su filo en cuanto continúan rasguñando la tierra baldía, extendiendo una línea negra simulando una alfombra desenrollarse sin objetivo en la planicie blanca. A lo que ellos trabajan, las avispas se congregan en la reciente tierra removida detrás de ellos en solemne procesión, chupando las últimas memorias de hidratación de la tierra expuesta. A la distancia, justo sobre el herviente horizonte, una mancha roja del tamaño de un punto en una hoja de papel flamea con el calor elevándose. Ellos apuntan a su zanja a estas alturas.

Esta mañana cuando ellos fueron dejados por el camión, las estrellas estaban esparcidas por el domo negro sobre ellos en amplias franjas como pintura de titanio dispersa por las manos chorreantes de un prisionero delirante en una celda solitaria sin luz. El atardecer se hinchó al filo del globo, una distante catástrofe incandescente, silueteando al supervisor en cuanto él apuntaba arbitrariamente hacia la oscuridad, sus ojos estrujados en tensas rajas y su dedo extendiéndose de su brazo igual a un ciego usando su cuerpo como una brújula para locali-

zar la fuente del eco de un sonido. Ninguno de ellos podía ver algo más allá de las camisas de algodón blancas que les fueron dadas por el contratista y sus manos pálidas agarrando la madera rubia de los mangos de cada pico ante ellos, pero cavarían hacia el área general que el supervisor había indicado. Luego se habría ido con el resto del demacrado equipo, parándose, colgando sus brazos sobre los manubrios de madera del camión mirándolos hacia atrás sombríamente similar a prisioneros o ganado en un futuro mundo caníbal.
El camión desapareció en un carnaval de luces traseras negras y cigarrillos, levitando en la reluciente piscina azul de faros en cuanto reptaba silenciosamente en la oscuridad hacia sus múltiples destinos de iguales trabajos inconscientes y destructivos. Cuando el sol había ascendido lo suficiente para revelar detalles en el vacío, ahí yacía la bandera del supervisor colgada en el camino exacto donde él había apuntado. Después de un rato, ellos se quitaron las camisetas y las amarraron en sus cinturas, la luz acaramelada del principio del día enfriando y reconfortando sus espaldas entretanto trabajaban.

*

Sin algún lugar en el cual refugiarse de la creciente intensidad del sol, y el intolerable aburrimiento de solamente pararse ahí, ellos avanzaron sudando y gruñendo inconscientemente, picando y husmeando la cubierta del desierto. Acercándose lenta y constantemente hacia la bandera, sus cuerpos luchan y muelen contra la gravedad y resistencia, absorbiendo el calor sin sentido de tacto en cuanto sus adentros comenzaron a cocinarse. Sus mentes bombeaban olas de sensaciones ornamentalmente detalladas, alimentadas por el opio, el vino y el sol, receptando sus emisiones por capas de color y calor que se expande como líquido, retirándose, calor, luego esparciéndose por sus cuerpos igual a las vides exploratorias de un parásito omnívoro sexual enraizado profundo en la base de sus estómagos, guiando placenteras corrientes de magma a través de áridas venas y crujientes nervios hacia sus extremidades y dedos entumecidos a medias, los cuales entonces hormiguearían con el flujo como si estuvieran pajeándose dormidos. Exponiendo la arena oscura debajo del cascarón seco, ellos imaginan que están revelando el caudal de un río subterráneo, reflejando el camino de ellos ciento de millas abajo, la zanja trazando el último respiro desfalleciente de su creciente liquidez, la fresca humedad de la herida volviéndose polvo rápidamente al sol, la blancura filtrándose y remplazando la arena negra como agua empapando en una película invertida en negativo.
Para cuando el sol estaba directamente sobre sus cabezas, se quemaron severamente pero no lo notaron. Bebieron más agua, vino, e inevitablemente ingirieron más opio para combatir la creciente fiebre, sin saber que sus pieles comenzaban a hervirse. Hasta las avispas desaparecieron, escondiéndose del sol en sus redes de túneles debajo del suelo. El silencio es roto solo por la penetración sensual de sus picos hurgando en la tierra, el corto respirar -acelerado por el calor en aumento- o el aleatorio sonido mecánico ocasional de una palanca contra la punta de metal de un pico, agrietando el desierto luego cayendo al piso, insípido y cadente, vencido por el peso del sol, la resonancia del sonido tragada cual palmada en un cuarto acolchado. Sus narices y mejillas erupcionan con ampollas transparentes, brillantes con luz carmesí expulsa-

da de la carne viva bajo los tiernos globos de piel. Burbujas rosadas se expanden extremadamente por sus hombros y cuellos, arrugándose en patrones complejos agitados por el viento. El pellejo de la parte trasera de sus manos se levanta y un jugo aceitoso sale donde la piel se abre, separándose de la carne. Pero ellos continúan trabajando descubiertos, alienados.

El irlandés bota su pico y se para a enfrentar al desierto, como si estuviera preparándose contra una ola de polvo blanco aproximándose. Su piel previamente parecía porcelana, totalmente sin pigmento, pero ahora brilla viscosa y roja rubí contra la arena resplandeciente. Él tiende su brazo, elevándolo sobre el estéril panorama teatralmente. Su largo y tieso cabello rubio, su sólida y cuadrada quijada y destellantes ojos azules le dan el aspecto de un vikingo quemado apunto de soltarse con un alegre soliloquio, encallado y solitario, inspeccionando la desaprovechada orilla desplegada frente a él cual continente de nada. Él le canta, un resuello asmático emitiéndose desde su garganta que parecía sacudirlo a lo que sisea en su boca. El sonido es incinerado instantáneamente por el sol.

“Muy abajo, muuuuuuuy abajo, muuuuuuuuuuuuy abajo...”

Olvidando las palabras de la canción, la deja arrastrarse. Se sienta en el filo de la zanja viendo una ampolla de su mano, observándola crecer en el calor.

El estadounidense deja caer su pico en la tierra y lo mira. Se da cuenta que la piel de su amigo parece tocino.

“Pienso que será mejor ponernos nuestras camisas... Desearía poder evitar el sol.” -las primeras palabras que dijo desde que fueron botados por el camión. Su voz suena como la de una mujer vieja balbuceando su último deseo.

“¿Qué? ¡Sí! ¡Que!...” El irlandés no mira hacia arriba. Él se queda viendo su mano igual a un curioso fósil enterrado en la zanja.

El estadounidense repite lo que dijo, articulando cuidadosamente las palabras como si estuviera leyendo un abstruso texto. El irlandés sigue viendo su mano, volteándola, comparando el color perla de su palma -cada una desgarrada con burbujas perfectamente redondas del tamaño de una moneda, parecidas a la cáscara de una cereza- con la fibrosa parte trasera de la misma.

“Sí... será mejor... que... nos apartemos... del... sol. No creo saber dónde estoy.”

El estadounidense se dirige hacia él, dejando una pequeña huella de polvo de color tiza colgando tras su caminar. Su sombra oscurece al irlandés para que parezca estar sentado acurrucándose en un morral de ámbar cortado del material de los rayos del sol. Ellos se pusieron sus camisas y arrastraron sus herramientas, el agua y la cantimplora de vino hacia la caja en el inicio de la zanja, a un lado del camino de asfalto negro derritiéndose. Sus camisas colgadas por sus ampollas, algunas de ellas se rompieron instantáneamente por la fricción, manchando el fino algodón blanco con fluido pegajoso. El irlandés se para rotando lentamente sobre el eje de sus pies como si su cabeza fuera un planeta removido de su órbita -un mundo de planos vertiginosamente cambiantes castigado por la incesante inundación solar. Él mira hacia ambas direcciones en la absurda y pequeña cinta negra del camino, una impotente línea dibujada en la cara del desierto. No ve señal alguna del retorno del camión.

“Debemos-escapar-del-sol-ahora”, él recita cual ley física que aprendió en algún momento de la escuela, repentinamente autoritario y coherente. Él es el más viejo con 19 años de edad, y ha asumido el rol de hermano mayor protector, aunque solo ha conocido al estadounidense por unas cuantas semanas, habiéndose presentado alado del camino en las afueras de Estambul. El estadounidense asegura tener 18, pero luce realmente de 15.

Dan la vuelta a la caja de herramientas, del tamaño de una maleta de viaje, vaciando su contenido a un lado del camino. La cubierta de hojalata (remachada/sujeta) a la caja de madera refleja el sol igual a un vidrio pulido de alta tecnología, emitiendo mensajes aleatorios al espacio. Con la tapa abierta, ellos sostienen la caja al revés y a un ángulo suficiente para permitirles sentarse agachados bajo ella, escondiéndose del sol en su sombra. El interior de la caja huele a aceite de motor, cemento, y loción bronceadora. Intermitentes ráfagas de viento esparcían arena bajo la tapa hacia sus bocas y ojos. Ellos la trituraban entre sus dientes y la lavaban con tragos de vino en duros chorros agrios a una distancia corta, tragando más opio con la arena.

Esperaron, el irlandés tarareando fragmentos a medio recordar de canciones pop actuales, como si esas constituyeran una voz narrativa externa que describiera su dilema. El sonido de su voz es hueco y muerto bajo la caja. Ellos ven el sol moverse lentamente sobre el brillante terreno de arena próximo a las sombras grises de su refugio. Cabecean en el calor encerrado cual flores pereciendo, sentándose con las piernas cruzadas y jorobados como los marchitos cuerpos de dos santos en meditación profunda en una caverna portátil mientras sus almas volaban sobre el desierto sin vida hacia el agua.

La palma del supervisor goleando la caja los despierta bruscamente de sus sueños. Explota en sus aturdidas cabezas parecido a puertas de metal azotándose. Ellos ven los pies de él al frente en la arena, los dedos protuberantes, grandes y callosos en las sandalias de plástico, los agrietados nudillos polvoreados con arena blanca.

“¡Jidiotaz! ¡Hola! ¡Hola! ¡Salgan a jugar ahorita! ¡Jidiotaaz!”

El supervisor saca la caja, revelándolos a la inspección del sol, como dos animales de caza asados sacados de sus trampas en la tierra, sus rasgos caricaturizados con sacos de ampollas rojas como si un demonio posesivo estuviera aruñando sus dedos contra la piel de sus caras desde adentro. Los trabajadores, enjaulados en la parte trasera del camión, dejaron salir un “aaahh” en unísono pareciendo una audiencia abrumada por un espectáculo. El supervisor se para sobre los dos muchachos en cuanto ellos se encogen en la luz, las manos en sus labios, actuando para el equipo.

“¡Jestupidos ambos! ¡Levántense ahora! ¡Levántense, les digo carajo! ¡Usen las gorras, pónganse las camisetas, úntense la crema! ¿Por-qué-no-hacen-caso?”

Él apunta hacia la pila de herramientas en la arena. Mezcladas con los trineos, martillos y palancas metálicas están dos sucias gorras de algodón, un arrugado y laminoso tubo de aluminio con protector solar, algunos juegos de robustos guantes de trabajo, y hasta unos cuantos pares de gafas plásticas baratas y rayadas.

Probando esta información fresca en su desarrollada cadena de alucinaciones, ellos se levantan y cada uno toma una gorra de la pila. Caminan en dirección al camión, donde son ayudados por los harapientos trabajadores. Se sujetan en las barras entre los otros, mirando abajo al supervisor enfurecido. Él se para a rebosar su disgusto a ellos y el equipo entero. Ellos parecen un cargamento de leprosos pulverizados acorralados para transportarlos a un desolado valle empedrado en medio de la jungla. Evaden la repulsa del supervisor con los vidriosos ojos sin parpadear de ganado exhausto. El administrador patea la arena, enviando un enjambre de polvo flotante al desierto. Él entra a la cabina del camión y da la señal al conductor para que empiece a conducir de vuelta al golfo. Deja el montón de herramientas donde cayeron cerca del camino -no hay nadie quien las robe y se enviaría otro equipo aquí en la mañana.

Para cuando ellos llegan al golfo, el sol se suspende bajo en el sólido muro de cielo, incendiando un hoyo blanco en el azul profundo justo sobre las suaves colinas de arena que llevaban al Sinaí. El agua reposa expandiéndose en un lago quieto, como si la arena se habría derretido y fluyera hacia abajo llenando la bahía con vidrio líquido. Los obreros extranjeros se bajaron del camión y se congregaron en el asfalto caliente alrededor de la cabina, esperando la paga del supervisor por el día laborado y que escoja a los trabajadores que puedan regresar mañana. Todos son seleccionados, excepto el irlandés y el estadounidense.

“Ustedes dos, se van a su casa, ahora” dice el supervisor, agitando su brazo fuera de la ventana igual a un granjero ahuyentando algunas gallinas desde su camión, devolviéndolos a sus países, a continentes de distancia.

El camión ingresa al pueblo, dejando al grupo indigente en el camino que termina al filo de la playa. El resto del equipo vaga por la arena a lo largo de la playa hacia el campamento de los vagabundos, una dispersión de carpas caseras hechas de sucios harapos, camisetas rotas, y un cartón blanqueado por el sol, desplegado como un pequeño basurero en la base de las colinas que se formaban del desierto y se vaciaban en la plana agua turquesa del golfo. Ellos se ven como una manada de perros-hombres enloquecidos por el sol a lo que se arrastran sin aliento en las profundas corrientes de reluciente silicio. La arena rápidamente quema sus pies y les envía pateado débilmente por el sinnúmero de olas que se alimentan silenciosamente a la orilla. La piel de los trabajadores extranjeros es cuero café y sus cabellos y barbas están enmarañadas con la sal de sus sudores y el polvo blanco que forma una pátina fantasma en todo. Muchos de ellos son irremediablemente adictos al opio, aunque algunos lograban escabullir jeringas y localizar en el pueblo los paquetes de glassine que proveía la adicción a la heroína. El estadounidense y el irlandés caminan en dirección opuesta en la playa, hacia la cafetería que se desaloja del hotel vacante para turistas. A lo largo de la vía, paran para vadear en el agua tibia. Peces metálicos en forma de corazones plateados de San Valentín nadan veloces a la tela ondeante de sus pantalones sumergidos, pulsando arcoíris en cuanto atacan. Algunas veces un pez encuentra un dedo expuesto en una sandalia y lo muerde sin dificultad, casi juguetón, como un débil pellizco de un infante.

Mientras caminan más profundo en el agua, sus piernas se refractan como zancos gigantescos esparcidos a amplios ángulos bajo la superficie. El polvo se diluye de sus ropajes y flota en

una nube blanca alrededor. Su carne quemada arde en la sal, pero se siente bien, antiséptica. Eventualmente ellos se paran con el agua llegando a sus cuellos. Sus cabezas flotan igual a pelotas infladas en la superficie plateada en cuanto miran cruzando la deslumbrante hoja hacia Áqaba, al este, opuesta al Sinaí, acurrucada en las envolventes colinas ocres que la sostenían similar a una ciudad juguete en manos semíticas, derramándola hacia la bocana del golfo. Un solo hilo de humo sube de su centro, girando y desenmarañándose en el cielo totalmente despejado, ahora cambiando de un azul pálido a un lujoso púrpura, entretanto el sol se pone por los quemados diques sacados del Sinaí, al oeste.

Salen del agua y se sientan en la playa, estrujando lo último de vino de la cantimplora cubierta de agua, saborizada con jugo destilado del cuero. El aire sigue lo suficientemente caliente para que su ropa ya no chorree al momento de llegar a la cafetería, estando solo placenteramente húmeda. Un hippie alemán, algo peinado y afeitado, lo necesario para merecer su trabajo como mesero (aunque él duerme en el campamento con el resto de los trabajadores foráneos, y él mismo es un drogadicto), los aborda en su mesa al filo de la losa de concreto bajo el corrugado techo de plástico verde. Él acomoda sus herramientas abajo, a un lado de ellos -dos sacos de dormir y un pequeño bolso de viaje- y ellos le pagan para que las vigile durante el día. Lavan los últimos remanentes negros y aceitosos de opio con cerveza tibia y se sientan a ver la puesta del sol y el drenado de color del cielo. El agua cambia de turquesa a terciopelo azul, a espejo negro, reflejando las luces de los hoteles para turistas similar a manojos de fragmentos de vidrios policromados echados a una mesa de obsidiana, bordada en sus filos con un dobladillo de espuma blanca fosforescente.

Luego se acuestan en sus bolsas para dormir en la playa, sus pieles escamosas brillando similar a la carne rosada de salmón en la luz plateada de las estrellas. Cada uno conserva una navaja abierta alado de su cabeza, en caso de un ataque por parte de yonquis predadores mientras duermen. El irlandés está durmiendo estirado y plano sobre su espalda parecido a un cadáver momificado en un cajón de vidrio esperando pacientemente ser alzado al cielo en una escalera de luz lunar. El estadounidense, despierto con ondas alternantes de miedo y fiebre, ve una figura negra acercándose por la arena. En un primer momento no está seguro de si existe o si la está alucinando por la oscuridad, así que la mira sin respirar, sin moverse, su cuchillo en su mano a lo que repta hacia delante. Parece estar flotando muy cerca del suelo, como si fuera arrastrada por rieles. Mientras se acerca más, solo a unos pies de distancia, él ve sus ojos rojos de rata.

“¡Hey! ¡Hey!” le grita, para sonar amenazante. Para, verla, evaluarla. Él se pone de pie y corre hacia ella, sacando buenas cantidades de arena por el camino. Cuando está apunto de adelantarla, bota ambas manos a la cara del animal. Desaparece, encogiéndose en sí misma, un ovalo negro del tamaño de un melón instantáneamente reducido a un solo grano de maldad que pasea rumiando sobre el golfo.

Vuelve a su bolsa y se acuesta. La luz de las estrellas cubierta por la niebla llueve sobre los agonizados planos de su piel, traspasándolo. Mira hacia el irlandés -sigue durmiendo, moviendo su boca en palabras amorfas en un comatoso sueño. Las olas regurgitan unas cuantas

yardas de sus pies tragados por la arena en la playa. La luna llena ronda justo encima de la línea negra del horizonte del agua, un asesino en una máscara de payaso estridente, observando, esparciendo escarcha de su boca por el espejo.

En algún momento de la noche, el estadounidense se despierta para ver una fogata tan grande como una casa ardiendo en la playa vía al campamento de los vagabundos. Sujeta su navaja con su puño, congelado. Destellos se arremolinan cual horda de pequeñas aves enloquecidas escapando del infierno a través de una fisura abierta en la tierra, encendiéndose en cuanto pasan a la abovedada oscuridad. Nudos de fuego explotaban similar a lanzados manojos de serpientes flameantes escupidas del núcleo infernal. Figuras de sombras se paran en un círculo viendo las llamas, cantando y gritando ebrias. Un coro de gargantas flemosas desenreda melodías circulares, amortiguadas por la capa de terciopelo de oscuridad traspasando alrededor de los perímetros de la iluminación. La canción evoca una celebración, pero también parece taladrar un final malevolente, un sacrificio.

Agachándose al filo de los bancos en dirección a la playa, justo afuera del círculo de luz, el líder del proceso mira hacia abajo con los ojos de ébano reflejantes, los de un semental. Su torso humano crece del cuerpo de un toro. Su cara es una máscara humana, como si la piel seca y pelada de un cadáver fuera expandida a través de los marcos de su calavera. Los ojos digieren la luz del fuego como si estuviera atiborrándose en una fuente de sangre. La boca está doblada en una sonrisa, la entrada a la caverna que lleva a las cisternas negras de sus adentros. El estadounidense se siente atraído a su boca, lanzado al fondo de sus entrañas donde grita, enmudecido y sin esperanzas. Él oscila entre despierto y dormido, su cuchillo listo en caso que ellos vinieran tras él. Una vez que se despierta es para ver a la criatura apuntar hacia él, su cara iluminada con luz rubí. Pero el sueño lo protege, y deja su cuerpo caer por los cañones de fiebre yendo de calor a frío mientras rueda, sin imagen alguna.

Despierta en las primeras sombras de la mañana, la fiebre curada, la luz empapando desde atrás de las colinas. Si afina su escuchar, él puede detectar la última pizca del sonido del llamado amplificado para rezos haciendo eco por el agua de Áqaba. La atenuada estática de las olas enmarca el silencio. Él se levanta y camina por la arena. Se siente un líquido frío entre los dedos de sus pies.

Cuando llega al lugar donde alucinó el fuego, le sorprende ver que en realidad hay un ardiente círculo negro donde lo soñó, la arena removida alrededor como por una multitud. Se apura en regresar a su lugar inicial en la playa para despertar a su amigo y mostrarle.

Por primera vez desde que despertó ve al irlandés. Debajo de su barbilla, la cabeza limpia y roja de un hacha ha sido clavada en su cuello, exponiendo la brillante carne interior de su garganta a la luz. De otra manera, se acuesta ahí tal como cuando dormía, recto sobre su espalda como si fuera exhibido cual espécimen. El cuchillo que estaba alado de su cabeza despareció, robado con su bolso de pertenencias.

El estadounidense mira a su amigo por un momento, memorizando, luego enrolla su bolsa para dormir. Delicadamente se pone su camisa sobre sus ampollas, luego camina por la playa hacia el camino que se dirige al norte, donde espera en la parada por el bus que debería llegar

en cualquier minuto.

(1994)

14. Desflorado

La sangre viene de mi estómago en punzones dolorosos. Cálida viscosidad burbujea entre mis dedos. Mis pies están entumecidos, distantes, escamosos, pero mi cuerpo permanece parado, balanceándose en memoria rotativa, a pesar de mi necesidad de caer. Las olas rompen en la carretera, botando cristales de hielo por el aire. El rocío congelado cae sobre mi cara en abiertas hojas claras, pero se siente caliente. Estoy cantando -ninguna palabra, solo la expresión "na na na na na" una y otra vez, lenta y chata, sin melodía. La sensación creada por el sonido en mi boca me da placer, me calma cual droga, aunque no la pueda escuchar por encima del romper de las olas. En el filo del mar, una plataforma petrolera se inclina, sacudiéndose con el oleaje, borracho de la energía concentrada de la tormenta. Una ola aruña mis rodillas, tratando de jalarme de vuelta al sumidero suyo bajo la superficie. Tal vez eventualmente la siga a casa, soñando enredado en las algas.[5]

El camino se ha arqueado en un ritmo constante de montículos y depresiones, brillando plateado igual a una serpiente en cuanto se desliza al norte a lo largo de la selva, trazando los contornos de la costa. Mientras camino, descendiendo ligero en una depresión, perdería el horizonte de vista, rodeado de un lado por las agitadas hojas de la selva y por el otro la ladeada pared de acero del agua. Un disco de un turquesa claro giró con halcones y gaviotas sobre mí. El tranquilo vértigo del seconal combinado con el vino caliente me hizo pensar en todo el desastre turbulento de la realidad que se precipitaría sobre mí similar a arena en un túnel. Luego me levantaría con piernas elásticas como si el camino en sí fuera una ola en el mar y escanearía la zigzagueante línea al frente buscando señales de cambio a la distancia -un carro volando como una pequeña concha, una señal de tránsito anillada con reflectores, una mancha negra aplanada de una criatura atropellada, o esperaría, eventualmente, el inicio disperso del siguiente pueblo.

El último carro había pasado hace una hora en un destello de cromo y vidrios. Una bandada de niños burlones retorcieron sus babeantes bocas contra la ventana trasera entretanto los perseguía tambaleante. Me caí a la maleza húmeda de un lado del camino, jadeando, viéndolos subir y caer en cuanto desaparecían en la vía, haciéndose más pequeños con cada ascenso.

De ahí la noté, sentada con su espalda apoyada contra un árbol mirando hacia el océano, sus pies descalzos acurrucados bajo una gruesa manta de pino, su chaqueta de gamuza con flecos manchada de negro por la bruma. Cabello rojo erupcionaba de su cabeza en marañas de cables oxidados, derramándose sobre sus hombros en enredados mechones de fibra punzante, adornados con vástagos y hojas como si ella habría estado durmiendo en el matorral. Se movía con la brisa del mar, ligeramente esparcida con brillo. Descansando parecida a una niña en los brazos de aquellas ramas torcidas, donde los hilos de cabello se juntaban con los flecos de su chaqueta, sus pechos se alzaban desnudos cual sacrificio ofrecido a la luz, como dos inmensos huevos pelados, gruesos y derritiéndose en el débil calor del sol, hilado con un borroso mapa de venas azules. Ella se volteó y me sonrió. Su boca era una ruina de rasguños cafés y ennegrecidos, pero su lengua era rosada pálida entre ellos, reluciendo igual al último

animal inocente sobreviviente en un universo de escoria. Vapor se alzaba desde sus adentros, flotando alto hacia los árboles.
Me devolví y cogí mi mochila, después aparté un lugar a su lado en las hojas de pino y la hierba. Usé mi mochila como respaldar y miré al mismo punto imaginario en el horizonte, donde el mar se fundía con el cielo, donde parecía que ella veía, drogada, simulando que Isolda fuera una loba vampirezca esperando su comida. Humo salía de sus huesudos dedos blancos, ventilados igual a patas de cangrejo en matorral. Las uñas eran largas y pintadas de púrpura, perfectamente cubiertas y brillantes, aplicadas unas pequeñas pegatinas de estrellas doradas, como si ella acabara de ser atendida por un manicurista en LSD.
Ella sostenía un porro encendido pellizcado entre dos dedos. Me lo pasó -empapado en opio, dijo. Yo le di el vino, mezclado con mi saliva a estas alturas.
Bebimos y fumamos, viendo el horizonte y el destello amorfo del sol detrás de la niebla gris, curvando para abajo hacia el filo de la tierra, donde en última instancia jalaría la oscuridad detrás suyo. La primera ojeada de la tormenta fue solamente una mancha oscura en el cielo, arrastrándose sobre el mar lejos al sur. Lentamente, mi mente se vació, como sangre fluyendo de una herida al suelo.
Ella miró a su derecha, lejos de mí, dentro del bosque, luego rio como si ella hubiera recién leído alguna instrucción en las hojas. Expuso su brazo cual infante encogido, una retorcida curiosidad descartada que se supone yo debía recoger y calentar. Ella me guio hacia los árboles, flotando. Nuestras bolsas se quedaron donde las pusimos. Ella arrastró el vino.
Ramas acolmilladas se aferraban a mi cara y cabello, el lodo succionaba y mordía mis pies, y no me sentía caminar entretanto ella me llevaba a través del bosque. Savia corriendo por los árboles, encorvados como mamuts de pelaje esmeralda cayendo por sus pesos. Bebí el aire, saturado con rocío amargo y el gas subiendo del abono. Mi ropa se desteñía en mi cuerpo, empapada con pegajoso sudor y vapor. Mis zapatos fueron sustraídos y devorados por el lodo. Mi camisa se desintegró, chorreando por mi espalda. Mis pies fueron rallados por palos afilados y huesos ocultos en el fango. Mis fosas nasales y boca albergaban hordas hambrientas de jejenes y mosquitos. Paredes chuecas de vides se levantaban igual a ciclones taladrando hacia abajo desde la densa malla del toldo del bosque.
Llegamos a un barranco. Un rio bajo fluía plano y silencioso por su cauce. Los bancos eran amplios y lisos. El negro barro amontonado relucía con sudor. Aquí, la luz se filtraba por el techo como un vasto atrio. Los vapores emanando del rio daban cuerpo a los pedazos y planos luminosos, rizándose con humo. Ella me jaló por una pared final de espinas punzantes y hierbas, y me sentó en una roca a lo que ella se desvestía. Mi cuerpo era una hebra de pelusa ondulándose en la brisa fermentada.
El río corría en cámara lenta. La superficie (embadurnada de vidrio) bailaba con una niebla baja de jejenes. Espuma agrupada de un color nicotina se amontonaba por los filos de los escombros que se daban paso por la piel reflejante -una rama torturada caída desde el domo de flora arriba, ahora cubierta en cortinas grasosas de musgo; una lata de gas ennegrecida y embarrada de cieno; un desenmarañado bloque de alambreras enlucido con hojas negras pu-

driéndose y decorado con gelatinosas colas de pegajoso papel higiénico. El papel estaba por todo lado a lo largo del río, desplegándose de cualquier cosa lo suficientemente sólida para pegarse a ella, fugándose desagradable con colores incongruentes -amarillo chillón, azul cielo, rosado, blanco de cloro- como si una tribu de guls excrementales hubieran recientemente migrado aguas arriba, dejando estas glutinosas serpentinas encadenados similar a mocos en su paso, marchitándose. El río estaba meado, moteado con pedazos flotantes de mierda desintegrándose.

Ella se paró desnuda, brillando similar a un gusano gigante ante el vívido y fluorescente telón de fondo verde de las hojas respirando. Cada folículo de su cabello radiaba de un núcleo de luz compactado en el centro de su cráneo, botando de su cabeza cual un millón de tentáculos cargados y doblados, filamentos trepantes de rojo eléctrico y naranja fosforescente. Ella me señaló con sus ojos hacia arriba por el río, entretenida.

“Hay un pueblo en algún lugar por allá”, dijo. Su voz se colgó entre nosotros en una nube de moléculas inertes, luego regándose como talco, tomando humedad del aire.

Ella se recostó, una suave masa blanca sobre el endurecido cieno negro. Sus piernas estaban abiertas y dobladas en sus rodillas, extendida igual al rígido e hinchado cadáver de una ninfomaníaca impertinente, mirando con ojos de pez hacia el cielo a un dios lascivo, invitándolo a bajar y probar su madurado desprecio. La humedad repta a la superficie del barro rodeando la silueta de su cuerpo, prismático con aceite, simulando la pulida sombra de un aura. Su sistema vascular era carmesí bajo su piel trasparente, una cegante red frenética de materia fundida se evapora. Su chucha estaba afeitada, calva. Los labios eran la dividida entrada a un enterrado crisol de luz. Su mano se extendió a través de la distancia en la cual me sentaba y me jaló a ella.

Ahora me encontraba sobre ella, disolviéndome. Mi cuerpo era una efigie de mi forma real, hueca, suelta piel hinchada. Ella quitó mis pantalones, meciendo mis genitales en su mano igual a un animal robado de su nido, encogiéndose. Mi verga creció un poco, encorvada y lánguida, similar a un monje penitente. Ella me llevó abajo donde estaba, acurrucándome cual infante siendo cuidado, alimentándose por la floja cuerda umbilical. Ella bombeó mecánicamente. Zarpé su carne agitada, invertebrado. Los árboles se doblaron sobre nosotros, arrodillándose, lamiendo mi espalda con sus dedos. Mosquitos hicieron nidos en mis orejas, chupando jugo de mi mente. Abrí mis ojos y vi su cara. Su boca estaba expandida, amplia, apestosa. Su lengua enjuagaba mi cara. Sus dientes eran cuchillos afilados. Atraparon la raíz de mi cuello, jalando mi cabeza a su garganta. Ella bebió mis ojos líquidos. Mi esperma vaciado en ella.

Me empujó, riendo. Se paró, mirando hacia arriba de la colina, a una cima en la selva. Su novio estaba ahí, retroiluminado por el sol hundiéndose, sosteniendo mi mochila cual premio - “¡Tenemos cincuenta dólares! ¡Cincuenta dólares!”

Entretanto se vestía, ignorándome, traté de agarrarla. Ella tomó una pequeña navaja de su chaqueta y la pasó rápidamente entre los músculos de mi estómago, luego me empujó de nuevo. Caí al río. Estaba cálido y cómodo, como miel cocinándose. Yazgo ahí viendo las hojarascas

reptar descendiendo a besarme. Eventualmente, escucho el motor de una camioneta encenderse, y de ahí rugir. Cuando al fin logro salir al camino, ellos eran tan solo una figura negra, achicándose. Sentí la tormenta surgir, después envolviéndose alrededor de mi piel desnuda en azotantes capas de hielo.

(1993)

15. El niño

Todavía un niño, me paré desnudo en la celda, un regalo del cielo tallado en alabastro. Un poco pubescente y de niña, mi piel relucía, pura y cremosa, una cáscara de ópalo iluminada desde adentro por la fría noche de mi inocencia inmaculada. Un sedoso mechón rubio de cabello de ángel crecía agrupado sobre mis genitales, flotando como una corona santa. Mi cuerpo relajado como si durmiera mientras miraba hacia abajo meditando en un lugar secreto del suelo. Mi largo cabello plateado caía en oleadas ante mis ojos con la iridiscencia de una cascada. Lágrimas recogidas en mis pies, juntadas cual mercurio en una pequeña piscina reflejante en la aceitosa superficie negra del concreto. Un solo ojo de un azul pálido regresaba a verme desde la piscina. Hipnotizado por el ojo, mi cuerpo oscilaba en la luz de la luna que entraba por el pequeño rectángulo rejado en la puerta de acero.

Afuera, la luna se levantaba sobre las forestadas colinas negras e inundaba el patio de la prisión. Brazos marchitos pendidos por las aperturas de las puertas de las celdas que rodeaban el patio. Dedos reunidos en la luz, como si fuera un narcótico líquido claro. Yo me imaginaba que después de ser llevados a sus celdas, este intoxicante estaba furtivamente ebrio por las manos ahuecadas, los prisioneros agachados en una esquina oscura mientras escupen.

Los prisioneros en mi celda me miraban desde sus camas, las rígidas mantas de lana jaladas hasta sus barbillas. Las mantas estaban fétidas con años de sudor, almizcle y aceites, el olor sellado con la tormenta semanal de DDT que los guardias nos infringían en nuestros cuerpos descubiertos, nuestras ropas, nuestras pertenencias, y nuestras camas.

Cruzando el patio, un prisionero estaba siendo torturado. De acuerdo a la práctica común, sus muñecas habrían sido atadas a sus tobillos y un tubo habría sido deslizado dentro de estos nudos. Levantado en el aire por un guardia en cada lado del tubo, su cuerpo era volteado mientras él era golpeado con un garrote. En entretiempos, cuando los guardias estaban cansados de girarlo, las plantas de sus pies eran quemadas con cigarrillos. Los gritos, igual que con la mayoría de los nuevos prisioneros, eran ahogados y resignados, sumisos, para demostrar obediencia total. Los gritos casi nunca eran expresivos, más raros que los que parecían un rápido reconocimiento de la subyugación personal del proceso. Era un ritual que se lo aguantaba mejor pasivamente, una iniciación al mudo hastío y un venidero disciplinamiento en la vida institucionalizada.

Cuando ellos habían terminado su trabajo sobre la víctima, yo miré a lo que los guardias se paseaban por el patio, la luna proyectando largas sombras negras gesticulando detrás de ellos en las piedras blancas. Cuando ellos entraron por la puerta que llevaba al edificio administrativo, la noche se volvió silenciosa excepto por los bajos quejidos residuales del hombre torturado.

Desvié mi vista de la escena en el patio. Los prisioneros en mi celda estaban merodeando cerca mío, cerrándose. Sus mantas cubrían sus cabezas, colgando sueltas en sus hombros. Ellos lucían como leprosos salvajes emergiendo del bosque, o monjes malvados llevados a un sacrificio sangriento. Cada uno cargaba un arma -un cepillo de dientes afilado hasta un punto,

una cuchara igualmente afilada, tiras rasgadas de tela usadas para ahorcar. Yo retrocedí contra la fría puerta de metal y esperé.

(1993)

Notas finales:
Agradezco a Jarboe, Charles Neal y Gary Ichihara por su asistencia editorial, y a Henry Rollins por publicar este material –M.G.
Michael Gira: nació en Los Angeles, CA, en 1954. En 1983 fundó el influyente grupo musical Swans. Ha lanzado más de una docena de discos, tanto con Swans como otros proyectos relacionados. En 1995 Swans sacó "The Great Annihilator", y Gira lanzó su trabajo solista "Drainland".

Notas de pie de página, añadidas por el traductor J. Montaño para la edición del 02 de febrero del 2020:

1. Del término anarquista 'squatting'.
2. Juguete sexual. Vibrador en el cual se introduce el pene.
3. Juego de palabras con "temples".
4. En el texto original se logra una neutralidad del género de los protagonistas.
5. Aquí hay un juego de palabras con "weeds": en referencia a la flora y la vestimenta de luto.

[Gira disfruta del daño hecho a ese ángel caído, a ese ser recto en el mundo, en el tiempo, porque es el dolor que le enseña por medio de la sensación su humanidad bastarda, es la humanidad bastarda que le permite ver al otro como cuerpo a ser castigado. Es la tragedia que le permite ser al artista un ser en primera instancia masoquista y en última sádico. Estos cuentos y poemas en prosa pretenden ser golpes: ya sean de venganza, ya sean de puro placer, ya sean de llamado de atención, ya sean simplemente un mecanismo de dolor que no conoce otra verdad que esa sensación...]

Joshua Montaño Paredes

www.facebook.com/LetrasAnonimas6666
ningún derecho reservado, 2019